LIBRO dot.com

LA AMENAZA ROJA

MAXWELL GRANT



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

La amenaza roja

Maxwell Grant

CAPÍTULO I
UNA HUIDA DESESPERADA

En la esquina de una calle de la parte superior de Manhattan se detuvo un taxi. AL instante el pasajero sacó la mano por la ventanilla de comunicación con el chofer y le puso en la mano un billete de diez dólares.

-Guarde el cambio -dijo en voz baja y rápida, con acento extranjero-. Guarde el cambio y váyase. No le diga a nadie que me ha traído aquí.

Antes de que el asombrado conductor pudiera responder, su cliente había desaparecido. Apenas pudo percibir su espalda cuando daba la vuelta a la esquina.

Se trataba de uno de los extraños episodios que ocurren en Nueva York todas las noches. El taxista se encogió de hombros y se guardó el dinero.

Cuando el taxi emprendía la marcha, un sedán se puso a correr a su mismo nivel. Los dos vehículos prosiguieron juntos un espacio; un observador invisible escrutaba desde el sedán el interior del taxi, como si buscase a alguien.

Luego se detuvo; dejó marchar al taxi y se metió en la misma calle por donde había desaparecido el pasajero.

La manzana de casas era grande. EL sedán había llegado menos de un minuto después de apearse el hombre del taxi. El peatón tenía pocas probabilidades de llegar a la otra esquina antes de que le alcanzase el coche.

Pero había elegido una meta más próxima. En el momento en que el sedán iniciaba su persecución, él se detenía ante una casa en la mitad de la manzana.

Oyó como se acercaba el coche mientras esperaba a que le fuese franqueada la entrada. Instintivamente trató de fundir su cuerpo con las sombras protectoras de la puerta.

Sus esfuerzos para ocultarse fueron inútiles. Los ojos que le acechaban desde el sedán eran penetrantes. Sonó una exclamación en el interior del coche y el chofer aplicó los frenos.

Pero cuando disminuía la velocidad del auto, la puerta de la casa se abrió y el que esperaba fue admitido en ella. En el vestíbulo, escasamente alumbrado, el fugitivo se detuvo para tomar

aliento. Había sido admitido por un sirviente, que le estudiaba con evidente hostilidad.

-¿Qué quiere usted? -le preguntó con voz gutural.

-Debo ver inmediatamente al señor Albion -el tono dejaba traslucir la urgencia de la demanda-. Dígale que es importante.

-¿Cómo se llama usted?

-Berchik.

El sirviente se volvió y subió la escalera.

El visitante miró con ansiedad la puerta cerrada. Era un hombre grueso y moreno, de cara severa, pero expresiva, que revelaba una gran preocupación.

El sirviente apareció de nuevo.

-Venga -le dijo.

Le condujo por la escalera. Llegaron a una de las habitaciones interiores del piso de arriba. El visitante fue admitido y el criado se retiró, cerrando la puerta detrás de sí.

Berchik se encontró en una estancia extremadamente lujosa. Su decoración era de un esplendor casi oriental.

Un galgo ruso estaba tendido sobre una magnífica alfombra; el animal se levantó y se desperezó; luego cruzó la habitación para frotar la cabeza contra la mano de Berchik. Éste sonrió, acariciando al perro.

Dos cortinas de terciopelo se abrieron a la izquierda de la habitación. Entró un hombre.

Era alto y de noble apariencia; de cabellos grises y completamente afeitado.

Sus facciones eran las de un luchador implacable. Su continente indicaba que se consideraba superior a las demás personas.

El visitante se inclinó al verle entrar.

-¿Se llama usted Berchik?

Hablaba con tono vivo y con un ligero acento extranjero.

-Sí, señor -repuso el visitante, respetuosamente.

-Ha dicho usted que quiere verme. Yo soy el señor Albion.

En la cara de Berchik se dibujó una sonrisa al reconocer a su interlocutor.

Berchik sabía que se hallaba en presencia de un gran personaje.

-Le conozco, señor- dijo en el mismo tono respetuoso-. Es usted el príncipe Zuvor.

El dueño de la casa levantó la mano en un gesto de advertencia.

-¡Silencio! -ordenó-. No mencione usted ese nombre. Debe ser olvidado.

Atravesó la habitación y se sentó en una butaca. Indicó a Berchik que se sentase enfrente.

-Me llamo Richard Albion -dijo con una sonrisa-. Este nombre es ahora preferible a mi antiguo título.

Miró con ansiedad a su alrededor; luego señaló a las ventanas. Estaban cerradas por cortinas negras. Una de ellas no estaba enteramente corrida y Berchik pudo distinguir otra cortina exterior amarilla.

-Soy el príncipe Zuvor -admitió el dueño de la casa-. Pero ya ve usted las precauciones que tomo para ocultar mi identidad y mis acciones. Siempre temo a los espías. Bajo el nombre de Richard Albion, me voy arreglando para evitar molestias.

Berchik asintió. Aún acariciaba la cabeza del perro, que estaba junto a su silla.

El príncipe Zuvor le miraba atentamente.

-Creo reconocerle -dijo-. Ahora le recuerdo bien. Han pasado muchos años desde que vino usted con su señor a mi casa de San Petersburgo...

-Sí, señor; después de algunas dificultades. Tuve que tratar con una persona sola, la que había sido encargada por mi señor de repartir las riquezas entre los otros. Pero desde entonces me veo perseguido por los agentes rojos que siguen constantemente mis pasos. Ni siquiera me he atrevido a intentar escapar.

-¿Qué es lo que pretenden de usted? ¿Retiene usted aún alguna parte de las riquezas de su señor?

-No; sólo tengo algún dinero propio; lo suficiente para salir de este país.

-¿Por qué le persiguen entonces?

-Para saber el nombre de la persona a quien entregué las joyas -explicó Berchik-. Quieren capturarme y torturarme para que venda el secreto que me fue confiado. Al saber el nombre de esa persona, un nombre que yo sólo conozco, tratarán de arrancarle su parte.

-¿Percibió más que los otros? -preguntó el príncipe Zuvor.

-Sí -replicó Berchik-. Recibió dos veces más y conoce a todos los beneficiados.

El príncipe Zuvor guardó silencio. Berchik hizo lo mismo. Ambos escucharon. Algunos ruidos de la calle llegaban hasta ellos; la trepidación de un motor alcanzó sus oídos,

¿Esperaban aún los perseguidores de Berchik?

-¿Adónde quiere usted ir? -preguntó de súbito el príncipe.

-A Australia -repuso Berchik-. Si puedo eludir a estos agentes de los soviets, podré ponerme fácilmente a salvo. Luego trataría de comunicarme con el americano a quien he entregado las joyas.

El príncipe Zuvor asintió.

-Hay que prevenirle -declaró-. Pero, ¿debe usted marcharse? Puede amenazarle algún peligro y necesitar su consejo.

-Es peligroso para mí permanecer aquí -objetó Berchik.

-Es verdad -convino el príncipe Zuvor. Meditó, como si estuviese formando un plan-. Quizá pueda ayudarle a escapar. Quizá también pueda vigilar a la persona a quien ha entregado usted las

joyas y velar por su seguridad.

Una sonrisa de tranquilidad apareció en la cara de Berchik. El servidor ruso pareció al punto verse libre de su ansiedad. Su súplica al príncipe Zuvor había tenido éxito.

-¿Cómo se llama esa persona? -preguntó el príncipe.

-Bruce Duncan -murmuró Berchik. Sacó un trozo de papel del bolsillo y escribió en él algunas palabras-. Esta es su dirección. ¿Puedo confiar en que su excelencia le protegerá?

-Ciertamente -afirmó el príncipe sonriendo-. Ocupémonos ahora de su huida, Berchik. Sin que nadie lo sepa, tengo organizando un plan por medio del cual puedo salir de aquí en cualquier momento. Utilizaremos mi plan esta noche; pero será usted quien escapará. ¿Tiene usted dinero?

Berchik asintió.

El príncipe Zuvor se acercó a un precioso escritorio de caoba y escribió una serie de instrucciones.

-Vaya -dijo-. Iván le pondrá en el camino de la seguridad.

Apretó el timbre y apareció el sirviente ruso. Berchik le siguió y fue conducido a la bodega.

Allí Iván, con asombrosa destreza, le pintó la cara de manera que sus facciones tomaran un aspecto completamente distinto. Luego le dio un traje de corte y color diferentes del que llevaba. A continuación abrió una puerta y Berchik se encontró en un callejón que conducía a la calle de la espalda de la casa.

¡Berchik estaba a salvo!

Siguió el callejón hasta una casa situada detrás de la residencia del príncipe Zuvor. La casa estaba aparentemente desierta, pero Berchik, siguiendo las instrucciones que había leído, abrió una puerta lateral y entró.

Siguió un pasillo que le condujo hasta la entrada principal, y miró a través de los cristales. Un taxi se detuvo ante ella. Había sido llamado a aquella dirección por el príncipe Zuvor. Berchik entró en el vehículo.

Cuando volvía la esquina de la avenida, otro coche se acercó en dirección opuesta. Era el sedán que había seguido a Berchik hasta el domicilio del príncipe Zuvor. Los ojos que vigilaban desde dentro debieron reconocer a Berchik a pesar de su disfraz, pues el coche se detuvo bruscamente.

-¡Corra! -ordenó Berchik al chofer. Le había dado una dirección apuntada en la lista de las instrucciones. El coche aumentó su velocidad; se internó en una calle lateral, donde Berchik lo dejó.

Entró en una casa pequeña y de pobre aspecto, que estaba enteramente a oscuras, y cerró la puerta detrás de sí. Vio pasar el sedán cuando el taxi se alejaba.

Berchik atravesó corriendo la casa vacía y salió por una puerta posterior. Se encontró en un

estrecho callejón. Por él llegó a otra calle, donde le esperaba un segundo taxi.

Dio orden al taxista de que le condujera a la estación de la calle Ciento Veinticinco.

El sedán había perdido la pista.

Berchik tomó su tren. Una hora después se encontraba en una pequeña ciudad del Estado de Connecticut. Allí buscó un determinado garaje, en el que se presentó bajo el nombre de Robert Jenmings.

El encargado del garaje le entregó un pequeño coupé. El coche era viejo, pero Berchik pudo comprobar que el motor se encontraba en muy buen estado.

A pocas millas de la ciudad se detuvo. Debajo del asiento encontró placas de la matrícula de Nueva York. Quitó las de Connecticut y las arrojó al bosque que bordeaba el camino. Luego fijó las de Nueva York y continuó su viaje.

Sonrió satisfecho en la oscuridad. Su huida estaba asegurada.

Aquel coche guardado en Connecticut con un nombre supuesto, le permitiría llegar a una ciudad, también especificada en las instrucciones; allí tomaría un tren para el Oeste.

Berchik sintió el primer momento de tranquilidad que había conocido desde que llegó a los Estados Unidos para entregar la herencia de su señor.

Los agentes rojos habían seguido su pista desde que entregó las joyas a Bruce Duncan. Desde entonces era como el ratón perseguido por un gato.

Ahora estaba libre y a salvo de cualquier mano vengadora. Podría escribir a Duncan una carta de aviso desde cualquier ciudad del Oeste; luego seguiría su viaje hasta California y desde allí a Australia.

Estos eran los pensamientos que ocupaban la mente de Berchik cuando salvaba una larga curva del camino; a un lado tenía una montaña y al otro una profunda garganta.

-El príncipe Zuvor es listo -murmuraba-. Este es el plan que tenía para escapar él. También le vigilan los rojos como me vigilan a mí. Pero ahora estoy a salvo. No podrán alcanzarme.

Volvió el volante hacia la izquierda al aumentar la curva. En la parte posterior del coche oyó un ligero clic. Estaba pensando en lo qué significaría, cuando llegó a sus oídos un segundo clic.

Un súbito terror se apoderó de él. Adelantó el pie hacia el pedal del freno.

Pero era demasiado tarde. Antes de que pudiera salvarse del peligro desconocido, una terrible explosión se produjo en la cola del coupé, que se levantó como impulsada por la mano de un gigante.

El automóvil fue precipitado contra la cerca del borde del camino; la rompió y cayó dando vueltas por la cañada y dejando detrás de sí un rastro de sus propias piezas. La caída acabó, estrellándose el vehículo contra un árbol muy corpulento.

En diez breves segundos, el automóvil se convirtió en un montón de hierros retorcidos y

tapicería destrozada. Y en medio de aquella masa informe de metal, yacía el cadáver de Berchik.

CAPÍTULO II
UNA HORA DE VIDA

El joven reportero esperaba sentado junto a la ventana de la antesala; de cuando en cuando miraba nerviosamente su reloj. Eran cerca de las cuatro.

Hacía media hora que estaba allí.

Se asomó ala ventana para contemplar los millares de edificios que se extendían por debajo de él. Manhattan es un espectáculo asombroso cuando se contempla desde el piso treinta y ocho de un rascacielos, pero sus ojos apenas percibieron el panorama.

Esperaba con ansiedad su entrevista con Jonathan Graham, el importador millonario.

El reportero se estremeció al ser interpelado por un hombre de aspecto serio y tranquilo.

-Soy Berger -explicó éste-. Secretario del señor Graham. ¿Qué desea usted?

El reportero se levantó, dándole vueltas a su sombrero.

-Soy reportero de la «Morning Sphere» -dijo-. Quisiera tener una entrevista reservada con el señor Graham.

-Está muy ocupado -anunció suavemente el secretario-. Por lo general, yo me encargo de estas cosas en su nombre.

-Debo verle a él personalmente.

El secretario se encogió de hombros.

-Me temo que será imposible -declaró-. Es demasiado tarde y el señor Graham tiene cosas urgentes que hacer.

-Me ha dado una cita por teléfono esta mañana -objetó el reportero.

-Lo comprendo -repuso Berger-, pero yo me encargo de todas estas entrevistas con la Prensa. Tendrá usted que hablar conmigo.

Se abrió la puerta y apareció en ella un hombre corpulento y de cabellos grises. Habló con una mecanógrafa y se dispuso a retirarse de nuevo.

El periodista le vio y le reconoció al instante.

-¡Señor Graham¡ -exclamó, apartándose del secretario-. Soy reportero de la <Morning Sphere>. ¿Podría hablar con usted algunos minutos?

El millonario miró a Steven, el periodista, con aire de desaprobación y luego señaló a su

secretario.

-El señor Berger le atenderá -dijo.

-Se trata de una entrevista personal, señor Graham, y que tiene una gran importancia para mí -insistió Stevens-. Sólo le entretendré unos minutos.

El millonario sonrió con indulgencia.

-Entre -dijo, abriendo la puerta de su despacho-. Venga usted dentro de diez minutos, Berger; que venga también la señorita Smythe, pues tengo que dictar algunas cartas.

Dentro del despacho privado del millonario, el joven reportero se sentó en el borde de una gran butaca de cuero, mientras Graham se instalaba detrás de su escritorio de caoba.

Stevens comenzó a explicar el objeto de su visita.

-Me han dado esta misión -dijo-, porque el que se encarga de ellas regularmente está enfermo. Su nombre de usted está en la lista de las personas que han de ser interrogadas sobre el particular.

-¿De qué se trata? -le interrumpió Jonathan Graham.

-De una serie de artículos que estamos publicando. Interrogamos a personas prominentes sobre el mismo tema y obtenemos las respuestas más variadas. Les preguntamos qué harían si supieran que sólo les quedaba una hora de vida.

Jonathan Graham levantó la mano.

-Basta -dijo con frialdad-. He visto esa absurda sección de su periódico. La idea me parece ridícula. Unos dicen que reunirían a todos sus amigos y darían un banquete de despedida; otros que aprovecharían la oportunidad para saldar todas las cuentas que tuvieran pendientes. ¿Es eso lo que quiere decir?

-Sí, señor.

-Pues no puedo concederle a usted una entrevista sobre ese tema.

Stevens puso cara de espanto.

-Tiene una gran trascendencia para mí -insistió-. Es ya demasiado tarde para ver a nadie más. Necesito esta entrevista. Recogeré fielmente lo que usted me diga.

Una expresión de simpatía se extendió por la cara del millonario cuando vio la preocupación de su interlocutor. Se levantó de su sillón, se puso las manos a la espalda y se acercó a la ventana, que estaba abierta. Apoyó una rodilla sobre el bajo antepecho y miró a la calle.

Por fin se volvió para encararse con el reportero.

-Le concederé una breve entrevista -dijo amablemente-. No me gusta el tema y en cualquier otra circunstancia me negaría a hablar de él. Pero quiero ayudarle a usted. Le voy a decir lo que haría si supiera que sólo me quedaba una hora de vida.

Stevens miró instintivamente su reloj y vio que señalaba las cuatro en punto.

-En este momento -continuó diciendo Graham-, tengo varias cartas que dictar. Es la obligación de todos los días. Acabaré exactamente a las cinco; es decir, aproximadamente, dentro de una hora. El trabajo de la hora que comienza en este momento está ya determinado por mí y espero llevarlo a cabo. No importa el tiempo que me quede de vida. Lo mismo da que sea una hora que cien años. Esta hora será dedicada al trabajo para el cual estaba destinada.

Mientras Stevens tomaba sus notas, el millonario dio algunos pasos por la habitación y volvió al lado de la ventana.

El reportero levantó la cabeza y habló: -¿Qué más?

-Nada más -replicó Graham, apoyando la rodilla en el antepecho.

-¿Nada más? -insistió Stevens.

El millonario permaneció en la misma posición, que parecía ser su favorita.

-Nada más -repitió-. Su entrevista ha terminado. Tendrá que conformarse con lo que le he dicho, pues tengo otras cosas que atender.

Poco antes de las cinco, Stevens sometió humildemente su reportaje al director de su periódico. El resultado fue una tempestad de observaciones sarcásticas.

-¿Es esto todo lo que me trae usted -exclamó el director-. Le he pedido una columna entera y apenas me trae usted una cuarta parte.

-No me ha querido decir más -dijo Stevens.

-¿Le ha hecho usted alguna pregunta?

-No, señor. Le he dicho lo que quería y eso es todo lo que me ha dicho.

El director miró despectivamente el artículo.

-Stevens -dijo, furioso-, es usted la nulidad más grande que he tenido a mis órdenes en la vida. Lo que ha hecho usted no sirve para nada. Le he dado esta tarde una oportunidad para sobresalir y lo ha echado usted a perder. Esto es tan soso, que ni siquiera se puede escribir otra vez. -Hizo un ademán como para tirar el papel al cesto; luego cambió de opinión y lo guardó en un cajón de su mesa-. Lo conservaré porque quiero que me sirva de justificación más tarde. Queda usted despedido. No se moleste en hacer nada más. Sus servicios en el periódico han terminado desde este momento. El reportaje que me trae usted no me sirve. Jonathan Graham no le ha hecho a usted caso y usted no ha sabido hacerle preguntas que le pudieran inducir a hablar. Su artículo no será publicado. No me sirve ni usted tampoco. Hemos terminado. Adiós.

-Era muy tarde cuando he visto al señor Graham -dijo el reportero-. Las cuatro de la tarde. Lo hago constar así. Tenia muchas ocupaciones a que atender y no podía molestarle mucho tiempo.

-Déjeme en paz -le replicó el director.

Stevens salió muy abatido de las oficinas del periódico. Tenía puestas grandes esperanzas en su trabajo como periodista. Y todo había terminado.

Se detuvo a comer en un restaurante próximo a su alojamiento y luego se recluyó en su habitación. Permaneció en ella hasta cerca de las ocho. No acababa de comprender que su trabajo hubiera terminado, que había perdido su empleo.

Alguien llamó a la puerta de su habitación. Era la patrona.

-Le llaman por teléfono.

El joven bajó lentamente las escaleras y se acercó al teléfono. Reconoció la voz del director de la «Morning Sphere».

-¿Es usted, Stevens? -le preguntó.

-Sí, señor -le respondió el ex reportero.

-Venga usted por la redacción en seguida. Tengo que hablarle.

-Pero -la voz de Stevens estaba llena de dudas-, tenia entendido que me había despedido usted,

-En efecto; pero le tomo de nuevo y además le aumentaré el sueldo. Venga usted para que hablemos de ello.

-No entiendo -balbució Stevens-. Usted me ha dicho...

-No importa lo que le haya dicho. He puesto su información a toda plana en la primera página. Ha sido sensacional.

Stevens salió corriendo de su casa. En un quiosco se detuvo para comprar un número de la «Morning Sphere». Las grandes letras de la cabecera de la primera página le hicieron exhalar un grito de asombro.

Jonathan Graham había muerto. El millonario se había suicidado, arrojándose por la ventana de su despacho, a las cinco en punto de la tarde.

Había vivido una hora justa después de su entrevista con Stevens.

CAPÍTULO III
LA SOMBRA SABE

En una oficina del Grandville Building había un señor, que sentado detrás de su escritorio estudiaba los recortes de un montón de periódicos que tenía delante.

Sonó un golpe en la puerta. Se levantó y fue a abrir. Era la mecanógrafa quien había llamado.

-Son cerca de las cinco, señor Arma. ¿Me puedo marchar? Ya he acabado mi trabajo.

-Ciertamente, váyase -replicó el hombre.

Y cerró la puerta para entregarse de nuevo a su trabajo.

Aquel hombre, a pesar de su apariencia tranquila y casi letárgica, era una persona de condiciones excepcionales.

Como Claudio Arma, agente de seguros, tenía una gran cantidad de conocidos, que le consideraban como un prosaico hombre de negocios. Pero el verdadero trabajo que desempeñaba era mucho más dramático. Era nada menos que el agente confidencial del misterioso personaje llamado la Sombra.

El agente de seguros era una pieza importante del mecanismo humano que la Sombra tenía a su servicio para la persecución del crimen.

Arma era un hombre metódico, que tenía una especial habilidad para coordinar datos y reunir informaciones. Su obligación era permanecer en contacto con la Sombra y transmitir sus instrucciones a los demás agentes.

Aquella tarde había estado muy ocupado, recogiendo informaciones referentes al suicidio de Jonathan Graham, el importador millonario. Hacía cerca de veinticuatro horas que Graham había muerto y Arma había recogido todo lo que acerca del suceso decían los periódicos.

El agente de seguros se acercó a la máquina de escribir y preparó un extracto minucioso de todo lo que decía la Prensa. Hacer informes sobre sucesos como aquél era una de las obligaciones que tenía asignadas.

El informe estaba concebido en los siguientes términos:

«Jonathan Graham concedió una entrevista a un reportero a las cuatro de la tarde y declaró que si le quedase una hora de vida, proseguiría regularmente su trabajo como si pensase vivir cien años.

»Y, en efecto, llamó a su secretario, Berger, y a su taquígrafa, señorita Smythe, y dictó cierta cantidad de cartas, que firmó después.

»La señorita Smythe salió de la oficina a las cinco en punto. Berger la siguió con las cartas firmadas. La señorita Smythe había llegado al centro de la antesala cuando Berger salió del despacho particular de Graham. La taquígrafa había olvidado un cuaderno de notas en el despacho y se disponía a regresar para recogerlo. En el momento de abrir la puerta cambió unas palabras con Berger, quien hallándose frente a ella pudo ver el interior del despacho.

»Soltó súbitamente las cartas y dio un salto, gritando: "¡Señor Graham!" Luego se dejó caer contra la pared, exhalando un grito de horror.

»La señorita Smythe entró corriendo en el despacho y vio con asombro que Graham no estaba allí. Había otros dos individuos esperando en la antesala: uno corrió al despacho y el otro se acercó para auxiliar a Berger.

»Éste señaló la ventana y dijo: "¡La ventana! ¡Se ha arrojado por ella! ¡Hemos llegado

demasiado tarde!"

»La señorita Smythe miró por la ventana y vio que en la calle se había reunido un grupo de gente. La explicación era obvia. Graham se había arrojado por la ventana.

»Los periódicos habían indicado varias razones para el suicidio. No había nadie en el despacho cuando Berger vio saltar a Graham. Nadie hubiera podido salir de la habitación sin ser visto.

Arma escribió algunos números con lápiz azul al margen de su informe.

Estos números correspondían a otros escritos sobre los recortes de los periódicos.

Cuando acabó su trabajo, lo metió todo dentro de un sobre grande. Y guardando el sobre en el bolsillo, salió de su despacho.

Llamó un taxi y se hizo conducir a la calle Veintitrés. Allí entró en un edificio destinado a oficinas.

En el tercer piso se detuvo ante una puerta, sobre la cual se leía el nombre de B. Jonas.

A través de la mirilla de cristal se advertían las sombras de las telarañas.

Evidentemente, aquella puerta no se había abierto en muchos meses. Una espesa capa de polvo era otra prueba de ello. Arma dejó su carta en el buzón.

Lo que había detrás de la puerta era un misterio para Claudio Arma. Una vez, hacía mucho tiempo, había pensado en ello. Preguntó a los dependientes del edificio y supo que nadie entraba nunca en aquella habitación, ni siquiera el conserje, encargado de la limpieza, pues Jonas nunca había solicitado sus servicios.

De manera que Arma había llegado a aceptar la oficina cerrada como una cosa muy natural. Aquel día se alejó de la casa sin pensar siquiera en ello.

Se trataba sencillamente del lugar en donde habían de ser depositados los mensajes para la Sombra.

En una ocasión, creyó Arma haber identificado a la Sombra, pero después descubrió que estaba equivocado, y continuaba ejecutando su trabajo, satisfecho con la recompensa que recibía, y que venía a él en forma de un pago mensual de procedencia desconocida. Quién era y qué era la Sombra era cosa que ya no le interesaba a Arma.

Pensó en su sobre cuando se alejaba y se imaginó que estaría en el suelo, al otro lado de la puerta; luego se puso a pensar en otra cosa.

Pero en el momento mismo en que el pensamiento del sobre pasaba por la mente de Arma, dicho sobre yacía abierto sobre una mesa y dos manos de dedos largos extraían de él la carta y los recortes de periódicos.

Aquellas manos trabajaban en el círculo de luz que la lámpara proyectaba sobre la mesa. Eran dos manos extrañas, blancas y flexibles. En el dedo anular de la izquierda brillaba una gema

misteriosa. Un ópalo de color de fuego, cuyos reflejos escarlata semejaban los de un carbón encendido.

Fuera del círculo de luz reinaba una oscuridad absoluta, en medio de la cual, dos ojos invisibles dirigían el trabajo de aquellas manos. Un dedo afilado corría a lo largo de las líneas del breve informe de Arma.

Luego las manos separaron los recortes. Uno por uno fueron pasando bajo la inspección de los ojos invisibles; por fin toda la atención quedó concentrada en la información de la primera página de la «Morning Sphere», la última entrevista celebrada con el señor Graham.

El dedo se fue deteniendo en todas las palabras, como si quisiera escrutar el pensamiento del millonario en el momento en que celebraba aquella entrevista.

Si el joven Stevens hubiera sido un reportero experimentado o dotado de una gran imaginación, hubiera hecho su relato con habilidad, haciendo resaltar algunos detalles y subordinando otros.

Pero en aquel caso era un reportaje exacto de lo ocurrido en el despacho de Jonathan Graham, a las cuatro de la tarde del día anterior.

De súbito las manos doblaron el recorte y lo metieron en el sobre junto con los demás papeles. Luego sacaron un lápiz y una hoja de papel blanco.

La mano derecha empezó a escribir lenta y cuidadosamente, marcando las palabras con tanta claridad que casi parecían pensamientos hablados al aparecer sobre el papel.

«La muerte de Jonathan Graham ha sido atribuida a un suicidio. Hay indicaciones de posibles motivos. En todas las vidas puede haber motivos para el suicidio. Jonathan Graham no pensaba en quitarse la vida cuando concedió la entrevista al reportero. Nada de lo ocurrido en la hora siguiente pudo inducirle a adoptar semejante resolución.

»Por consiguiente, Jonathan Graham ha sido asesinado. Sólo hay un testimonio que pueda discutir este hecho: el de Berger, el secretario del muerto.

»Berger asegura que vio a Graham saltar por la ventana.

» Graham no saltó por la ventana.

»Berger no le pudo ver saltar.

»¿Por qué ha hecho semejante declaración? Para ayudar al asesino.

» ¿Por qué quiere ayudar al asesino?

»Porque el asesino es él mismo.»

La mano dejó de escribir un momento. Luego comenzó de nuevo a trazar palabras que fueron como una revelación exacta de lo sucedido en el despacho de Jonathan Graham.

Una perfecta reconstitución del crimen formada por una mente maestra y que tenía una misteriosa capacidad para deducir los pensamientos y acciones de otras personas.

«Jonathan Graham tenía la costumbre de permanecer junto a la ventana, con una rodilla apoyada en el antepecho, que es muy bajo. Este hecho está consignado en la entrevista.

»Berger y la señorita Smythe estaban con Graham en su despacho a las cinco de la tarde. Graham se volvió para mirar por la ventana abierta en el momento en que la señorita Smythe salía. Berger estaba recogiendo algunas cartas. Se hallaba de pie cerca de Graham en el momento en que la señorita Smythe cerraba la puerta.

»Era una oportunidad. Como un rayo, Berger empujó a Graham, le hizo perder el equilibrio y le arrojó por la ventana.

»Berger salió inmediatamente de la habitación; la escena se desarrolló con tal rapidez, que, aparentemente, Berger, salió del despacho inmediatamente detrás de la señorita Smythe. Esta había de ser su coartada. Pero luego debió de sentir algún temor.

»Cuando la señorita Smythe se volvió para entrar de nuevo en el despacho, Berger tuvo una nueva oportunidad. AL abrirse la puerta, dio un grito de aviso. Luego sus nervios destrozados cedieron.

La mano dejó de escribir y comenzó a golpear con el lápiz sobre el papel, contando los segundos por un reloj que había sobre la mesa.

El cerebro que trabajaba en la oscuridad repasaba los detalles del asesinato de Graham, desde el momento en que Berger le había empujado por la ventana, hasta que el secretario dio el grito de alarma.

Treinta golpes. Luego siguió escribiendo:

«Medio minuto a lo sumo. Nadie sabe cuál es el momento exacto en que el cuerpo de Graham llegó a la calle. El elemento tiempo está en favor de Berger.

» La coartada es perfecta para los que se encontraban en la casa y para la policía. Para el cerebro especulador y deductivo, la acción de Berger denuncia su crimen.»

La mano derecha recogió el papel y lo hizo una bola. La mano desapareció y volvió a aparecer sin el papel. A continuación escribió sobre otra hoja.

<Stanley Berger asesinó a Jonathan Graham.>

El lápiz permaneció inmóvil dos segundos y concluyó trazando estas palabras:

¡La Sombra lo sabe!»

CAPÍTULO IV
EL ENVIADO ROJO

A última hora de aquella tarde, un hombre entró en una casa de la parte alta de Manhattan. Era grueso y bajo, con una cara siniestra. Cruzó rápidamente el portal y subió en el ascensor hasta el tercer piso.

Abrió la puerta de una de las viviendas y entró en una habitación oscura.

Apretó el interruptor de la pared y se volvió hacia el rincón más apartado de la estancia. Una exclamación de sorpresa acudió a sus labios.

Sentado detrás de un pequeño escritorio había un hombre vestido de azul y que llevaba una máscara roja que le cubría la parte superior del rostro.

-¡El Enviado Rojo! -exclamó el recién llegado.

El hombre de la máscara escarlata no respondió ni hizo el menor movimiento. Sus manos, que tenía sobre la mesa, estaban cubiertas también por guantes rojos.

El hombre que acababa de entrar en la habitación, recobró su aplomo. Miró a su alrededor y observó que las cortinas de las ventanas estaban corridas.

Dejó el sombrero sobre una silla y se acercó al escritorio.

-No le esperaba a usted esta noche -dijo respetuosamente.

-¿Por qué no? -demandó el del antifaz escarlata. Hablaba en voz baja y tranquila-. Tiene muchas cosas de que dar cuenta, camarada Prokop.

-Así es -convino Prokop. Hablaba en inglés, con un ligero acento extranjero.

Acercó una silla al escritorio y se sentó frente al Enviado Rojo.

A pesar de su formidable aspecto, el hombre llamado Prokop parecía estar muy nervioso en presencia del enmascarado.

Llegar a su casa y encontrarse allí esperándole al Enviado Rojo era una sorpresa demasiado grande. Prokop no sabía cómo había entrado en sus habitaciones el misterioso personaje, ni se lo preguntó. Pero le intrigaba.

-¿Qué ha ocurrido esta noche? -preguntó el Enviado Rojo.

-Dos enemigos han sido eliminados -respondió sin preámbulos Prokop-. Graham y Berchik han muerto.

-Explíqueme cómo.

-Berchik visitó al Príncipe Zuvor y le habló de las joyas. El agente K lo oyó todo.

-¿Quién es el agente K? ¿El sirviente del Príncipe Zuvor?

-Sí; Fritz Bloch. Un alemán. Zuvor tiene dos criados. Fritz Bloch y un ruso que se llama Iván Shiskin. Iván es fiel a Zuvor. Para nuestros informes contamos con el alemán.

Librodot

-¿Ha logrado saber Fritz el nombre de la persona a quien Berchik entregó las riquezas que buscamos?

-Sí. Bruce Duncan.

-¿Y qué ha hecho usted?

-He advertido al agente R que esté preparado. Tengo ya un informe referente a Bruce Duncan. Es un joven adinerado que vive solo con un criado. Debe ser atacado con maña. El agente R es el más a propósito para ello.

Prokop sacó del bolsillo un sobre que entregó al Enviado Rojo, quien lo abrió con facilidad, a pesar de sus guantes de seda.

-Está bien -dijo, después de leer el informe-. Su plan es apropiado por ahora.

-Ya no tenemos que preocuparnos de Berchik -dijo Prokop, con una sonrisa-. Murió en seguida.

-¿Cómo?

-Por el procedimiento que teníamos preparado para el Príncipe Zuvor. El agente K, Fritz, supo que Zuvor tenía dispuesto un coche en un garaje de Connecticut. Yo me encargué de que en ese automóvil hubiera una bomba graduada para estallar después de veinte millas de recorrido. Zuvor instruyó a Berchik para que escapase en este coche. La bomba estalló y el automóvil se precipitó por una cañada.

-¿Ha sospechado alguien la causa del accidente?

-Creemos que no.

El Enviado Rojo permaneció silencioso e inmóvil como una estatua. Prokop se movió inquieto en su silla. Se sentía inferior a aquel extraño personaje que le visitaba como representante directo de una poderosa organización.

Generalmente, Prokop recibía instrucciones de ir a reunirse con el Enviado Rojo en algún lugar inesperado. Aquélla era la primera vez que su superior venia a su casa.

-¿Sospechaba alguien quién es usted?

La pregunta llegó súbitamente a los oídos de Prokop.

-No; uso el nombre de Henry Propert.

-¿Toma usted todas las precauciones con relación con nuestros agentes?

-Todas las precauciones. Ni siquiera se conocen unos a otros. Cada uno de ellos se entiende individualmente conmigo en el lugar donde se celebran las reuniones. Yo estoy siempre enmascarado e identifico a cada uno de los agentes antes de que entre en la sala de las conferencias. Todos están enmascarados cuando se reúnen.

-Muy bien -el tono del Enviado Rojo expresaba su satisfacción-. Debe usted mantener su identidad secreta con sus subordinados, lo mismo que yo mantengo la mía con usted.

Prokop asintió.

-Ha procedido usted bien --continuó el Enviado Rojo-. Le mencionaré en mis informes a Moscú. Pero no me ha hablado usted del caso de Graham y he venido aquí para saber de él.

Prokop se frotó nerviosamente la barba. Esperaba aquella pregunta del Enviado Rojo y después de la alabanza que acababa de recibir, vacilaba antes de suministrar nuevas informaciones.

-Nuestro agente se portó bien -comenzó a decir-. Como usted sabe, obtuvo el empleo de secretario de Graham.

-Pero estaba en casa de Graham antes de ingresar en nuestra causa, ¿no? -interrumpió el Enviado Rojo.

-Sí -replicó Prokop-. Le nombramos el agente J. Era el hombre que necesitábamos. Comunista por convicción, rara vez expresaba sus ideas. Uno de nuestros agentes lo descubrió y pronto se convirtió en un excelente colaborador.

Prokop miró al Enviado Rojo, que no manifestó ninguna impaciencia, pero que le habló con sequedad.

-Todo eso ya lo sé, Prokop. Vamos al grano.

-Berger -añadió Prokop-, hizo todo lo posible para descubrir la correspondencia privada de Graham. Le ordené que trabajase con la mayor rapidez posible y él sustrajo toda esta correspondencia y me la envió por correo.

-¿Cuándo?

-Ayer por la mañana. Luego debió de temer que Graham descubriera el robo y a las cinco de la tarde, Jonathan Graham se caía desde una ventana de su despacho a la calle.

-¿Sí? -dijo el Enviado Rojo, al ver titubear a Prokop-. ¿Dice usted que se cayó por una ventana a la calle?

-Pero es evidente que Berger hizo mucho para ayudarle en su caída. Debió de hacerlo con mucha destreza, pues la muerte de Graham es considerada por todo el mundo como un suicidio o un accidente.

-He leído los periódicos -observó el de la máscara escarlata-. La muerte de Jonathan Graham puede ser útil. Dirigía varias empresas que probablemente se resentirán al cambiar de dirección. Pero en lo que se refiere a su correspondencia privada...

Hizo una pausa, esperando la respuesta de Prokop.

-Berger no ha asistido a la reunión de esta noche -dijo Prokop-. No le esperaba. Anoche, al saber la muerte de Graham, sospeché lo ocurrido y envié un aviso a Berger. Después de la reunión de esta noche le he enviado la licencia.

-Bien hecho -asintió el Enviado Rojo-. Borre su nombre de la lista de los agentes. Podemos olvidar a Berger. Pero, ¿dónde está la correspondencia?

Prokop se acercó a una librería que ocupaba una de las paredes de la habitación. Tomó un grueso tomo de una enciclopedia.

El libro era en realidad una caja, de la cual extrajo Prokop un grueso legajo, que depositó sobre la mesa ante el Enviado Rojo.

Éste examinó deliberadamente los papeles. Prokop le observaba con ansiedad. Cuando el enmascarado terminó su examen, devolvió los documentos a Prokop.

-Comprendo sus vacilaciones -dijo con frialdad-. Es usted un hombre capaz, Prokop, pero carece usted de sutileza. Trataba de evitar que hablásemos de esos papeles porque en ellos no está lo que necesitamos.

Prokop asintió con la cabeza y una expresión de temor apareció en su cara.

-No hemos ganado nada -continuó el Enviado Rojo-. Puede usted guardarse esos papeles y destruirlos, si quiere. Lo que necesitamos son los planos, y no están aquí.

-Ya lo sé -murmuró Prokop, en el tono del que intenta excusarse-, pero...

-La ignorancia no le disculpa, Prokop. Era parte de su trabajo el hacer que Berger obtuviera la información que necesitamos. Tenía que sustraer los planos. Con eso hubiera terminado nuestra misión y usted hubiera ganado mucho, Prokop. Sin embargo, tenemos otros medios para conseguirlos. La muerte de Jonathan Graham fue hábilmente conseguida, aunque la suerte acompañase en algo a Berger. No despertará sospechas ni estorbará para nada el trabajo de Whitburn. Por el contrario, le permitirá continuar su obra sin la intervención de Graham, que comenzaba a impacientarse. Whitburn tiene dinero en abundancia; Graham se lo dio adelantado. Debemos concentrarnos ahora en Whitburn. Encárguese de ello.

A pesar de la frialdad del tono que empleó el Enviado Rojo. Prokop se tranquilizó. Se dio cuenta de que no había fracasado del todo.

-¿Hay instrucciones nuevas? -inquirió.

-Por el momento, no.

-¿Nada en relación con el Príncipe Zuvor? -siguió preguntando Prokop, con una astuta mirada.

-¿Le ha causado a usted alguna molestia? -preguntó el de la máscara roja.

-Ninguna. Le vigilamos estrechamente. Pero el Príncipe es un peligro constante para nuestra causa. Es ruso y enemigo del Gobierno de Moscú. Nuestros agentes le odian y todos se alegrarían de tener una oportunidad para...

El Enviado Rojo levantó una de sus enguantadas manos.

-No hay que molestar al Príncipe Zuvor -dijo-. No le hagan ustedes la más insignificante amenaza. Está bajo nuestra vigilancia. Si tratase de evadirla, puede usted actuar. La bomba en su

automóvil era una precaución conveniente; pero mientras permanezca en Nueva York es mejor dejarle tranquilo. Un paso en falso podría ser fatal para nuestra causa.

Prokop asintió, pero en sus ojos se advertía una animosidad apenas velada.

Las palabras que pronunció a continuación estaban cargadas de veneno.

-¡El Príncipe Zuvor tiene riquezas! -exclamó-. Riquezas que nos pertenecen a nosotros. Algún día las recobraremos.

-Podemos esperar -le advirtió el Enviado Rojo-. Y recuerde que aquí estamos en los Estados Unidos y no en Rusia. Aquí se considera que el dinero que posee el Príncipe Zuvor es suyo. Tenemos otros planes en marcha y no podemos comprometerlos tratando de vengarnos demasiado pronto.

-El Príncipe Zuvor tiene amigos -dijo Prokop-. Da dinero a otras personas para que apoyen la causa de los zares. Ha adoptado el nombre de Richard Albion. Sus amigos americanos son ricos y les pide que ayuden a los que vienen huyendo de Rusia. Es...

-¿Sabe algo de nuestras actividades? -interrumpió el Enviado Rojo-. ¿Ha tratado de descubrir el lugar donde se celebran las reuniones?

-No. Sólo sospecha que le vigilamos y toma precauciones para protegerse.

-Está bien. Mientras se limite a eso hay que dejarle en paz. Nos sirve de cebo. Él pondrá a otros en nuestras manos, lo mismo que puso a Berchik. Por él nos enteramos de muchas cosas que nos interesa saber.

Prokop asintió. La razón de las palabras del Enviado Rojo era evidente hasta para su mente predispuesta.

-¡Recuerde! -EL Enviado Rojo habló con énfasis-. El Príncipe Zuvor debe ser vigilado, pero no se le ha de causar ningún perjuicio. Un paso en falso puede ser la ruina. Si alguno de los agentes deja de obedecer estas órdenes...

Levantó la mano enguantada e hizo con ella un signo misterioso que estremeció a Prokop. Cuando aún asentía con la cabeza a las instrucciones recibidas, el enmascarado se levantó y se apartó de la mesa. Cruzó la habitación y colocó una mano sobre el tirador de la puerta.

-Ahora me voy -dijo-. Le volveré a visitar dentro de poco. Sea perseverante y atento a las instrucciones que acabo de darle.

Colocó los dedos de una mano sobre el antifaz que le ocultaba el semblante.

Prokop respondió con un signo similar. Era la señal de la orden secreta que estaba dirigida desde Moscú.

De súbito se apagaron las luces de la habitación. El Enviado Rojo había apretado el interruptor. Prokop se acercó a tientas a la puerta y volvió a encender. Su misterioso visitante no estaba ya en la habitación.

CAPÍTULO V
VINCENT ENTRA DE SERVICIO

Las diez de la mañana. El timbre del teléfono sonó al lado de la cama de Harry Vincent. Harry bostezó al contestar.

Hacía pocos minutos que había despertado. Vivía en Nueva York, en el Hotel Metrolite, y acostumbraba a retirase tarde por la noche y a levantarse tarde por la mañana.

-Acaban de traer un recado para usted, señor Vincent -dijo una voz en el teléfono.

-Envíemelo -replicó Harry.

Se vistió apresuradamente una bata de baño y unas zapatillas y esperó el mensaje. Sabía de antemano lo que significaba. Nuevo trabajo, acción en nombre de la misteriosa Sombra.

Pues Harry Vincent era un joven que había pasado por muchas aventuras.

Tenía una sola ocupación en la vida: ejecutar las órdenes de la Sombra.

Hacía una vida regalada, bien provisto de dinero que llegaba hasta él de una procedencia desconocida; pero a veces su holganza era interrumpida por mandatos de la Sombra.

Entonces su obligación era responder y enfrentarse con peligros desconocidos; auxiliar a la Sombra en sus actividades.

¿Quién era la Sombra?

Harry Vincent no lo sabía.

En diferentes ocasiones, la mano de la Sombra había intervenido para salvarle de peligros de muerte. Había visto a la Sombra disfrazado; le había visto también como una figura, vestida de negro, que aparecía y se desvanecía en la oscuridad; pero nunca le había visto la cara.

Un botones llegó con la misiva. Harry despidió al muchacho antes de abrir el sobre y luego leyó la nota que contenía.

La carta estaba escrita con una sencilla clave que Harry Vincent conocía.

Por un sistema de sustitución de letras, la leyó rápidamente. Decía así:

«Vigile a Stanley Berger. Si se reúne con alguien, siga usted a la persona que habla con él. Su trabajo por ahora es descubrir quiénes son sus asociados o las personas que se interesan por sus negocios.»

La nota no estaba firmada. Vincent sospechó que procedía de Claudio Arma. Pero las instrucciones eran de la Sombra en persona.

La escritura comenzó a borrarse ante los mismos ojos de Harry. Algunos segundos después sólo quedaba un papel blanco.

¡Stanley Berger! El nombre era suficiente. Harry Vincent había leído los detalles de la muerte de Jonathan Graham. Pero, lo mismo que la policía, la había considerado como un accidente desgraciado.

Ni siquiera después de leer las instrucciones se le ocurrió que Berger pudiera ser responsable de la muerte del millonario.

¿Para qué quería la Sombra informaciones referentes a Berger y a sus relaciones? La pregunta quedó por el momento sin respuesta.

AL fin y al cabo, a Harry Vincent le daba lo mismo. Su trabajo era vigilar a Berger y debía comenzar en el acto.

Se vistió apresuradamente y bajó al salón del hotel. Desayunó en el restaurante y se enteró de la dirección de Berger en el listín de teléfonos.

Berger residía en una casa antigua, en la parte alta de Manhattan. Sus habitaciones estaban en el piso segundo, en una esquina del edificio.

Harry entró en un establecimiento próximo y llamó al número de Berger.

Sería fácil fingir que se había equivocado cuando respondiese. Pero no respondió.

Evidentemente, Stanley Berger no estaba en su casa, y Harry permaneció por aquellos alrededores, esperándole.

El trabajar para la Sombra exigía paciencia. Las esperas largas no eran raras, pero solían ir seguidas de períodos de intensa actividad.

Próximo al edificio que vigilaba había un restaurante. Harry comió en él y se entretuvo leyendo un periódico.

La muerte de Jonathan Graham ocupaba ya muy poco espacio. Habían pasado dos días desde la trágica muerte del millonario. La opinión más extendida era que se trataba de un suicidio.

Harry llamó tres veces al número de Stanley Berger, en el curso de la tarde, sin obtener respuesta.

Pero, a las cinco, cuando estaba paseando por enfrente de la casa, vio a un joven que entraba en ella. Suponiendo que se trataba de Berger, vigiló las ventanas del segundo piso. Vio que una mano ajustaba las persianas.

Poco después apareció una luz en las habitaciones. Harry continuó su vigilancia hasta las siete, observando cuidadosamente a las personas que entraban y salían de la casa.

A las siete se apagó la luz. Poco después aparecía Berger en la puerta. Harry le siguió a una distancia considerable.

Stanley Berger se encaminó al mismo restaurante en que había comido Vincent.

Allí pidió de cenar y Vincent hizo lo mismo. Tuvo especial cuidado en no atraer la atención del hombre a quien vigilaba.

Berger, sin sospechar, al parecer, la vigilancia de que era objeto, salió del restaurante cerca de las ocho. Harry le siguió a una distancia de media manzana. Luego advirtió una cosa interesante.

Otro hombre parecía seguir también los pasos de Berger.

Este segundo individuo atrajo súbitamente la atención de Harry. Caminaba a muy pocos pasos detrás de Berger.

El perseguido entró en el ferrocarril subterráneo en el momento en que llegaba un tren. Los tres hombres entraron en el mismo vagón. Harry observaba a los otros dos con el rabillo del ojo.

Stanley Berger era un joven de apariencia sobria y poco llamativa. Parecía hallarse preocupado. Iba bien vestido y sus facciones parecían inteligentes.

El otro hombre era de edad madura y algo rudo de aspecto. Las ropas que vestía estaban muy gastadas e iba sin afeitar. Sus ojos eran inquietos, pero penetrantes. Harry lo cogió un momento mirando fijamente a Berger.

Vincent abrigaba algunas dudas acerca de sí aquel hombre seguía o no a Stanley Berger, hasta que el tren se detuvo. Entonces Berger dejó el tren y el otro le siguió.

Harry continuó en pos de ambos y pronto se encontraron de nuevo juntos en el coche de otro tren.

Todas las ventajas estaban en favor de Harry. Berger, pensativo y al parecer de un humor sombrío, no prestaba atención a nada de lo que pasaba en torno suyo. El otro le vigilaba atentamente.

Harry sonrió, pensando en lo que pudiera ocurrir.

Cuando Stanley Berger salió del vagón, el otro hombre siguió sus pasos muy de cerca. Harry prosiguió su vigilancia desde una distancia respetable, y no tuvo dificultad alguna para mantenerse a la vista.

Así llegaron a Broadway. Berger se detuvo en un teatro; pidió un billete que tenía sin duda reservado y entró.

El otro no le siguió, sino que fingió mirar las fotografías que se exhibían en el vestíbulo; Harry Vincent hizo lo mismo.

Estaba seguro de que Berger se disponía a ver la función. Podría recoger su pista más tarde.

Lo más interesante por el momento era vigilar a aquel hombre que parecía tan interesado en las acciones de Berger.

El segundo individuo pensó evidentemente lo mismo que Harry en lo que a Berger se refería. Salió del vestíbulo del teatro y anduvo sin rumbo durante algunos minutos.

Luego sacó algún dinero del bolsillo y lo contó. A continuación se acercó a un taxi.

Harry oyó la dirección que daba al chofer. Cuando se alejó, llamó a otro taxi y le dio la misma dirección.

El vehículo comenzó a rodar por calles extraviadas. Vincent observó que se hallaban en un

distrito de casas viejas y en mal estado.

Se aproximaban a esa parte de Nueva York donde se albergan la mayor parte de los gángsteres. Harry reconoció algunos lugares en que había estado anteriormente en el desempeño de misiones conferidas por la Sombra.

Sin duda, alguien relacionado con los bajos fondos sociales estaba interesado en los movimientos de Berger.

El taxi se detuvo. Harry se apeó y pagó.

Las ventanas del segundo piso del edificio ante el cual se hallaba, estaban iluminadas. La entrada mal alumbrada mostraba el principio de una escalera.

Encima de la puerta había una muestra: «La Rata Colorada».

Harry Vincent había oído aquel nombre. No estaba familiarizado con los antros frecuentados por los gángsteres, pero precisamente conocía aquél.

Estaba abierto al público; pero entraban pocas personas ajenas al mundo del crimen. Estaba seguro de encontrar allí al hombre cuyos pasos seguía.

Pero Vincent vaciló antes de entrar. Trató de formular algún plan, pero acabó decidiendo que lo mejor era confiar en la casualidad. Dos hombres entraron en el establecimiento.

Harry Vincent subió detrás de ellos las escaleras de «La Rata Colorada».

CAPÍTULO VI
LA SOMBRA INVESTIGA

Una hora después de haber salido Stanley Berger de su casa, en el momento mismo en que Harry Vincent se encaminaba a «La Rata Colorada», un hombre se apeó de un taxi no lejos del domicilio de Berger.

Mientras pagaba al chofer permaneció en la sombra del vehículo, de manera que sus facciones resultaron invisibles en la oscuridad. El conductor volvió la cabeza al ponerse en marcha y vio con sorpresa que su pasajero había desaparecido completamente.

-¿Adónde habrá ido ese pájaro? -murmuró-. Se ha perdido de vista de repente.

El comentario no tenía nada de exagerado. El hombre había desaparecido como si se le hubiera tragado la tierra.

Si el chofer hubiera mirado en la dirección debida, hubiera advertido una señal del paso de su cliente, pues en la acera apareció una sombra larga y estrecha, una sombra que se movía sola.

La fantástica forma atravesó la calle como flotando y se fundió en la sombra proyectada por

una casa.

Apareció luego en el marco de luz de la puerta y por un momento asumió la silueta humana. Al instante desapareció.

Dos minutos después se abría la puerta del piso de Stanley Berger, como si un misterioso poder hubiera hecho girar el tirador.

Las persianas se cerraron en silencio. El círculo de luz de una lámpara del bolsillo apareció en la pared.

El timbre del teléfono comenzó a sonar y la luz se extinguió de súbito. Una sombra se deslizó en silencio a través de la habitación y el timbre cesó de llamar al ser levantado el auricular.

El ser que se movía en la oscuridad esperó hasta que desde el otro extremo del hilo le dijeron una palabra. Entonces habló una voz en medio del silencio y de las tinieblas de la habitación, un cuchicheo bajo y misterioso, la voz de la Sombra.

-¿Burbank?

La Sombra recibió la confirmación que demandaba. Burbank era uno de sus agentes de más confianza. Y desde entonces el silencio de la estancia sólo se vio turbado por el murmullo de las palabras que transmitía el teléfono. El murmullo cesó.

-Comprendido -dijo la Sombra-. Le oyó usted esta mañana que pedía que se le reservase el billete del teatro. Vincent le ha seguido hasta allí. ¿Dónde ha ido ahora Vincent?

Siguió una breve explicación.

-¿No ha reconocido usted al hombre a quien seguía? -La Sombra había formulado esta pregunta-. ¿Qué dirección dio al chofer?

Burbank siguió comunicando sus noticias.

-Muy bien. Nada más por esta noche, Burbank.

El auricular fue colocado de nuevo en su gancho. El círculo de luz volvió a iluminar el escritorio. En él apareció una mano con un reloj.

-Media hora de trabajo -murmuró una voz casi imperceptible-. Luego a «La Rata Colorada». Allí habrá que hacer.

El rayo de luz se paseó rápidamente por la habitación y se detuvo sobre el cajón de una mesa.

Una mano tiró del cajón y lo encontró cerrado.

Una llave pequeña reflejó la luz de la lámpara. Un momento después el cajón estaba abierto.

La mano sacó del cajón cinco tarjetas, en las cuales no había nada escrito.

Tres de las tarjetas eran negras, una gris y la otra blanca. La mano dejó las tarjetas sobre la mesa.

El rayo de luz se paseó rápidamente por la habitación y se detuvo registrada rápidamente,

pero con asombrosa meticulosidad.

Aquello era lo único que había descubierto. Las tarjetas estaban en blanco.

Aparentemente no significaban nada.

Pero la luz permanecía sobre ellas, como si una mente las estudiase con atención concentrada.

La lámpara de bolsillo se apagó y se encendió la que había sobre la mesa.

Su luz reveló la figura embozada de la Sombra.

Con las cinco tarjetas delante, el misterioso personaje sacó una hoja de papel y empezó a expresar sus pensamientos por escrito. Fue apareciendo una columna de afirmaciones breves y terminantes:

«Stanley Berger mató a Jonathan Graham.

»Stanley Berger está vigilado.

<¿Por qué?>

El lápiz se detuvo un momento. Luego escribió una respuesta a su propia pregunta.

«Porque ciertas personas deben saber que Berger asesinó a Graham.

»Estas personas no quieren que el crimen sea descubierto.

»Por lo tanto deben de estar relacionadas con él.»

Otra pausa, más larga que la anterior, y luego:

«Berger estaba dirigido por alguien.

»No tiene ninguna prueba escrita.

»Recibía sus instrucciones verbalmente.

«¿Dónde?»

La pausa fue esta vez de algunos segundos nada más. Luego escribió las siguientes afirmaciones:

«Las instrucciones las recibía en algún lugar secreto.

»Berger era llamado a ese lugar.

»Probablemente fue más de una vez.

»Las tarjetas tienen algún significado especial.»

La mano guardó el lápiz entre los pliegues de la capa y reapareció llevando una pluma. Escribió con tinta roja sobre una de las tarjetas negras:

«Venga esta noche a recibir instrucciones.»

Apartó a un lado las tres tarjetas negras. Lo escrito explicaba su significado.

Stanley Berger las había recibido en diferentes ocasiones. Cada tarjeta era un aviso para asistir a una reunión.

La pluma escribió sobre la tarjeta gris:

«Hay reunión esta noche. No venga a menos que sea absolutamente prudente.»

La mano titubeó sobre la tarjeta blanca; luego, como dirigida por una mente capaz de adivinarlo todo, escribió con trazos de color de sangre:

«Su trabajo ha terminado. No asista a más reuniones.»

Quedaba explicado el significado de las tarjetas. La escritura permaneció en ellas por más de un minuto. Luego desapareció de la tarjeta negra, como borrado por una mano invisible.

Pocos minutos después comenzaron a palidecer las palabras sobre la tarjeta gris. Sólo quedaba lo escrito sobre la tarjeta blanca. Y por fin aquellas palabras de color de sangre se desvanecieron también.

La Sombra consultó su reloj. Había pasado media hora desde que Burbank llamara por teléfono. Se levantó y dejó de nuevo las tarjetas en el cajón de la mesa.

Apagó la lámpara. EL círculo de luz de la linterna apareció sobre la puerta y desapareció súbitamente. Los finos oídos de la Sombra percibieron el ruido de una llave que se metía en la cerradura.

Un hombre entró en el cuarto y encendió la luz. Era Stanley Berger.

Su aspecto era preocupado y macilento. Se acercó a un armario, de donde sacó una botella y un vaso. Llenó el vaso con una mano que temblaba, y bebió.

Miró a su alrededor. No vio a nadie. Pero las persianas atrajeron su atención, Empezó a murmurar entre dientes como sobrecogido por un acceso de delirio.

-Esas persianas estaban abiertas cuando salí. Deben estar siempre abiertas; las persianas cerradas no me gustan. ¿Quién las ha cerrado?

Se pasó las manos por la frente. Sin duda estaba preocupado. Se paseó, inquieto, por la habitación.

-Había demasiada gente en el teatro -musitó-. No podía estar allí.

Se acercó a la ventana para abrirla y cambió de parecer al llegar.

Permaneció junto a la mesa, mirando a la pared. En aquella pared, cerca del rincón, había una librería. La sombra del mueble parecía fascinarle. Se quedó inmóvil y con la vista fija.

Advirtió un movimiento. Y ante sus ojos atónitos las tinieblas comenzaron a tomar forma.

Apareció una alta figura envuelta en una capa negra.

Stanley Berger trató de hablar, pero a sus labios no acudió ningún sonido.

Aquella tétrica figura surgida de las sombras, paralizó su voluntad.

Empezó a temblar cuando la Sombra avanzó lentamente y se detuvo ante él, enorme, negra y amenazadora, envuelta en su capa y con la cara oculta por las alas de un ancho sombrero.

-¿Quién es usted? -balbució Stanley Berger-. Quién...

La voz murió en sus labios. Un miedo terrible le sobrecogió. Quizás aquel ser negro era un fantasma del otro mundo.

Ante él había aparecido como un espectro y se mantenía como un inquisidor medieval, que esperase de sus labios las palabras que habían de condenarle.

-¿Quién es usted? -preguntó de nuevo-. ¿Qué hace usted aquí?

-Soy la Sombra.

EL sibilante cuchicheo era más terrorífico aún que la figura. Berger se tambaleó; se sostuvo en el borde de la mesa.

-Siéntese.

Un brazo negro y largo se extendió hacia la silla. Stanley Berger no pudo desobedecer la orden. Cogió automáticamente la silla, sin quitar los ojos del ser misterioso que tenia delante.

-Encienda esa luz.

Berger obedeció.

La Sombra pareció flotar a través de la habitación. Llegó a la puerta y la lámpara del techo se apagó.

La forma negra desapareció de la vista de Berger. Exhaló un grito ahogado cuando surgió directamente sobre él, dominándole como una materialización monstruosa de la venganza.

Berger levantó la cabeza. Por debajo del ala del sombrero pudo ver dos ojos que brillaban como carbones encendidos. Unos ojos oscuros y ardientes que parecían penetrar en los secretos de su cerebro.

-¡Usted mató a Jonathan Graham!

Las palabras eran una afirmación, no una pregunta.

-¡Responda! ¡Usted mató a Jonathan Graham!

Stanley Berger asintió. Su personalidad le había abandonado. Su cerebro estaba bajo el dominio de aquel ser desconocido. Era incapaz de resistir el poder de la Sombra.

-¿Por qué?

Berger hizo un gran esfuerzo para sustraerse a aquella fuerza que le dominaba.

-¡No lo sé! -gritó-. ¡No lo sé!

-¡Dígame por qué!

-Porque -la confesión salió lentamente de los labios de Berger-, porque había robado su correspondencia privada.

-¿Para qué?

-No lo sé.

La Sombra guardó silencio. La última declaración de Berger era espontánea.

Evidentemente, decía la verdad.

-¿Con quién sostenía Graham esa correspondencia?

Stanley Berger no podía sacudir el yugo de la Sombra. Sus labios formaban automáticamente las respuestas.

-Con un hombre que se llama Whitburn.

-Dígame su nombre de pila.

-Lo ignoro.

Los ojos ardientes miraban fijamente a Stanley Berger.

-Mire a la mesa -ordenó la voz de la Sombra.

Berger obedeció. Una mano apareció ante sus ojos, con las cinco tarjetas que había en el cajón.

En el dedo anular llevaba un anillo con una gema escarlata, que despedía resplandores de fuego. El brillo de la piedra llamó la atención de Stanley, fascinándole.

-Mire esas tarjetas -siguió ordenando la Sombra-. Le diré lo que cada una de ellas significa. Usted me dirá si acierto. EL negro significa: «Hay una reunión esta noche.» ¿No?

-Sí.

El gris significa: «Hay reunión esta noche, pero no venga a menos que sea absolutamente prudente.»

-Sí.

-El blanco significa: «Su trabajo ha terminado. No concurra a más reuniones.»

-Sí.

-¿Dónde se celebran esas reuniones?

La respuesta que se estaba formando en los labios de Berger no llegó a convertirse en palabras. Luchó contra el poder implacable que le dominaba.

-¡No! ¡No! -Sus exclamaciones eran secas y nerviosas-. ¡No puedo decirlo!

Cayó de bruces sobre la mesa y ocultó la cara entre los brazos.

Reinó un profundo silencio durante varios minutos. Un reloj lejano dio las diez de la noche.

Una especie de silbido partió de la Sombra. La media hora con que contaba había pasado con exceso. Habló de nuevo con suavidad y dulzura:

-Levante la cabeza.

Berger levantó la cabeza.

La mano delgada y blanca de la Sombra apareció ante sus ojos y se encontró mirando las brillantes profundidades del ópalo de color de fuego.

Sobre la mesa apareció un sobre. Una pluma fue puesta en la mano de Berger.

-Escriba esta dirección.

La voz sibilante hablaba con una persuasiva gentileza, que fue como un bálsamo benéfico

para la mente turbada de Berger. Veía el sobre, pero continuaba bajo la fascinación del ópalo escarlata. Colocó la pluma sobre el papel.

-Harry Vincent. Hotel Metrolite. Nueva York.

Berger escribió con automática precisión. El sobre fue apartado a un lado y una hoja de papel ocupó su lugar.

-Escriba toda su historia. Dígalo todo.

La voz, a pesar de su tono misterioso, parecía bondadosa.

-Firme con su nombre debajo. Eche la carta al correo. Luego podrá olvidar.

Berger puso la pluma sobre el papel. Quedó al parecer sumido en profundos pensamientos, su mente registraba el pasado.

La mano de la Sombra se apartó. El ópalo de fuego no estaba ya delante de los ojos de Stanley Berger. Pero su resplandor persistía. Creía seguir viendo la misteriosa gema sobre el papel.

Cuando comenzó a escribir, la mancha escarlata siguió la punta de la pluma.

La voluntad de Stanley Berger estaba aún dirigida por la dinámica presencia de la Sombra. No podía resistir las órdenes que acababa de recibir.

Y, sin embargo, la Sombra ya no estaba a su lado. Silenciosamente, como un espectro de la noche, el hombre de misterio había salido de la estancia.

CAPÍTULO VII
EN «LA RATA COLORADA»

La sala principal de «La Rata Colorada» era una habitación sórdida y sucia.

Estaba mal alumbrada y su mobiliario constituido por mesas viejas y bancos sin pintar.

Pero, a pesar de esta apariencia tan poco agradable, la clientela del establecimiento era numerosa. Reunidos alrededor de las mesas había unos veinte hombres y algunas mujeres.

Las botellas que había sobre las mesas eran pruebas evidentes de las atracciones de «La Rata Colorada». La casa era una taberna donde se quebrantaba abiertamente la ley seca.

Harry Vincent lo vio a la primera mirada. Ocupó su asiento en un rincón oscuro y pasó revista a los demás consumidores.

Un camarero se acercó a su mesa. Harry se vio en un dilema. Debía fingir que la casa le era familiar. Antes que venderse con una petición desacostumbrada, se limitó a entregar al camarero un billete de cinco dólares.

El hombre le miró, pero Harry afectó la mayor indiferencia.

El camarero se alejó y volvió con una botella, un vaso y cuatro dólares con veinticinco centavos de cambio. Harry le dio los veinticinco centavos de propina.

Mecánicamente se sirvió una copa de licor. Con la mano sobre el vaso miró a su alrededor.

La penumbra de la habitación, llena además de humo de tabaco, hacía difícil la observación de las personas. Por fin pudo distinguir al hombre a quien seguía. Estaba hablando con otro sentado en un rincón.

Pasó una hora entera. Harry consiguió vaciar su licor en una escupidera, sin que le vieran. Con esto pudo pedir una segunda botella cuando el camarero se acercó de nuevo a su mesa.

«La Rata Colorada» estaba llena de gente que sufría, en mayor o menor grado, los efectos del alcohol adulterado y Harry, manteniéndose sereno, tenía una positiva ventaja.

Sus pensamientos volvieron a Stanley Berger y miró su reloj. Aún no eran las diez. Pasaría todavía una hora antes de que Berger saliese del teatro.

Vincent no podía saber que en aquel momento mismo Berger estaba en su casa.

¿Quién era aquel hombre que había seguido a Stanley Berger? ¿Volvería al teatro para recoger de nuevo la pista?

Harry podía distinguir la cara del hombre, una cara ceñuda y morena, pero no la de su compañero. Éste le daba la espalda.

Estudió las demás personas que llenaban la habitación.

Las mujeres hablaban en voz alta. Se trataba evidentemente de compañeras de gángsteres.

Pero había una que estaba sentada sola ante una pequeña mesa, al otro lado de la habitación.

Tenía delante una botella y un vaso; pero, lo mismo que Harry, no bebía. La serenidad de sus maneras impresionó al joven. Tenía la cabeza ligeramente vuelta, de manera que no podía ver sus facciones, pero su aspecto general era muy atrayente.

Parecía joven, y Harry se preguntó por qué causa se encontraría en aquel antro.

Estudiando a la muchacha, Harry olvidó al hombre a quien estaba vigilando.

Inconscientemente, mantuvo los ojos fijos en la mujer.

Como si se hubiera dado cuenta de súbito de la mirada de Harry, la joven volvió la cabeza hacia él.

Pareció como si a su vez le estudiase atentamente.

Aquella mujer se preguntaba cómo estaba él allí, lo mismo que él se había preguntado la causa de la presencia de ella. Tenían alguna cosa en común.

Cada uno de ellos parecía comprender instintivamente que el otro no se encontraba allí en su ambiente.

La joven volvió súbitamente la cabeza; abrió su bolso y comenzó a buscar algo en él. No parecía hallarse azorada, pero Harry comprendió que se trataba de evitar su mirada fija.

Harry miró hacia el rincón de la estancia donde los dos hombres estaban engolfados en una conversación. Pero un momento después volvió los ojos a la joven y no pudo reprimir una sonrisa, pues la sorprendió mirándole con disimulo.

Vincent vacilaba entre el deber y el deseo. Tenía una misión que cumplir allí: vigilar al hombre que había seguido a Stanley Berger. Pero sentía un irresistible deseo de acercarse a la muchacha; de hablar con ella; de conocer su nombre.

Mantuvo los ojos fijos en los dos hombres del rincón, mas sus pensamientos no se apartaban de la joven.

Vincent recobró súbitamente su atención. Los dos hombres se habían levantado. AL parecer se disponían a salir de «La Rata Colorada».

No; se daban la mano. El que se iba no era el objeto de la vigilancia de Harry, sino el otro.

Vincent pudo verle la cara un momento. Eran las facciones características de un gángster: expresión dura y mirada firme y astuta.

El hombre a quien Vincent había seguido atravesó la sala y fue a ocupar un asiento directamente enfrente de él. En la misma mesa estaban ya otro hombre y una mujer, que saludaron al recién llegado.

-Hola, Volovik.

Harry grabó el nombre en su memoria. Al principio la conversación era claramente perceptible, pero sin importancia. Volovik hablaba con acento extranjero.

Luego, bajó la voz y ya no fue posible entenderle. Harry escuchaba inútilmente y cuando creía estar a punto de percibir alguna palabra, Volovik levantó la voz de nuevo, pero hablaba con una lengua desconocida.

Harry Vincent no era políglota; ni siquiera pudo determinar cuál era el idioma empleado. De repente, la voz de Volovik bajó de nuevo. Sacó el reloj e inclinándose hacia sus interlocutores, dio un golpe con el dedo en la esfera.

Tal vez estaba fijando la hora para una cita. Harry no estaba seguro.

Volovik se recostó en la silla y se metió el reloj en el bolsillo. Harry se dio cuenta de que estaba mostrando demasiado interés en la conversación.

Inspirado por un súbito recuerdo, dirigió la vista hacia la joven.

Ésta había apoyado un codo sobre la mesa, y la mejilla en la mano. Sus ojos estaban fijos en Harry. Sus labios formaron lenta y distintamente una frase.

Harry no pudo comprender su significado. La joven repitió sus silenciosas palabras.

Librodot

La frase era clara. Una expresión de espanto se reflejó en la cara de la joven.

Harry sintió instintivamente que le amenazaba algún peligro. Detrás de él había dos hombres. Uno se acercaba con la mano debajo de la chaqueta.

Harry percibió el brillo del acero.

En aquel instante se apagaron las luces.

La mente funciona rápidamente en los momentos de peligro. Harry comprendió lo ocurrido en una fracción de segundo. Mientras vigilaba a Volovik, el hombre que estaba detrás de él se preparaba para el ataque.

Otra persona estaba dispuesta al lado del interruptor de la luz. Ambos actuaron simultáneamente. Una rápida cuchillada de la que él hubiera sido la víctima. Estos pensamientos pasaron por Harry al mismo tiempo que entraba en acción. Afortunadamente había visto venir a su adversario.

Instintivamente, tendió el brazo en la oscuridad.

El golpe estuvo bien calculado. El puño encontró una cara. Sonó una interjección y un hombre cayó al suelo.

Harry se desvió hacia el centro de la habitación. Sabía donde estaba la puerta pero intentar la huida hubiera sido una locura. Sin duda había gente estacionada a la salida.

Tropezó con una silla y la levantó con ambas manos. Sonaban gritos por todas partes. Harry se mantuvo con la silla en alto, esperando los acontecimientos. Sólo tuvo que esperar un momento.

Una lámpara de bolsillo se encendió en la mesa ocupada por Volovik. Sus rayos fueron dirigidos al sitio en donde antes estaba Harry. Luego se pasearon por la habitación y vinieron a enfocarse directamente sobre Harry.

-¡Allí está! ¡A él!

El grito había partido de Volovik.

Harry arrojó la silla contra la luz. En el mismo instante sonaron dos disparos.

Harry sintió, en el momento que soltaba la silla, una sensación dolorosa en el brazo izquierdo, por encima del codo. Se cogió el brazo con la mano derecha. La silla había llegado a su destino. Volovik debió de levantar el brazo para evitar el golpe; pero había sido lanzado con gran fuerza. Harry oyó el ruido que hizo la mesa al caer, arrastrando vasos y botellas. La lámpara de bolsillo rodó por el suelo, proyectando su luz inútil sobre la pared posterior.

Harry se tambaleó, apretándose el brazo herido. Luego, una mano ligera, se posó sobre uno de sus hombros. Estaba a punto de huir de ella, cuando una voz femenina le detuvo.

-Venga conmigo. Deprisa.

Harry extendió la mano derecha y otra mano suave y pequeña le cogió por la muñeca y le arrastró en dirección ala mesa que ocupaba la joven que había llamado su atención.

La oscuridad era absoluta. Vincent no veía nada. Tropezó contra un banco.

La mano soltó su muñeca y le empujó por un hombro.

Le empujaba contra la pared que, con gran sorpresa suya, cedió a la presión.

Penetró en un pequeño departamento. Una sección de la pared había girado sobre un pivote.

La joven estaba aún con él. Su presencia era un sedante. Harry sintió su paso interrumpido por un muro y se apoyó contra él.

-¿Está usted herido? -la voz ya no era un cuchicheo, pero seguía siendo gentil. Dentro del estrecho departamento reinaba el silencio. El tumulto de la taberna parecía muy lejano.

-Sí -replicó Harry.

-¿Dónde?

-En el brazo izquierdo. Por encima del codo.

Harry fue cuidadosamente despojado de su chaqueta. Se estremeció ligeramente al sacar el brazo de la manga. Sintió como le levantaban la manga de la camisa y como le aplicaban un pañuelo sobre la herida.

El vendaje improvisado calmó el dolor.

-No me han tocado el hueso -murmuró Harry con voz ronca-. No es nada -se le olvidó, al parecer, que aún corría un grave peligro-, ¿quién es usted?

-¡Chist! No haga preguntas ahora. Más tarde... quizá... He de salir. Espere aquí; no haga ruido ni salga hasta que yo regrese,

Harry permaneció inmóvil un momento. Luego extendió los brazos hacia la muchacha. Deseaba retenerla junto a sí.

Pero sus manos se cerraron en el vacío. Dio algunos pasos y se encontró con la pared movible por donde había entrado.

Ahora estaba fija, cerrada por algún muelle secreto. Se encontró solo, prisionero en las tinieblas de aquel estrecho agujero.

¡La joven misteriosa había desaparecido!

CAPÍTULO VIII
OTRO VISITANTE

Stanley Berger concluyó su laboriosa escritura. Ante él yacían dos hojas llenas de palabras cuidadosamente escritas. Sus ojos no veían aquellas palabras trazadas por su propia mano; estaban fijos en el vocablo final de su declaración.

En el espacio blanco que quedaba al final de la segunda hoja brillaba un punto carmesí de ilimitadas profundidades.

Era la visión del ópalo de fuego de la Sombra que aún dominaba la mente de Berger.

El joven exhaló un suspiro de alivio al estampar su firma al pie del escrito.

Dobló las dos hojas de papel y las introdujo en el sobre que había dirigido.

El sobre estaba franqueado. Berger lo cerró y se levantó lentamente de su silla.

Stanley Berger se movía como en sueños. El recuerdo del crimen que había cometido le tenía inquieto y febril.

La impresión de su entrevista con la Sombra; las palabras suaves que le había dirigido; el resplandor misterioso del ópalo de fuego, todas estas cosas habían anulado su voluntad. Estaba en un estado hipnótico y llevaba a cabo sin reflexionar las instrucciones recibidas.

Se acercó lentamente a la puerta de su casa, En el portal había un buzón de correos. Aquél era su destino. La carta parecía quemar su mano. Hasta que estuviera a salvo y camino de la persona a quien iba dirigida no volvería a él la tranquilidad.

Abrió la puerta, y se quedó inmóvil como una estatua de piedra. En su camino se irguió una figura oscura, que sus ojos apenas percibían, pero que le impedía el paso.

El hombre de la máscara roja miró fijamente a Berger; con un ademán oculta por una máscara roja. Extendió hacia él dos manos cubiertas por guantes también rojos. Lenta, pero firmemente, le empujó de nuevo hacia su habitación.

Stanley Berger habló como un sonámbulo, con voz pensativa y mecánica:

-Debo echar esta carta.

El hombre de la máscara roja miró fijamente a Berger; con un ademán rápido le arrancó la carta de las manos.

-Yo la echaré.

Se guardó la carta en el bolsillo al hablar. Luego tocó la frente de Berger con sus dedos enguantados en seda roja. Le hizo mover la cabeza hacia los lados.

-¡Despierte!

Con estas palabras, el enmascarado golpeó la frente de Berger con los nudillos. Berger se estremeció y miró con asombro a su alrededor, y luego al hombre que estaba delante de él.

-¡El Enviado Rojo! -exclamó.

El enmascarado asintió y señaló la mesa y la silla.

-¡Siéntese! -ordenó.

El Enviado Rojo se erguía ante él con las manos apoyadas en el borde de la mesa. Parecía estar esperando una declaración.

-¿Por qué ha venido usted a verme -le preguntó Berger.

-Para saber su historia -repuso el Enviado Rojo. Su voz, firme y deliberada, no encerraba amenaza alguna. A pesar de ello hizo temblar a Stanley Berger.

-He matado a Graham -dijo sombríamente-. Le he matado temiendo que descubriese el robo de su correspondencia privada. He recibido la tarjeta blanca y he creído que mi trabajo había terminado. No esperaba que viniera usted aquí. Creía que ninguno de nosotros podía ver al Enviado Rojo.

-EL caso de usted es extraordinario -declaró el Enviado Rojo-. Ha procedido usted con eficacia, pero con precipitación. Nadie sospecha de usted, pero algunas veces la mente de un hombre puede ceder a una tensión imaginaria.

-Estoy preocupado -admitió Berger.

-Así me ha parecido -replicó el Enviado Rojo-. He sabido que iba usted al teatro esta noche. Cuando un hombre trata de distraerse solo es que desea olvidar algo. Por eso he venido para esperar su regreso. ¿Por qué ha salido usted del teatro tan temprano?

-Estaba aburrido. He salido después del primer acto.

-¿Después del primer acto? -el Enviado Rojo hizo vivamente la pregunta-. ¿Dónde ha estado usted desde entonces?

-Aquí.

-¿Ha venido usted directamente?

-Sí.

-¿Cuánto tiempo hace que está usted aquí?

-Unos minutos.

En los labios del Enviado Rojo se dibujó una ligera sonrisa.

-¿Qué hora cree usted que es?

-Cerca de las diez.

-Son más de las once -afirmó el Enviado Rojo.

Stanley Berger se pasó las manos por los cabellos.

-Quizás he dormido -murmuró-. Me parece como si hubiera soñado.

-¿Qué ha soñado usted?

-No recuerdo bien. -Berger cerró los ojos para pensar-. Algo sobre un hombre negro que me hablaba. Parecía una sombra. Salió de allí -abrió los ojos y señaló el rincón que formaba la librería.

El Enviado Rojo apretó el interruptor de la pared para tener más luz que la suministrada por la lámpara de mesa.

-Un hombre negro -murmuró de nuevo Berger.

-¿Qué le ha dicho?

-No puedo acordarme. Al principio le he tenido miedo. Luego sus palabras me han tranquilizado. Recuerdo también un punto luminoso, una extraña gema roja. -Berger cerró los ojos-. Aún me parece estar viéndola. Brilla como ascua.

-¿Qué ha hecho usted después?

-Creo haber escrito una carta. No sé lo que decía. La escribí muy despacio. Era importante. Después he salido para echarla al correo -se frotó la frente con aire de duda-. Debo de haberla echado. ¡No! Se la he dado a alguien para que la eche por mí.

-¿A quién ha dirigido usted esa carta?

-No lo recuerdo.

El Enviado Rojo sacó el sobre del bolsillo y leyó la dirección en voz alta.

-Harry Vincent, Hotel Metrolite -repitió-. ¿Es ésta la persona a quien ha dirigido usted la carta?

-Si -exclamó Berger-. Ahora me acuerdo.

-¿Quién es Harry Vincent?

-No lo sé.

-¿Está usted seguro?

-Completamente. Nunca he oído ese nombre hasta hoy. No sé por qué le he escrito una carta.

El Enviado Rojo abrió el sobre. Leyó las dos páginas mientras Berger reflexionaba, sin levantarse de la silla.

-¿Es ésta su letra?

Berger, en respuesta, miró la carta y asintió.

-Léala. Usted la ha escrito y la ha firmado. Léala -ordenó el Enviado Rojo.

Berger comenzó a leer las líneas escritas por su mano. Antes de llegar al final de la primera hoja estaba pálido como un muerto y temblaba de pies a cabeza.

AL mirar la segunda página y ver su firma al pie, dejó caer la carta al suelo con un grito de horror. Llevándose las manos a la frente comenzó a gemir, lleno de angustia.

-Lo ha confesado usted todo -dijo el Enviado Rojo.

-¿Por qué lo he hecho? -murmuró, aterrado, Berger-. ¡Debo de estar loco!

-Ha sido usted hipnotizado por alguien. Se ha vendido usted y más que eso: ha hecho usted

traición a nuestra causa.

Stanley Berger estaba rígido y frío; con los puños apretados miraba fijamente la pared.

-Ha sido usted licenciado -continuó el Enviado Rojo sin cambiar de tono-. Esa es la costumbre con todos los que han realizado su trabajo por nuestra causa. Pero ya conoce usted las condiciones de esta licencia. Silencio. Absoluto silencio.

Berger asintió.

-También sabe usted lo que les ocurre a los que traicionan nuestra causa. -La voz del Enviado Rojo sonaba en los oídos de Berger como el eco de las trompetas del juicio Final-. Son nuestros peores enemigos. Otros enemigos pueden esperar; pero los que nos venden no.

Berger asintió de nuevo.

Temí que ocurriera esto -prosiguió solemnemente el Enviado Rojo-. Temí que usted, por imprudencia, hiciera traición a la causa. He venido para hablar con usted, para ayudarle a salir del país. Estoy aún dispuesto a ofrecerle esa oportunidad; pero primero tiene usted que deshacer el mal que ha hecho. Saque usted papel y otro sobre. ¿Tiene usted sellos aquí?

Berger abrió un cajón de la mesa y sacó los sobres y los sellos que le pedían.

EL enmascarado apagó la luz del techo. La habitación quedó iluminada solamente por la lámpara de la mesa.

-Escriba la carta que voy a dictarle -dijo el Enviado Rojo-. Empiece diciendo: «Mi estimado amigo», lo mismo que empezó usted la carta para Harry Vincent. Berger escribió las primeras palabras. El Enviado Rojo siguió dictando:

-«EL suicidio de Jonathan Graham me ha dejado anonadado. Era mi amigo y mi bienhechor; el dolor me abruma. No puedo continuar trabajando para nadie más. El espectáculo del hombre a quien admiraba, saltando por la ventana, es algo que no podré olvidar jamás. Cuando reciba usted esta carta me habré marchado de aquí.»

Stanley Berger esperó a que el Enviado Rojo continuase.

-Firme la carta -dijo éste-. Escriba dos más iguales y fírmelas también.

El joven obedeció, mientras el hombre de la máscara roja se paseaba por la estancia.

Cuando hubo terminado su trabajo, el Enviado Rojo se detuvo junto a la mesa.

-Dirija ahora tres sobres -dijo-. Uno a Harry Vincent, exactamente igual al que yo he abierto, y los otros dos a personas a quienes usted conozca. Una de ellas, o las dos si lo prefiere, debe estar relacionada con los negocios de Jonathan Graham.

Stanley Berger escribió los sobres. El Enviado Rojo pegó cuidadosamente los sellos; dobló las cartas, las metió en los sobres y se las guardó en el bolsillo.

-Stanley Berger -dijo después con voz lenta y solemne-, ha hecho usted traición a nuestra causa. Si siguiera usted viviendo podría hacer lo mismo en el porvenir. La muerte es el castigo de los

traidores. No aceptamos excusas. -El Enviado Rojo extendió un brazo. En la mano enguantada llevaba una caja.

La abrió. Dentro había tres píldoras. Dejó la caja encima de la mesa.

El horror dilató los ojos de Stanley Berger. Miraba fascinado la caja y su contenido.

EL Enviado Rojo observaba fríamente los efectos de su acción. Seguro al fin de que Berger había comprendido, salió de la habitación.

Berger no le oyó salir. El terror había embotado sus sentidos.

Su mente volvió a las cartas que acababa de escribir:

«Cuando reciba usted esta carta me habré marchado de aquí...»

Pero no decía a dónde. Las palabras dictadas por el Enviado Rojo tenían más de un significado.

Stanley Berger sabía que se tenía que marchar a un sitio en donde no podría repetir su historia. Pensó en su confesión interceptada por el Enviado Rojo.

Alargó una mano temblorosa hacia la caja de las píldoras.

Murmuró algunas palabras incoherentes. Su mano se serenó de pronto.

Vertió el contenido de la caja en la palma de la otra mano.

Cuando un reloj lejano tocó las doce, el silencio más profundo reinaba en el cuarto. La lámpara aún ardía sobre la mesa y sus rayos alumbraban el cadáver de Stanley Berger, que yacía en el suelo.

CAPÍTULO IX
COMO ESCAPO VINCENT

Harry Vincent esperó en la oscuridad. Una multitud de pensamientos se acumulaban en su cerebro.

¿Quién era la joven? ¿Por qué le había salvado?

La primera pregunta no tenía respuesta por el momento; pero Harry pensó que podía contestar a la segunda. Estaba seguro de que la muchacha correspondía al interés que él había sentido por ella.

Le había dejado solo en un lugar que era virtualmente una prisión, pero no dudaba de que tenía un plan para ponerle a salvo.

Un rayo de luz apareció de pronto en la pared. Harry aplicó a él un ojo. A través de un pequeño agujero podía ver la sala de «La Rata Colorada» y permanecer invisible para los de fuera.

Las luces habían sido encendidas de nuevo y toda la escena se ofrecía a sus ojos. El súbito ataque había producido el caos.

Los parroquianos de «La Rata Colorada» eran bandidos de la peor especie.

Algunos habían huido durante la breve lucha reñida en la oscuridad, mientras otros trataban de tomar parte en ella.

Un hombre se frotaba la cara sentado en un banco. Era el que había recibido el puñetazo de Harry.

Volovik permanecía de pie en el centro de la habitación. Sin duda había logrado evitar el golpe del banco arrojado por Vincent.

El suelo estaba cubierto de botellas rotas y fragmentos de cristal. Habían llegado dos guardias, atraídos por los disparos, pero, al parecer, no practicaban una investigación muy severa.

Un individuo sonrosado les daba explicaciones. Harry decidió que aquél era el dueño del establecimiento. El nombre de la casa estaba bien puesto; su dueño parecía una rata de color rojo.

Vincent no pudo oír la discusión, pero vio que los agentes de la autoridad se convencían de que no había habido víctimas.

Aquel antro disfrutaba de protección política y mientras en él no se cometiera un asesinato estaba seguro de no ser molestado.

Lo cierto era que se había cometido un intento de asesinato. Harry tembló al pensar que él era la víctima designada.

El crimen había sido bien planeado. Hubiera pasado en silencio y sin que trascendiera a la calle. Gracias a la joven desconocida el complot se había frustrado.

Por un momento sintió Harry la tentación de golpear la pared para atraer la atención de la policía; pensándolo mejor, desistió.

Una docena de personas podría declarar que él había sido la causa de todo el alboroto. Le comprometerían fácilmente.

Por el momento estaba a salvo allí. No era necesario provocar un nuevo disturbio.

La joven le había prometido regresar y tenía confianza en su promesa.

Registró el local con la vista. No quedaba en él ninguna mujer. Toda la clientela femenina había sido probablemente evacuada. Su salvadora debió de salir también al amparo de la oscuridad.

Dos camareros procedieron a hacer desaparecer las señales de la pelea y los policías salieron del local. La tranquilidad se restableció. Los pocos clientes que quedaban ocuparon sus asientos ante las mesas y los camareros sirvieron bebidas.

Volovik fue uno de los que se quedaron, lo mismo que el hombre que había intentado agredir a Harry Vincent con el cuchillo. Los otros, Harry pudo distinguir hasta una docena, eran dignos compañeros de los dos primeros.

Intentar escapar sería suicida. Sólo podía hacer una cosa: esperar hasta que se hubieran ido. Harry abrigaba la esperanza de que la misteriosa joven regresaría para sacarle de su prisión.

Algunos de los parroquianos tenían entabladas discusiones. Harry pensó que hablaban de él. Dos individuos más entraron en la sala. Hablaron con Volovik. Probablemente habían estado de guardia en la puerta para impedir la huida de Vincent.

Esto comenzó a preocupar al prisionero. ¿Cuánto tiempo transcurriría hasta que comenzasen a buscar su escondite?

El propietario debía de conocer su existencia. ¿No sugeriría a los demás que mirasen allí?

Aquellos pensamientos y los dolorosos latidos que sentía en el brazo herido hacían que el tiempo pasase lenta y febrilmente para Harry Vincent.

Todo lo ocurrido era inexplicable con una excepción. Sabía que había sido engañado por Volovik.

Éste había seguido abiertamente a Stanley Berger; había dicho en voz alta la dirección al chofer, todo con el fin de que Harry Vincent le siguiera hasta «La Rata Colorada».

La conjetura de Harry Vincent de que el propietario conocía el escondrijo en que se hallaba era completamente acertada. El mismo lo había ideado y mandado construir; pero no sabía que lo conociera otra persona y de aquí que no pudiera sospechar que Harry estuviese escondido allí.

El ataque iniciado por Volovik no contaba con la aprobación del dueño. Ni siquiera había visto a la presunta víctima y estaba satisfecho porque la policía se había ido.

Nuevos clientes comenzaron a llegar al antro. Harry los pudo ver a través del agujero. Eran tipos comunes de criminales habituales. Al llegar, miraban a su alrededor con curiosidad y no hacían comentarios.

Todos tenían conocimiento de la pelea. Buscaban señales de ella; pero se abstenían de preguntar.

La presencia de estos nuevos parroquianos no tenía nada de halagüeña para Harry Vincent. Algunos de ellos podían estar coaligados con Volovik. Ninguno era conocido de Harry. No veía ni una sola cara amiga en aquella multitud. La catadura de uno de aquellos individuos era particularmente siniestra. Vestía un jersey raído y sucio. Un cigarro sin encender colgaba de una de las comisuras de su boca. Sus facciones estaban deformadas por cicatrices.

Sus ojos vivos y penetrantes atrajeron la atención de Harry. Cuando miraba a su alrededor parecía escrutar los pensamientos de los demás.

Una vez o dos se posaron en la pared y Harry se retiró instintivamente.

¿Conocería aquel bandido el escondrijo? Sus ojos eran tan penetrantes, que Harry llegó a imaginar que podrían verle a través del agujero.

Apoyando el oído sobre la madera, Harry trató de escuchar la conversación; pero sin éxito.

Dejó de esforzarse.

Sabía que se estaba discutiendo la pasada contienda. Los que no habían estado presentes escuchaban. El más atento de todos era el gángster del jersey.

Volovik se había convertido en el centro de la conversación. Hablaba y gesticulaba. Explicaba lo ocurrido y agitaba un puño en el aire con gesto amenazador.

Pasó media hora. Un período tenso e interminable para el que escuchaba detrás de la pared. Treinta minutos de espera calenturienta.

Harry sintió que no podría escuchar mucho más tiempo. El brazo le atormentaba. Sus nervios parecían a punto de romperse. Se ahogaba en aquel agujero.

Pensó en la muchacha. Ella debía de estar pensando en él también.

Seguramente estaba haciendo planes para su rescate. Pero, ¿podría conseguirlo?

Harry no podía creer que aquella mujer perteneciese a los bajos fondos sociales. Ninguno de los amigos que pudiera traer para auxiliarle serían capaces de contender con aquella cuadrilla de bandidos. Sin embargo, era su única esperanza.

Estos eran los pensamientos de Harry cuando ocurrió lo inesperado.

AL moverse se apoyó contra la pared y extendió un brazo hacia un lado.

Una sensación de esperanza le invadió cuando vio a Volovik levantarse para salir de «La Rata Colorada»; los que estaban con él también se dispusieron a partir.

Dentro de pocos minutos sus verdaderos enemigos habrían desaparecido; su liberación estaba próxima.

Pero cuando sus pensamientos se orientaban de esta manera, su mano tropezó con una pequeña barra que había a un lado de la pared.

La puerta giró hacia fuera y Harry perdió el equilibrio.

Sin darse cuenta, había soltado el muelle que sujetaba la puerta secreta y se encontró tendido en la habitación, en medio de los gángsteres.

Su aparición fue tan inesperada, que cogió a los bandidos por sorpresa.

Se quedaron con la boca abierta, mirando a aquel hombre que surgía de la pared. Pero al ponerse Harry de rodillas y levantar la cabeza, Volovik le reconoció.

-¡Ése es! -gritó-. ¡A él!

El primero en adelantarse fue el que estaba mirando a la pared, el del jersey sucio y la mala catadura. Dio un salto en dirección de Harry, con un gesto diabólico en la cara.

Otros dos se acercaron también por los lados. Harry levantó los brazos para rechazar el ataque del primero. Pero el del jersey no le hizo caso.

En lugar de caer sobre Harry, se lanzó contra los otros dos. Harry vio cómo sus manos descargaban puñetazos cortos y violentos. Los dos hombres, cogidos por sorpresa, cayeron bajo sus

golpes.

Volovik, con un grito, entró también en la lucha. El inesperado defensor de Harry le cogió por la muñeca y le derribó, haciéndole pasar por encima de sus hombros.

Con la mano que le quedaba libre sacó un revólver y una serie de detonaciones secas retumbaron por la habitación.

Sus disparos tenían una precisión asombrosa. El primero rompió la muñeca de uno que acababa de sacar la pistola. El segundo hizo lo mismo con otro que sacaba un cuchillo.

Luego comenzó a ejercitar su infalible puntería con las lámparas de la sala, que pronto quedó sumida en la oscuridad.

-Acérquese a la puerta y espere pegado a la pared.

Harry obedeció la orden que su libertador pronunció en voz baja. Oculto detrás de una mesa, escapó a la observación de todos y contempló el desarrollo del asombroso combate.

Los clientes de «La Rata Colorada» eran gente endurecida. Aun aquellos que no estaban con Volovik reconocieron a un enemigo en el hombre de las cicatrices.

Le vieron romper las luces y se arrojaron sobre él. Seis saltaron a un tiempo con el mismo objeto.

El del jersey no siguió empleando su automática. Se apoderó de uno de los bancos y lo utilizó como una poderosa maza. Manejaba el arma improvisada con la misma facilidad que si hubiese sido un bastón. Harry oyó el golpe de cuerpos que caían a tierra.

Los fogonazos de las pistolas rasgaron la oscuridad. Sonaron gritos de dolor. Pero el solitario luchador parecía dotado de una existencia encantada.

Con un poderoso esfuerzo arrojó el banco a través de la habitación, derribando a un hombre que en aquel momento sacaba un arma y desapareció.

Las maldiciones y los lamentos llenaban la sala. Volovik dirigió la luz de su lámpara de bolsillo al lugar en donde se había desarrollado la tremenda lucha, pero sólo vio los cuerpos de los gángsteres que habían caído heridos en el ataque.

Una mano cogió a Harry por el brazo. Era el hombre que le había salvado.

Se había deslizado por entre las mesas para llegar a la puerta.

Juntos descendieron las escaleras. Su huida fue oportuna. Sonaron más disparos detrás de ellos.

La batalla había sido breve y rápida. El ruido no había atraído aún gente en la calle. El salvador de Harry exhaló un silbido agudo; un taxi se acercó en el acto. -¡Entre! ¡Pronto! -ordenó, con una voz baja y extraña. Harry obedeció.

EL chofer cerró la puerta.

Harry buscó atónito a su compañero. Había desaparecido.

En aquel instante apareció Volovik, a la entrada de «La Rata Colorada», enloquecido de rabia. Vio la cara de Harry por la ventanilla del coche.

Con un grito de triunfo levantó la automática. El chofer estaba en su asiento, pero el vehículo no había arrancado aún. Harry se encontraba ante la boca del arma, sin posibilidad de escapar.

Pero el dedo de Volovik no llegó a apretar el gatillo. Una extraña figura negra emergió de la sombra proyectada por el edificio. Un largo brazo se extendió y arrancó el arma de la mano de Volovik.

El automóvil se puso en marcha. Harry miró por la ventanilla posterior. El cuerpo inerte de Volovik yacía en la acera. Un guardia corría hacia la puerta de «La Rata Colorada».

La figura negra había desaparecido en la noche.

Los detalles de su asombroso rescate pasaron por la mente de Harry. El supuesto gángster se había envuelto en una capa negra en el momento en que Harry entraba en el taxi. ÉL era quien había atacado a Volovik cuando éste se disponía a hacer el disparo fatal.

Sólo un hombre era capaz de llevar a cabo aquellas hazañas. ¡Harry Vincent había sido salvado otra vez por la Sombra!

CAPÍTULO X
LA AMIGA DE BRUCE DUNCAN

El timbre del teléfono despertó a Harry Vincent, por la mañana. Se sentó en la cama y se frotó los ojos. Había dormido hasta muy tarde, pues la terrible aventura de la noche anterior le había dejado exhausto.

Al alcanzar el teléfono sintió un dolor agudo en el brazo, que le recordó la bala que había recibido.

Una voz lenta y deliberada habló en el teléfono.

-¿El señor Vincent?

-Sí.

-¿Puede usted «enviarnos» el libro esta mañana? Hemos recibido su «carta». ¿Cuándo vendrá usted por «aquí»?

-Pronto -replicó Harry, y esperó. No oyó nada más. La comunicación había sido interrumpida. Escuchó aún un momento y luego colgó el receptor, sonriendo. Tenía el recado

Librodot

completo.

«Envíe carta aquí.»

Este era el significado de las tres palabras pronunciadas con énfasis. Era un mensaje breve, pero claro.

Harry estaba acostumbrado a tales llamadas. Las había oído por teléfono y por radio. Algunas palabras recalcadas a intervalos daban instrucciones completas.

La llamada era de Claudio Arma, el agente de seguros por medio del cual Harry se comunicaba con la Sombra.

De manera que tenía que enviar una carta a Claudio Arma. ¿Qué carta?

Llamó al portero del hotel.

-¿Hay algún recado para mí? -preguntó.

-Una carta.

-Envíemela.

Cuando llegó la carta, Harry se limitó a comprobar que estaba dirigida a él.

La metió dentro de un sobre grande y escribió en él la dirección de Arma.

Eran las nueve. Harry se vistió y llevó la carta a la oficina del agente de seguros. Se la entregó a la mecanógrafa y después se fue a desayunar.

Evidentemente, no tenía obligaciones inmediatas asignadas. La noche última se había felicitado por su destreza al seguir a Volovik, pero la persecución había acabado en un fiasco.

Harry cayó en una trampa y la Sombra se vio obligado a rescatarle.

Le pareció que le apartaban del trabajo que en principio le habían asignado y sintió herido su amor propio.

Regresó al hotel y leyó un periódico. Por él se enteró del suicidio de Stanley Berger. Ello explicaba por qué había sido relevado de su misión.

No podía creer que Berger hubiera muerto. Era una secuela extraña e inexplicable de los sucesos de la noche pasada.

Un hombre entró en el vestíbulo cuando Harry estaba aún meditando acerca de la muerte de Stanley Berger. El recién llegado se le acercó y le saludó dándole un golpe en la espalda.

Harry se sobresaltó.

-¡Bruce Duncan! -exclamó al ver de quien se trataba.

-El mismo. ¿Qué tal va, Harry?

-Perfectamente. Subamos a mi cuarto, para hablar un rato.

Sentados en la habitación de Harry, los dos hombres entablaron una larga conversación. Hacía tiempo que no se habían visto. Bruce estaba fuera y acababa de regresar al país.

La última vez que Vincent vio a Duncan, éste se hallaba preocupado y su aspecto lo

mostraba. En aquel momento era la verdadera imagen de la salud y un hombre de poderoso físico.

La conversación se refirió al principio al reciente viaje de Bruce. Más tarde, Harry bajó la voz y se refirió a los sucesos del pasado.

-¿No ha habido novedad -preguntó-, desde aquel asunto de las joyas rusas?

-Ninguna -replicó Harry.

-¿No has hablado de ellas con nadie?

-Con nadie. He guardado un secreto absoluto.

-¿No has vuelto a ver al mensajero?

-¿A Berchik? No; no tengo idea de lo que fue de él.

-Haces bien en guardar su secreto.

-Ya lo sé, Harry. Puedes estar seguro de que guardaré silencio. Conoces el secreto de estas joyas. Eran la fortuna de un príncipe ruso. Mi tío tenía que recibirlas y repartirlas con otras personas. Pero mi tío murió antes de llegar Berchik y el encargo recayó sobre mí. He distribuido las partes anónimamente. Sólo hay dos hombres en los Estados Unidos que sepan que yo recibí esas joyas. Somos tú y yo.

Vincent movió la cabeza.

-La Sombra también lo sabe -corrigió.

-Cierto. La Sombra lo sabe. Si no hubiera sido por la Sombra, tú y yo estaríamos muertos.

-Anoche me volvió a salvar la vida -dijo Harry-. Recuerda, Bruce, que no debes hablar de la Sombra con nadie más que conmigo.

-Comprendo. Tus relaciones con la Sombra son para ti un secreto tan importante como lo es para mí el de las joyas. Bien, mis joyas las tengo guardadas en un banco. Yo sé dónde están mis joyas, pero, ¿quién sabe dónde se encuentra la Sombra?

-Parece estar en todas partes -repuso Harry, riendo-. He tenido algunas aventuras interesantes desde que nos vimos la última vez y me parece que estoy muy cerca de nuevas experiencias.

El timbre del teléfono interrumpió la conversación. Harry respondió.

-Ah, sí -le oyó decir Duncan-. Se me había olvidado que el seguro vence hoy. Pasaré por ahí antes de las cinco.

Harry colgó el teléfono y reanudó la conversación.

Cambiaron de tema; discutieron varias cosas sin importancia y por fin Bruce volvió a referirse a su reciente viaje.

-Se hacen muchas amistades interesantes cuando se viaja por el extranjero -dijo-. Conocí en el barco a un alemán que vive en Nueva York desde hace varios años. Me invitó a una fiesta que dio

en su casa anteanoche y me presentó a mucha gente muy interesante. Una persona en particular... -Sonrió y miró su reloj.

-Tengo un compromiso a mediodía -añadió-. ¿Puedes venir conmigo? Me gustaría que conocieras a la persona de quien estoy hablando.

-¿A quién? ¿Al alemán?

-No. A mi nueva amiga; a la que me presentó el alemán.

-Perfectamente -convino Harry-. No tengo nada que hacer hasta las cinco de la tarde, en que estoy citado con un agente de seguros.

Harry estaba satisfecho por haber vuelto a ver a Bruce Duncan. Continuaron hablando cuando salieron del hotel. Harry se enteró de que Bruce vivía solo en una antigua mansión heredada de su tío. Su único sirviente era el hindú Abdul, que le había acompañado en su viaje.

-No podría vivir sin Abdul -observó Duncan, cuando bajaban por Broadway-. Hace muchos años que le tengo a mi servicio. Le traje de la India en un viaje que hice alrededor del mundo. Me ha ayudado a salir de más de un apuro. No sólo es una buena protección, sino que parece poseer un instinto misterioso que le permite ver los peligros antes de que se presenten. Su único defecto es que habla muy poco; se reserva para sí todo lo que sabe.

Los dos hombres entraron en un restaurante. El «maitre» reconoció a Bruce.

-Tengo una mesa reservada para usted, señor Duncan -anunció.

-Seremos tres -dijo Duncan.

Se sentaron a la mesa y fumaron algunos cigarrillos. Bruce Duncan miraba hacia la puerta. Poco después se levantó y salió. Regresó un minuto después acompañado de una señorita. Harry se levantó para saludar.

-La señorita De Land, el señor Vincent...

Harry se quedó mudo de asombro.

Aquella mujer era la misma que había acudido en su auxilio la noche anterior en «La Rata Colorada».

Entonces la vio sólo desde lejos; de cerca le parecía aún mucho más bella.

Harry estaba seguro de su identidad y creyó advertir señales de que ella también le había reconocido. Vincent recobró rápidamente el dominio sobre sí.

-¿No nos hemos conocido antes de ahora? -preguntó.

La joven movió la cabeza. Ya no daba ninguna muestra de reconocerle.

Harry Vincent estaba muy pensativo cuando se sentaron a comer. El tono de la voz de la muchacha, su sonrisa y sus maneras no dejaban lugar a dudas.

Era la misma de «La Rata Colorada». ¿Por qué fingía no reconocerle?

¿Cuáles eran sus propósitos con Bruce Duncan?

¿Era una amiga o una enemiga de la Sombra?

CAPÍTULO XI
NUEVOS SUCESOS

Eran las primeras horas de la noche. El viejo edificio de la calle Veintitrés estaba completamente a oscuras. Todos los ocupantes de las oficinas habían salido algunas horas antes.

Una sola luz brillaba en la habitación del segundo piso; pero nadie la hubiera podido ver al recorrer el edificio, pues todos los resquicios que pudieran quedar en la estancia estaban cerrados por espesas cortinas.

La lámpara estaba sobre una mesa y dos manos trabajaban dentro del círculo de luz que proyectaba. La Sombra estaba estudiando los datos recibidos de Claudio Arma. El informe del agente de seguros encerraba muchas noticias.

Se refería en parte a Harry Vincent:

«Vincent llamó a las cinco. Siguió a Berger anoche. Le dejó en el teatro. Siguió a un hombre que también seguía a Berger y fue atraído a un lugar que se llama "La Rata Colorada". Se enteró del nombre del individuo a quien seguía: Volovik.

»Fue atacado por Volovik y otros. Fue auxiliado por una muchacha que lo metió en un departamento secreto abierto en la pared. La muchacha desapareció. Vincent abrió por accidente la entrada del escondite en que se hallaba. Escapó con ayuda de un desconocido que luchó con Volovik y su cuadrilla.

»Vincent recibió esta mañana la carta adjunta. Ha vuelto a ver a la muchacha de "La Rata Colorada". Estaba con Bruce Duncan. Hace sólo algunos días que éste la conoce. Se llama Arlette De Land. Fingió no reconocer a Vincent. Vive en el Hotel Paragon.

»Los datos referentes a Whitburn son difíciles de obtener. He descubierto a varios Whitburn. El Profesor Arthur Whitburn parece ser el más indicado. Antes era Profesor de la Universidad de Hornell. Ahora se ha retirado y vive en una isla del lago Marrinack de Connectitcut. He descubierto que el anuncio adjunto ha sido publicado por él en la prensa.»

Las manos de la Sombra levantaron un recorte de periódico. Decía así:

SE NECESITA, un joven soltero, con título universitario, para ayudante en trabajos experimentales. Escribir con detalles a A. W. «The Sphere».

A continuación las manos cogieron el sobre que Harry Vincent había recibido en el correo de aquella misma mañana. Estaba escrito por la mano de Stanley Berger. Las manos abrieron el

Librodot

sobre lentamente y extendieron la carta sobre la mesa.

Las manos permanecieron inmóviles durante dos minutos. El ópalo de fuego despedía destellos a la luz de la lámpara.

El mensaje escrito por Stanley Berger dejaba perplejo a la Sombra. Era la letra del suicida; pero lo que decía no era lo que esperaba.

La declaración de que Berger se sentía abrumado por el dolor de la muerte de Graham no era precisamente la confesión de un asesino, sino la expresión de los sentimientos de un inocente.

La carta cayó sobre la mesa. La mano que llevaba el ópalo de fuego recogió el sobre. Despegó cuidadosamente el sello. Después sacó un lápiz y un papel y se dispuso a escribir lo siguiente:

«Berger comenzó a escribir una confesión completa. Estaba sugestionado en este sentido. La carta recibida por Vincent no es una confesión. Fue dictada por otra persona. Berger escribió primero el sobre. El sobre estaba marcado en un ángulo y el sello fue pegado encima de la señal. En el sobre recibido por Vincent no hay ninguna señal. Éste no es el sobre que Berger puso primero. Berger, que obraba por sugestión, no hubiera recordado el nombre y la dirección de Harry Vincent. Alguien interceptó la carta con la confesión. Esa persona sabe ahora que Harry Vincent está relacionado con este asunto.»

A continuación escribió palabras inconexas y de significado oscuro, pero que revelaban el trabajo de una mente maestra que reunía pruebas y datos.

Por fin la escritura se hizo más metódica y recopiló una lista de nombres, seguidos de una serie de observaciones. El primero era:

«Stanley Berger. Miembro de una poderosa organización. Asistía a reuniones. Recibió orden de robar la correspondencia entre Jonathan Graham y un profesor llamado Whitburn. Lo hizo así. Asesinó a Graham para no ser descubierto. Recibió orden de no asistir a más reuniones. No sabía exactamente la índole de la correspondencia robada.»

Un segundo nombre apareció en la lista:

«Volovik. Otro miembro de la organización. Encargado de vigilar a Berger. Vio a Vincent. Le atrajo a una trampa. Trató de matarle.»

El tercer nombre hubiera interesado a Harry Vincent: «Arlette De Land. Salvó temporalmente a Harry Vincent. Es amiga de Bruce Duncan- No quiere reconocer a Harry Vincent. La guía algún propósito al entablar amistad con Bruce Duncan.»

La mano permaneció inmóvil algunos minutos. El cerebro que la dirigía estaba considerando el próximo nombre de la lista. Pero en lugar de nombre, esta vez escribió una X.

«X. Un poder superior en la organización. La persona que visitó a Stanley Berger. Una mentalidad aguda y fuerte. Contrarrestó la sugestión bajo la cual trabajaba Berger. Le dio nuevas

instrucciones. Le indujo a suicidarse.»

Recorrió la lista con el índice de la mano derecha, deteniéndose sobre cada una de las observaciones escritas. A continuación, escribiendo con sumo cuidado, hizo un sumario concreto en otra hoja de papel:

«Stanley Berger trabajaba con un propósito desconocido por él mismo. Por consiguiente, estaba inspirado por una causa, una idea, no el deseo de lucro personal. El asesinato para disimular el robo es una medida demasiado violenta. Asesinó a Jonathan Graham porque vio en él un enemigo de su causa.

»Graham no tenía enemigos personales conocidos. Era millonario y generoso. Era también un enemigo declarado del comunismo. Esta es causa suficiente para que un fanático decida matar. Berger era un fanático. Su suicidio lo demuestra.

»Volovik tiene relaciones entre la gente de mal vivir, pero no está identificado con sus actividades acostumbradas. Es ruso. Miembro de una organización roja. Los que pertenecen a estas asociaciones no se conocen entre sí, salvo cuando uno de ellos recibe el encargo de vigilar a un compañero. Volovik vigilaba a Berger.

»Arlette De Land, como miembro de la organización, no reconoció a Volovik ni fue reconocida por él. De aquí que no supiese que Harry Vincent estuviera vigilado como un supuesto enemigo.

»La organización persigue a Bruce Duncan por haber sido receptor de unas riquezas zaristas. Ésta es la única razón posible. Arlette De Land trata de saber más de él, por cuenta de la organización.»

La Sombra había resumido los hechos. Acto seguido comenzó a fijar los detalles de sus planes futuros. Eran breves y terminantes:

«Hay que descubrir a X. Dos métodos. Primero: por Volovik. Segundo: advirtiendo a Bruce Duncan que vigile a Arlette De Land.

»Buscar cuáles fueron las relaciones entre Whitburn y Graham. Whitburn está amenazado por un peligro. Debe ser protegido.

»Vincent también está en peligro ahora. X conoce su nombre. Cuando dos personas están en peligro, lo mejor es tenerlas juntas. Por medio de Vincent llegaremos a Whitburn.»

La mano se detuvo. Subrayó la última frase. Sacó una pluma y escribió una breve nota con tinta. Dobló rápidamente el papel. Lo puso en un sobre, junto con el anuncio de A. W.

Empleando otra pluma, que sin duda contenía tinta permanente la Sombra dirigió el sobre a Claudio Arma.

La luz se apagó. El silencio reinó en la oscuridad. El cerebro de la Sombra había efectuado su trabajo. El hombre salía a ejecutarlo.

Librodot

CAPÍTULO XII
EN EL CLUB COBALTO

Aunque la muerte de Jonathan Graham no era ya una cuestión de interés periodístico, seguía siendo tema de las discusiones en el Club Cobalto. La asociación era una de las más distinguidas de Nueva York y Jonathan Graham era uno de sus miembros más destacados.

Un grupo de socios se hallaba sentado en uno de los lujosos salones y hablaban de Jonathan Graham. En medio de la conversación entró un joven vestido de etiqueta, que saludó a varios de los presentes, pero que no tomó parte en la discusión.

AL cabo de poco rato, el grupo se fue disolviendo, hasta quedar reducido a un solo individuo; un hombre alto, de cabellos grises y facciones firmes y dignas.

El joven que había llegado el último estaba todavía allí, sentado a poca distancia y sus ojos se fijaron en el que quedaba.

-Ha sido una desgracia -observó-. La muerte de Jonathan Graham nos ha afectado a todos. Yo le conocía muy bien.

El hombre de los cabellos grises asintió.

-Yo vengo rara vez al Club -dijo-, pero en las últimas semanas mis visitas han sido más frecuentes. Conocía poco a Graham, pero por lo que oigo de él, debía ser tenido en gran estima.

-Así es en efecto -afirmó el joven.

-Me parece que usted y yo nos hemos visto una vez o dos antes de ahora -observó el de los cabellos grises-. Se llama usted Cranston, ¿no?

-Lamont Cranston -replicó el otro-. He estado fuera de Nueva York varias semanas, pero recuerdo haberle visto a usted antes de marchar. Debo confesar, sin embargo, que su nombre se me ha olvidado.

-Richard Albion.

-Ah, sí, ahora recuerdo. Una vez hablamos un poco de Rusia; me dijo usted que había vivido allí antes de la guerra.

-Tengo grandes recuerdos de Rusia -dijo Albion-. Muchos de mis amigos pertenecían al antiguo régimen y he hecho todo lo que he podido por ellos desde la revolución. Algunos han venido a los Estados Unidos. Dan lástima. Son personas de alta condición social, que se han quedado casi en la miseria por sucesos sobre los cuales no tenían influencia alguna.

-Algunos de ellos no han sido tan desgraciados -observó Lamont Cranston.

-No sé de ninguno -replicó Albion-. Algunas veces el pasado parece borrarse de mi mente. Quisiera olvidar el presente para vivir de nuevo los días de antaño.

-Eso no es difícil -afirmó Lamont Cranston-. Por medio de la concentración podemos

Librodot

olvidar el presente. Yo lo he hecho muchas veces.

-Me gustaría conocer su método.

Cranston sacó la mano izquierda de detrás del brazo de la butaca en que estaba sentado y extendió el brazo hacia su interlocutor.

Albion notó una mano blanca de dedos largos y su atención fue inmediatamente atraída por una gema muy grande, montada sobre un grueso anillo.

-Una piedra extraordinaria -dijo.

-Sí -convino Cranston-. Es un girasol. Mírelo a la luz. Es de un rojo profundo que brilla como un ascua.

-Ya lo veo -replicó Albion. Miraba el ópalo de fuego como si hubiese sido súbitamente fascinado por él.

-Mírelo y concentre toda su atención sobre él. Produce una emoción extraña. Trae a la memoria recuerdos perdidos...

Las manos de Albion temblaban sin que él se diera cuenta. Lamont Cranston siguió hablando despacio, sin dejar de observar atentamente a su compañero.

-Quizá recuerde usted a una persona que vivía en Rusia. Un hombre que poseía grandes riquezas y que aún conserva la mayor parte de ellas. Quizá su nombre venga ahora a su memoria.

AL acabar la frase, Cranston apretó firmemente los dedos y el ópalo de fuego se levantó sobre una minúscula bisagra. Debajo de la piedra, sobre una superficie plana de oro, había grabada una estrella de siete puntas.

-Es el Príncipe Zuvor -concluyó.

Richard Albion exhaló una exclamación; se cogió a los brazos de la butaca en que estaba sentado y levantándose a medias, dirigió una mirada de profunda sorpresa al hombre que tenía delante.

Luego sus ojos volvieron al anillo de Cranston. La piedra había vuelto a su lugar. La gema roja brillaba en el lugar donde había visto la estrella de las siete puntas.

-¿Recuerda usted el nombre? -preguntó Cranston, con una ligera sonrisa.

-El Príncipe Zuvor -murmuró Albion-. He oído hablar de él.

-Usted es el Príncipe Zuvor.

Albion no contestó. Sus ojos se encontraron con los de Cranston. Ambos se estudiaron atentamente durante algunos segundos. AL fin Albion asintió lentamente.

-Soy el Príncipe Zuvor -confesó con voz apenas perceptible-. Pero muy poca gente conoce mi identidad. Cómo la haya podido descubrir usted es un misterio para mí. Pero posee usted el sello de la estrella de siete puntas, que debo reconocer.

El Príncipe Zuvor sacó del bolsillo una moneda de oro. La apretó entre los dedos con un

movimiento de rotación. La moneda se abrió. El príncipe mostró una de sus partes en la palma de la mano. Grabada en ella había una estrella idéntica a la que ocultaba el ópalo del anillo de Cranston.

-La Estrella -siguió diciendo el príncipe, mirando atentamente a Cranston-, es una orden del antiguo régimen, de los años que precedieron a la revolución. Pero es usted tan joven...

-Mi edad -interrumpió Cranston, con una sonrisa-, es muy engañosa. Tengo también recuerdos de Rusia, de la Rusia de antes.

Colocó la mano derecha sobre la pechera de su camisa, con los dedos separados; luego cerró la mano y extendió sólo dos dedos. El rápido movimiento denotaba el número siete. El Príncipe Zuvor vio el gesto y respondió con uno similar.

Cranston dijo tres palabras en ruso y Zuvor replicó. Luego añadió Cranston, en inglés:

-Las estrellas brillan esta noche.

-Las estrellas más brillantes son los planetas -repuso Zuvor, en voz baja.

-Y son siete -murmuró Cranston.

-Los siete que mandarán -contestó Zuvor.

Habían cambiado el santo y seña de la Estrella, la orden secreta de la Rusia zarista, que sólo admitía a los nobles de más confianza del régimen.

A pesar de todo, Zuvor seguía mirando a Cranston con una sombra de duda.

-Su edad puede ser engañosa -dijo-, pero no es usted ruso.

-Estuve en Rusia durante los primeros meses de la guerra, como agente de otro gobierno. Entonces ingresé en la Orden de la Estrella.

-¡Ah! Ahora comprendo. Es usted uno de los pocos elegidos.

Lamont Cranston asintió.

Zuvor miró con ansiedad a su alrededor. Estaba solo con Cranston en el espacioso salón del Club Cobalto. Nadie podía oírles.

-No estamos en Rusia -dijo suavemente-, pero aquí también hay peligros. Espero que usted no los haya experimentado, pero a mí me vigilan. Hay agentes rojos en Nueva York. Son lentos en sus acciones. No amenazan a los que tienen cuidado; sin embargo, no hay que desdeñar su poder.

-El caso de Jonathan Graham es una prueba de él -declaró Lamont Cranston.

Una expresión de estupor se extendió por la cara del Príncipe. Entornó los ojos y miró atentamente a Cranston.

-¿Lo cree usted?-preguntó.

-Sí.

-¿Por qué?

-Graham era millonario.

Zuvor sonrió con indulgencia.

-Hay muchos iguales en Nueva York -dijo.

-Graham era importador -agregó Cranston-. Quizá tuviera relaciones con agentes soviéticos.

-Quizás -el escepticismo del príncipe era evidente.

-Además -sugirió Cranston-, podía tener negocios secretos que nosotros no conocemos.

-¿Tiene usted alguna prueba de lo que dice? -preguntó Zuvor.

-No; son sólo conjeturas. Hace mucho tiempo que sospecho la presencia de agentes rojos en Nueva York; son muy sutiles en sus métodos.

-Mucho -convino Zuvor-; mas sus actividades son muy limitadas. Yo, por ejemplo, estoy bajo una constante vigilancia. No es prudente para ningún amigo hacerme una visita.

-¿No? -EL tono de Cranston revelaba interés-. Eso me intriga. Me gustaría visitarle.

Zuvor sonrió con sincera admiración.

-Sería usted bien venido. -Entregó a Cranston una tarjeta que llevaba el nombre y la dirección de Richard Albion-. Pero le advierto que si viene abiertamente a mi casa, será desde entonces un hombre señalado.

-¿Tan estrechamente le vigilan?

-Sí; pero podría burlar su vigilancia.

-¿Cómo?

-Mi casa es un misterio. A veces se ve a un hombre entrar, pero no se le ve salir. No hace mucho tiempo tuve una visita. Un fiel servidor de un príncipe ruso que ya ha muerto. Aquel hombre estaba también vigilado y los agentes rojos no le permitían salir de Nueva York. Yo le proporcioné el medio de escapar.

-¿Cómo?

-Por uno de mis métodos secretos. Tengo varios, Podría salir de Nueva York esta misma noche si quisiera, pero...

Zuvor frunció las cejas e hizo un movimiento con las manos. Pensó, sin duda, que había dicho bastante. Miró su reloj y se levantó de la butaca.

-Tengo muchos enemigos -dijo tranquilamente-, y muy pocos amigos en este país. La mayor parte de mis amigos viven de mí. Me alegro de saber que es usted uno de los nuestros. ¿Podría confiar en usted en caso de necesidad?

-Desde luego -replicó Cranston.

-Gracias. Me pondré en comunicación con usted si alguna vez necesito su ayuda. Somos los dos del antiguo régimen y sé que es usted mi amigo.

-Le visitaré algún día.

-Es peligroso.

-Me gustan los peligros.

Zuvor se inclinó. Lamont Cranston se levantó y le estrechó la mano. El ruso salió del Club Cobalto.

Cranston vio por una ventana como el que se llamaba así mismo Richard Albión se alejaba en un taxi. No se había alejado el vehículo cien metros, cuando un sedán se puso a seguirle.

Lamont Cranston volvió a su butaca. Sacó una pluma del bolsillo; extendió una hoja de papel sobre un periódico y escribió:

«Richard Albion es el Príncipe Zuvor. Le vigilan. Los que entran en su casa son también vigilados. Otro medio para llegar hasta X es vigilar a los que vigilan.»

AL releer Lamont Cranston las palabras que había escrito, la tinta comenzó a borrarse lentamente. El hombre sonrió; arrugó el papel y lo arrojó a un cesto.

CAPÍTULO XIII
LA REUNIÓN DE LOS AGENTES ROJOS

Prokop estaba sentado ante su escritorio y escribía rápidamente. Un reloj que había sobre la mesa señalaba las diez y media. Prokop se acercó a la librería y sacó el tomo de la enciclopedia que utilizaba para esconder sus papeles de importancia.

Sacó algunos documentos e hizo un gesto de extrañeza. Entre ellos había un sobre dirigido a él con tinta roja, y que él no había colocado allí, ni sabía cómo había llegado hasta aquel lugar. Lo abrió. La carta estaba también escrita en la significativa tinta roja. Los caracteres habían sido cuidadosamente trazados. Las frases eran breves y claras en sus explicaciones:

«No encontrará usted esta carta hasta el momento de salir para la reunión. He visto a Berger. Se suicidará. Estaba a punto de traicionarnos. Vigile a un tal Harry Vincent, que vive en el Hotel Metrolite. Es un enemigo.»

La nota estaba firmada con un signo extraño. Prokop sabía que era del Enviado Rojo. Aquel misterioso personaje había entrado en su casa para dejarla.

Prokop la añadió a los papeles que acababa de escribir, se los guardó todos en el bolsillo, se puso un abrigo y salió.

Después de caminar algún tiempo, llamó a un taxi, que le llevó hasta una estación del metro. Tomó un tren y se apeó de él a las pocas paradas. Tomó otro taxi, en el que recorrió media milla más. Le dejó en una esquina.

Cuando el coche se hubo alejado, Prokop miró a su alrededor y cuando estuvo seguro de que nadie le observaba, se metió en un callejón que separaba dos almacenes. Llegó a la espalda de una casa vieja y entró en ella.

Moviéndose en la oscuridad, Prokop llegó hasta un sótano sin ventanas. Allí encendió una lámpara de petróleo.

De un cofre sacó una docena de ropones con capuchón. Se puso uno de ellos y sus facciones quedaron completamente ocultas por la capucha, que llevaba sólo dos aberturas pequeñas para los ojos.

Sacó del bolsillo un pequeño distintivo rojo y se lo prendió en la manga izquierda. Luego se sentó sobre una caja y esperó.

Pocos minutos después sonó un golpe en la puerta. Prokop silbó suavemente. Se abrió la puerta y entró Volovik. Habló algunas palabras en ruso. Prokop replicó:

-Agente F -dijo Volovik. A continuación se vistió uno de los ropones negros y se cuadró ante Prokop.

-Su informe -pidió éste.

Volovik habló rápidamente en ruso, relatando los acontecimientos de la noche anterior. Prokop no hizo comentario alguno, Cuando acabó pronunció una sola palabra en ruso, que Volovik obedeció como una orden. Abrió una puerta al extremo del sótano y entró en otro de sus departamentos.

Un segundo visitante hizo la señal desde fuera. Este no traía informe.

Mientras se estaba poniendo su capuchón, una tercera persona llamó a la puerta. Prokop silbó de una manera diferente y que significaba que la persona que estaba fuera debía esperar. Tan pronto como el segundo agente se hubo reunido con Volovik, Prokop admitió al que esperaba. Uno par uno fueron llegando los agentes rojos. Todos eran sometidos por Prokop a un breve interrogatorio y todos daban la letra con que estaban designados.

Había siete reunidos en la cámara interior y Prokop aun esperaba.

Un golpe en la puerta. Prokop respondió con la señal. Entró la joven llamada Arlette De Land.

-Agente R -anunció.

La joven se puso uno de los ropones. Prokop le pidió su informe como a los demás.

-He conocido a Bruce Duncan -dijo Arlette.

-¿Qué ha podido usted saber?

-Nada aún.

-Ha tenido usted tiempo suficiente.

-No, si he de trabajar sin despertar sospechas. Me mandó usted que procediese con calma.

Será necesaria una labor paciente. Quiero que mencione él por su propio acuerdo el asunto de las joyas.

-Seria lo mejor, tiene usted razón. Proceda con precaución y si obtiene resultados inesperados, dé la señal convenida. Deténgase a las ocho de la noche frente a «La Rata Colorada» y permanezca allí cinco minutos sin entrar. -Prokop señaló la habitación interior y Arlette se reunió con los demás.

Pocos segundos después llegó otro agente. Un hombre de cara sonrosada y con bigote recortado.

-Agente K -dijo con voz gutural.

El último agente parecía alemán. Se puso metódicamente su capuchón.

-Déme su informe.

El alemán hablaba en inglés. Prokop le escuchó atentamente.

-Zuvor ha estado en el club esta noche -dijo-, y ha regresado poco antes de salir yo.

-¿Cree usted que prepara alguna cosa?

-No lo sé.

-Vigílele estrechamente. ¿Está usted seguro de que no ha ideado algún nuevo procedimiento para escapar?

-Seguro. El micrófono está escondido en su habitación y puedo escuchar todo lo que habla, desde el tercer piso.

-¿Y su otro sirviente?

-Lo mismo que siempre. Iván no sabe nada ni sospecha nada. Nunca sale de casa.

-Muy bien. --Prokop señaló la otra habitación.

Fritz, el alemán, se reunió con los demás. Prokop cerró con llave la puerta exterior y luego entró también en el lugar de la reunión. Los conspiradores se hallaban en una habitación grande, de muros de piedra, y sus formas se dibujaban como espectros a la luz de tres linternas que pendían del techo.

Prokop se colocó a un extremo de la sala. ÉL solo conocía la identidad de todos sus agentes y tenía el mando absoluto del grupo.

Levantó una mano por encima de la cabeza y permaneció así. Los otros copiaron el gesto. Bajó la mano y todos hicieron lo mismo. Prokop se acercó por turno a cada uno, repitiendo una breve frase. Cuando todos hubieron renovado sus juramentos de fidelidad, se preparó para despedirlos.

Se acercó a uno de los agentes y le dio un golpe en el hombro. Al cabo de pocos minutos despidió a otro. Daba a cada uno tiempo suficiente para quitarse el ropón y alejarse de aquella vecindad antes de que saliera el siguiente.

Los agentes guardaban un silencio absoluto. Uno por uno fueron saliendo hasta que sólo

quedaron cuatro. Entonces Prokop salió a la otra habitación; en la puerta se volvió y llamó: -Agente M.

Uno de los enmascarados le siguió. Tan pronto como estuvieron fuera, el agente se quitó su disfraz.

-¿Ha seguido usted al Príncipe Zuvor esta noche? -le preguntó Prokop.

-Sí.

-¿Adónde ha ido?

-AL Club Cobalto.

-¿Cuánto tiempo ha estado allí?

-Algunas horas.

-¿Dónde ha ido después?

-Le he seguido hasta su casa.

-¿Ha dejado usted a alguien vigilando en su lugar?

-Sí.

-Pues vuelva a su puesto. Observe a todas las personas que entren. No hay instrucciones nuevas.

El agente M salió. Prokop llamó al agente F. Era Volovik.

-He estado pensando lo que ocurrió anoche -dijo Prokop-. Obró usted con precipitación. No pasará nada, pero debemos ser prudentes. -Sacó una tarjeta amarilla y se la entregó a Volovik-. Guarde esto como un recuerdo.

Volovik asintió y salió.

Prokop llamó al agente F. Este se quitó el capuchón. Era un individuo bajo y delgado, de cara astuta.

-Tengo trabajo para usted -le dijo Prokop-. Vaya al Hotel Metrolite. Hospédese allí y vigile a un hombre que se llama Harry Vincent. Entérese de todo lo que pueda acerca de su vida. Puede usted usar el nombre que usó antes, Ernesto Manion. Dé cuenta, como de costumbre.

El agente E salió y Prokop llamó al único que quedaba.

-Agente R.

Arlette De Land apareció en la puerta. Se quitó su capuchón.

-Tiene usted ya sus instrucciones -dijo Prokop.

-Sí -replicó Arlette-. ¿No hay nada más?

-Nada más.

-Entonces me voy.

-¡Espere! Quiero decirle una cosa...

Prokop se interrumpió, mirando a la puerta. Arlette siguió la dirección de su mirada y vio

Librodot

con asombro que en la puerta había aparecido un hombre alto y delgado, vestido con un traje azul oscuro muy ceñido. Llevaba la cara oculta por un antifaz rojo y las manos, que tenía apoyadas en las caderas, estaban cubiertas por guantes del mismo color,

-¡Ah! -la exclamación procedía del enmascarado-. Les he interrumpido.

Prokop permanecía rígido e inmóvil.

El Enviado Rojo miró a Arlette.

-¿Quién es esta señorita? -preguntó suavemente.

-El agente R -murmuró Prokop.

El enmascarado se acercó a la joven, se inclinó ante ella y habló lentamente, pronunciando con cuidado cada palabra.

-Soy el Enviado Rojo -le dijo-. ¿Ha recibido usted ya sus instrucciones?

Arlette asintió y el Enviado Rojo hizo otra inclinación de cabeza.

-Puede usted retirarse -dijo.

Arlette se encaminó lentamente hacia la puerta.

Estaba aturdida y atónita. En realidad creía que Prokop era el jefe de la organización y la aparición del Enviado Rojo la había llenado de asombro y sorpresa.

Cuando salió, el Enviado Rojo se volvió a Prokop.

-Déme su parte -dijo.

CAPÍTULO XIV
HARRY RECIBE UNA ADVERTENCIA

Harry Vincent se detuvo ante el escritorio del Hotel Metrolite para recoger una carta que le entregaba el portero. Se sentó en una silla y la abrió. Estaba escrita en clave y procedía de Arma.

«Venga a mi oficina a las tres. Quizá le siga alguien. Tenga cuidado de que no se pueda averiguar su destino.»

Respondiendo instintivamente al aviso, Harry miró a su alrededor. A la izquierda vio a un hombre sentado en otra butaca. Estaba mirándole. Tenía un periódico abierto delante de sí y fingía leer, pero no pudo evitar la mirada interrogadora de Vincent.

Harry hizo como si no hubiera advertido nada; se levantó; arrugó la carta y la arrojó a una papelera. La tinta se había borrado ya. Permaneció en el vestíbulo para ver si el otro se acercaba a registrar la papelera.

Era la una. Dos horas de espera. Quizás había algo importante en perspectiva.

Librodot

Los últimos días habían sido de ocio completo para Harry Vincent. Desde que se separó de Bruce Duncan y de Arlette De Land, después de haber comido juntos tres días antes, el tiempo había pasado para él lenta y tediosamente. Vio a Arma la misma tarde y desde entonces no había sabido nada de él, hasta aquel momento.

Tampoco había vuelto a ver a Bruce Duncan. Había telefoneado al Hotel Paragon una docena de veces, preguntando por Arlette De Land. No estaba allí.

Harry ignoraba completamente lo que estuviera ocurriendo. No había recibido explicación alguna acerca de los sucesos desarrollados en «La Rata Colorada». Sólo sabía que había sido rescatado por la Sombra. Quizá la próxima entrevista con Arma le aclarase algunas cosas.

«Puede seguirle alguien>, decía la nota del agente de seguros. Con dos horas por delante, Harry tendría oportunidad sobrada para desprenderse de cualquier perseguidor.

Hizo una rápida inspección del individuo que estaba sentado junto a la columna y que, al parecer, no prestaba atención alguna a lo que pasaba a su alrededor.

Harry sonrió. El momento era el más propicio para escapar, El papel que había arrojado al cesto era un cebo. Atravesó el vestíbulo y entró en el comedor. Estaba seguro de que el hombre aprovecharía su ausencia para buscar en la cesta el papel que había arrojado en ella.

El comedor tenía una salida a la calle. Harry se dirigió directamente a ella, salió y llamó a un taxi. Pocos minutos después descendía rápidamente por Broadway.

Estaba seguro de que el espía habría preferido obtener la carta a seguirle al comedor, especialmente, siendo hora de comer. Sólo existía el peligro de que hubiese un compañero y Harry hizo una serie de maniobras que hubieran hecho perder la pista al más astuto de los sabuesos.

Dejó el taxi, anduvo un trecho y tomó otro en dirección opuesta. Al cabo de cierto tiempo se apeó y se acercó despacio a una estación del ferrocarril elevado. Cuando vio un tren que se acercaba, subió a toda velocidad las escaleras y llegó al vagón en el momento en que el empleado cerraba las puertas.

Sonrió al pensar en la eficacia de la estratagema. Fue el último que entró en el tren; si alguien le hubiera seguido se hubiera delatado a sí mismo en el acto.

Descendió algunas estaciones más arriba y comió en un pequeño restaurante. Luego llamó un taxi y se dirigió directamente a la oficina de Arma.

Llegó poco antes de las tres y fue introducido en seguida en el despacho del agente de seguros.

Arma estaba extraordinariamente amable. Parecía muy satisfecho de alguna cosa que acababa de hacer.

-Tengo un trabajo para usted -le dijo a Harry.

-Buena noticia -replicó éste,

Arma sacó una hoja de papel del bolsillo.

-¿Recuerda usted esto? -preguntó-. Profesor Arthur Whitburn. Lago Marrinack, Connecticut. Necesita un joven soltero, con título universitario, para trabajos experimentales. Le complació mucho la carta que le escribió usted.

-¿Qué le escribí yo?

-Ya me he encargado en su nombre de ese detalle. Añadí, además, una carta de recomendación de uno de los jefes de la Compañía de Seguros El Vesubio. El señor James Stohlmeyer, uno de los vicepresidentes, que dijo de usted muchas cosas halagüeñas.

-¿Ha escrito usted también esa carta? -preguntó Harry con admiración.

-No -replicó Arma sonriendo-. La escribió el mismo señor Stohlmeyer, porque yo se lo pedí. No le conoce a usted, pero a mí sí y aceptó mi palabra de que es usted un joven de toda confianza.

-Esa compañía de seguros está en Connecticut, ¿no? -inquiri5 Harry.

-Sí; por eso la recomendación es más valiosa.

-¿Cuándo tengo que ponerme en camino?

-Mañana por la mañana. Su coche está preparado en un garaje de Long Island. Preséntese al Profesor Whitburn por la tarde. Recuerde que conoce usted muy bien al señor Stohlmeyer, de la Compañía de Seguros El Vesubio. -Arma entregó a Harry un recorte de periódico-. Este es el anuncio que ha contestado usted.

Harry sonrió. Había obtenido un empleo por delegación, y, probablemente, le habían elegido entre un gran número de solicitantes.

-¿Y qué experimentos son los que hace el Profesor Whitburn?

-Eso es lo que tiene usted que descubrir -le dijo Arma, recostándose en su sillón y cruzando las manos-. He recibido orden de averiguar lo que hace Whitburn y de protegerle contra posibles peligros. Usted mismo corre algunos riesgos, como puede usted deducir por la carta que le he enviado esta mañana. Si ese Whitburn es el que yo creo, es decir, la persona que está en peligro, tendrá mucho que hacer. Si no es el mismo Whitburn que yo busco, estará usted también al abrigo de todo peligro, con tal de que sea discreto y de que nadie le siga hasta Marrinack.

Prefiero el peligro a la inactividad -replicó Harry.

-Cada uno a lo suyo -dijo Arma sonriendo-. Por mi parte, prefiero la inactividad al peligro; pero de las dos cosas tenemos en abundancia en estos asuntos y hemos de tomar la que se presenta. Tal vez sea difícil comunicar con nosotros desde el lago Marrinack. Su coche lleva el equipo de radio acostumbrado, pero a lo mejor no puede instalarlo. Escríbame, si es necesario, pero tenga cuidado. Llame por teléfono sólo en caso de absoluta urgencia. Quizá reciba usted algún recado.

-¿Cómo conoceré al que me lo traiga?

-Cuando le hable por primera vez, mirará su reloj. Observará que no marca la hora exacta y se la preguntará a usted; pondrá el reloj con cinco minutos de adelanto sobre la hora que usted le diga.

Harry esperó en silencio nuevas instrucciones.

-Busque la estación de radio W. N. X, a las seis y nueve, si le es posible. Dígame si ha podido usted hacerlo cuando me envíe su primer informe. Descubra todo lo que pueda acerca del Profesor Whitburn. Entérese de quién está allí y por qué. El trabajo que se le confía es muy importante.

Harry guardó en la memoria todo lo que Arma le decía. Algunas de las instrucciones le eran familiares por otros trabajos realizados al servicio de la Sombra.

-¿Ha visto usted a Bruce Duncan desde el día en que comió con él?

-No.

-Tenemos que encontrarle. No conviene que usted le vea. Yo me encargaré de ese asunto. Estará en su casa, supongo.

-Le he llamado allí, pero no he obtenido respuesta. ¿Qué tiene que ver él en este asunto?

Arma se encogió de hombros.

-No lo sé. Tengo instrucciones de comunicar con él. Esto es todo.

-¿Estará relacionado con Arlette? -La pregunta de Harry fue involuntaria y no estaba dirigida al agente de seguros. Pero éste la oyó y estudió cuidadosamente a Harry.

-Esa muchacha le interesa -dijo.

-Sí -admitió Harry-. Le dije que me auxilió aquella noche en «La Rata Colorada».

-¿Está usted seguro de que es la misma?

-Completamente seguro.

Arma extendió las manos con un gesto que indicaba que el asunto era un misterio para él.

-Sería mejor olvidarla -dijo-. Olvidarla hasta donde sea posible -añadió con una sonrisa-. El trabajo que se le ha confiado es importante. Le he advertido que pueden seguirle. ¿Ha notado usted algo?

Harry explicó lo ocurrido en el vestíbulo del Hotel Metrolite. El agente de seguros tomó nota de ello.

-¿Por qué volver al hotel ahora? -sugirió-. Ya ha salido usted de él. Pase la noche en cualquier otro sitio y póngase en camino por la mañana.

-Buena idea -convino Harry-. Así lo haré.

Después de salir del despacho de Arma, Harry visitó varias tiendas para comprarse nuevas ropas y una maleta.

Se hospedó en el Hotel Baronet, a alguna distancia del Metrolite. Por la noche fue al teatro y

Librodot

regresó a su habitación poco antes de las doce.

Acababa de dormirse cuando le despertó el timbre del teléfono. Se sentó en la cama. ¿Quién podría ser? No le había dicho a nadie que se hospedaría en aquel sitio. Quizá se trataba de un error. Harry dejó que el timbre siguiese sonando durante un minuto entero. Luego, con más curiosidad que alarma, descolgó el auricular.

-¿El señor Vincent? -era la voz del telefonista del hotel-. Le llaman a usted.

Harry había pensado dar otro nombre, pero al fin decidió firmar con el suyo propio.

A continuación llegó a sus oídos otra voz que no reconoció por el momento; de súbito se dio cuenta de que estaba hablando con Arlette De Land.

-¿El señor Vincent?

-Sí.

-Tengo algo muy importante que comunicarle...

-¿Con quién hablo? -interrumpió, bruscamente Vincent.

-No puedo decirle mi nombre. Escuche, por favor...

-¿Es la señorita De Land?

-No puedo darle mi nombre -insistió la joven-. Nos hemos visto hace algunas noches en un sitio que se llama «La Rata Colorada».

-Me gustaría saber su nombre -insistió Harry.

-Por favor, déjeme hablar. -La voz de la joven denotaba angustia y su tono era suplicante-. Es muy importante. No salga de Nueva York mañana. No vaya al lago Marrinack. Prométame que no irá.

-No puedo prometer -comenzó Harry.

-No debe usted ir -insistió la voz-. Prométamelo, Harry.

La voz parecía ahogada por la emoción. La comunicación se interrumpió bruscamente e intervino la voz del operador.

Harry trató inútilmente de restablecerla de nuevo.

Permaneció largo rato despierto, pensando en lo que acababa de ocurrir.

Estaba seguro de haber hablado con Arlette De Land y de que ésta era la misma joven que había visto en «La Rata Colorada». No podía comprender cómo habría podido averiguar su presencia en el Hotel Baronet, ni podía explicarse cuáles fueran sus conexiones con todo lo que estaba ocurriendo.

¿Quién era? ¿Qué parte desempeñaba en aquel misterio? Si era amiga, ¿por qué ocultaba su identidad? Y, en otro caso, ¿por qué le había salvado algunas noches antes y por qué le prevenía ahora?

Todas estas incógnitas eran insolubles para Harry Vincent. Sólo estaba seguro de una cosa

importante: En el lago Marrinack le esperaban serios peligros.

Misterio, emoción y aventura. Tres factores que atraían a Harry Vincent.

Aquella advertencia misteriosa le aseguraba que no faltarían en su nueva misión.

Telefoneó al vigilante del hotel que le despertase a las seis de la mañana.

Estaba deseando emprender el viaje al lago Marrinack.

CAPÍTULO XV
LA ISLA DE LA MUERTE

Mediaba la tarde cuando Harry Vincent llegaba a las proximidades del lago Marrinack. Ciertos sucesos le habían hecho retrasarse.

En el vestíbulo del Hotel Baronet, presintió que alguien le estaba espiando, a pesar de que no pudo descubrir al invisible observador.

Tomó un taxi y se hizo conducir a la Estación Central del Metro; por el camino observó que otro taxi le seguía. Trató de perderse en el laberinto de corredores subterráneos y tomó un tren hasta la Estación de Pennsylvania, en donde tomó otro para Long Island.

Todas estas vueltas le causaron un retraso y perdió el «ferryboat» de Bridgeport, viéndose obligado a esperar ociosamente en su coche. Dio después varias vueltas por Connecticut, que le retrasaron aún más.

Harry detuvo el coche a un lado de la carretera y sacó el mapa para estudiarlo de nuevo. A poca distancia del lago había una ciudad llamada asimismo Marrinack. La carretera continuaba a lo largo de la orilla. Harry decidió que aquel pueblo era el lugar más apropiado para hacer sus primeras investigaciones.

Las instrucciones que llevaba eran, sencillamente, presentarse al Profesor Whitburn. No había llamado aún a Arma, pero ya poseía alguna información.

El mensaje de la mujer misteriosa era un indicio seguro de que se trataba del verdadero Whitburn.

La expedición prometía riesgos. Harry pensaba en las circunstancias mientras conducía por el estrecho camino.

Recordó el último viaje de aquella clase que había hecho al servicio de la Sombra. Entonces conoció a Vic Marquette, el agente de servicio secreto.

Ambos fueron capturados por unos falsificadores y rescatados por la Sombra.

Harry ignoraba lo que habría sido de Marquette, pues éste era también un misterio. Ni

siquiera sus compañeros sabían nunca dónde se encontraba.

Era un hombre que trabajaba siempre solo. Harry le había visto únicamente en aquella ocasión. Desde entonces ni siquiera había oído mencionar su nombre.

Las casas del pueblo de Marrinack aparecieron en la distancia. Harry aceleró inconscientemente la marcha de su automóvil.

Se acercaba a su destino y sentía avivarse su deseo de aventura.

El pueblo era muy pequeño. Harry se detuvo delante de la única tienda y se apeó del coche. Entró y habló con el propietario.

-Busco la casa del Profesor Whitburn -explicó-. Creo que vive en una isla del lago. ¿Es así?

El hombre asintió.

-Sí. Vive en la Isla de la Muerte.

-¿La Isla de la Muerte? -el tono de Harry revelaba sorpresa.

-Así se llama -declaró sencillamente el tendero-. El Profesor tiene teléfono; puede usted llamar si quiere. Le vendrán a buscar en la lancha a motor que tiene en la isla.

Harry se dirigió al teléfono. Era un aparato anticuado, con una manivela para llamar a la Central. Tardó varios minutos en conseguir la comunicación con la casa del Profesor Whitburn.

Le respondió una voz malhumorada.

-Quisiera hablar con el Profesor Whitburn -dijo Harry.

-El Profesor está ocupado -respondió la voz.-, ¿Quién es usted?

-Harry Vincent.

-¡Ah, usted es el empleado que está esperando! ¿Dónde se halla usted ahora?

-En el pueblo.

-Baje usted hasta el muelle de Harvey. Ahí le dirán dónde está. La lancha le irá a buscar.

-¿Y qué hago con mi coche? -preguntó Harry.

-Tendrá usted que dejarlo en el garaje del pueblo. Que le acompañe un hombre hasta el muelle y que vuelva con el coche. No hay sitio para tenerlo aquí.

Concluida la conversación, Harry siguió interrogando al dueño de la tienda.

Observó que estaba hablando con dos viejos, ambos naturales del país, al parecer. Su conversación cesó al aproximarse Harry.

-¿Dónde está el garaje del pueblo? -preguntó.

-Enfrente -le informó el tendero.

-Creo que tendré que dejar mi auto en él. Voy a visitar al Profesor Whitburn.

Uno de los viejos se quitó la pipa de la boca para hacer una pregunta:

-¿Conoce usted al Profesor, eh? ¿Ha estado usted antes en su casa?

-Si hubiera estado antes en su casa no preguntaría ahora el camino.

El viejo se echó a reír y dirigió una mirada de inteligencia al dueño de la tienda, que hizo un gesto rápido para indicarle que guardara silencio. Harry lo notó y no quiso dejar pasar el incidente.

-¿Cómo es la isla? -preguntó.

EL dueño de la casa no respondió, pero el viejo aprovechó la oportunidad para proseguir la conversación.

-La llaman la Isla de la Muerte -replicó.

-¿Por qué?

-No lo sé. Siempre la han llamado así; pero últimamente han ocurrido cosas que justifican el nombre.

-¿Cómo es eso?

-Dicen que durante los seis meses últimos han muerto en ella dos hombres. Nadie lo sabe con seguridad. EL juez sí, supongo; ha estado allí para hablar con el Profesor, pero le han echado tierra al asunto.

Harry salió de la tienda y se dirigió al garaje, que era un establo transformado. Había sitio para varios coches y Harry hizo tratos para dejar el suyo.

El dueño del garaje no estaba, pero había en él un empleado que hacía trabajos mecánicos y atendía al surtidor de gasolina, y se ofreció para acompañara Harry hasta el muelle.

El hombre mostró alguna sorpresa cuando Harry le dijo adonde iba. Luego subió al coupé y se pusieron en camino.

-¿Va usted a ver al Profesor Whitburn? -preguntó el mecánico.

-Sí.

-No son muchas las visitas que recibe. Parece que al viejo no le gustan.

-¿Por qué le llaman la Isla de la Muerte?

-Siempre se ha llamado así. La gente dice que antes de la revolución los indios hicieron ahí una matanza de blancos. Desde entonces todo el mundo le tiene prevención al lugar.

Harry miró a su acompañante, animándole para que siguiera hablando.

-Sólo hay una cosa en toda la isla -continuó-. Tiene más de cien años. Dicen que los bandidos acostumbraban guardar en ella su botín. Cuando era muchacho acostumbraba ir a escarbar en los alrededores. Nunca encontré nada. Luego, un señor de Nueva York, alquiló la casa hace quince años para pasar en ella los veranos. Sólo la ocupó un par de años porque le asesinaron y desde entonces nadie la quiso, hasta que ese Profesor la tomó el año pasado. Es un pájaro raro. Que se quede con su casa. Yo no la tomaría aunque me la regalasen.

-¿Por qué no?

-La gente dice que hay duendes. Yo no creo en esas cosas, pero si hay duendes en alguna parte es seguramente en la Isla de la Muerte. Algunos dicen que fueron los duendes quienes mataron

a aquel hombre que vino hace quince años. Y últimamente he oído decir cosas a gente que no es supersticiosa.

-¿Qué cosas?

-Ruidos extraños en el lago y unas luces en la isla. Un amigo estaba en un bote de remos una noche nublada y dice que salió una cosa del agua, pasó silbando por encima de su cabeza y se volvió a hundir.

-Pudo ser un pez grande.

-No hay pez que pueda dar semejante salto. Se llevó un susto tremendo. ¡Eh! A la izquierda.

Harry aplicó los frenos y metió el vehículo por un mal camino que conducía a través de una espesura. El sol estaba ya casi en su ocaso y la oscuridad reinaba bajo los árboles. Harry encendió los faros.

Su compañero guardó silencio. El coche se deslizaba sin ruido, conducido lentamente por Harry, a lo largo del estrecho y abrupto camino. La conversación acerca de los duendes y de los sucesos misteriosos había llenado los bosques de un silencio espectral. De repente salieron a un claro. El camino acababa a la orilla del lago. Las aguas reflejaban los rayos del sol poniente.

Se encontraron junto a un pequeño muelle. A una milla de distancia de la orilla se levantaba una isla cubierta de árboles. Una delgada columna de humo indicaba la presencia de una casa.

-¿Ve usted las rocas?

El compañero de Harry señaló una punta de la isla, que era una sólida masa de piedra, que se levantaba a una altura de treinta pies. Algunas manchas negras le daban un aspecto peculiar.

-Parece una calavera grande, ¿no? Algunos dicen que por eso le llaman la Isla de la Muerte.

Harry observó el detalle. A la misteriosa luz del crepúsculo que se extendía ya sobre el lago, el promontorio rocoso tenía una semejanza asombrosa con una enorme calavera, cuyos ojos sin vida estuviesen dirigidos hacia el muelle.

Harry se sintió invadido por una sensación de temor supersticioso.

Las facciones de la calavera parecían más pronunciadas en la penumbra.

Ni Harry ni un compañero siguieron hablando. La Isla de la Muerte parecía extender una fascinación misteriosa sobre ellos.

La trepidación de un motor sacó a Harry de su ensueño. Una lancha apareció frente a la isla y se dirigió al muelle.

-Vienen por usted -observó el mecánico.

Harry reprimió un estremecimiento. Aquellas palabras, pronunciadas bruscamente en la oscuridad, parecían encerrar un significado oculto.

La lancha fue creciendo hasta que llegó al muelle. Harry descendió del coupé y sacó su maleta. El mecánico dio la vuelta al coche, se internó en el camino y a los pocos minutos había

desaparecido.

La lancha atracó. Harry se acercó y miró a su único tripulante. El hombre murmuró un saludo entre dientes. Su aspecto era adecuado al ambiente. Era un hombre recio y mal vestido, con la cara cubierta por una espesa barba negra.

Harry entró en la lancha y emprendieron el regreso a la isla.

La Isla de la Muerte se mostraba cada vez más formidable. Las facciones de la calavera fueron creciendo hasta que se encontraron casi debajo del promontorio. El bote pasó por delante de la masa rocosa.

Harry no pudo oír el menor ruido procedente de la isla. Un pequeño desembarcadero apareció debajo de los árboles. La barca se detuvo. Harry desembarcó y el hombre le arrojó la maleta.

Mientras esperaba a que su extraño acompañante amarrase el bote y le acompañase hasta la casa, Harry trató de estudiar el terreno.

Pero esto era ya imposible. La noche había cerrado y todo lo que los ojos de Vincent pudieron distinguir fue el principio de un camino.

Extraña, sombría y pavorosa, la Isla de la Muerte era tan silenciosa como la muerte misma.

CAPÍTULO XVI
EL PROFESOR WHITBURN

El hombre de las barbas se internó con Harry por el sendero, y al cabo de algunos cientos de pasos llegaron a una gran casa.

La subida fue breve, pero abrupta. Harry calculó que estarían a diez o quince metros sobre el nivel del lago.

Llamaron a una puerta lateral y Harry fue introducido en la casa. Estaba alumbrada por medio de la electricidad, pero la iluminación en la estancia donde se encontraban era escasa.

El hombre que les había abierto la puerta era tan extraño como el de la barba. El segundo de los habitantes de la isla que conocía Harry, iba completamente afeitado y sus facciones tenían una desviación peculiar que a Harry le fue instintivamente antipática.

Sin decir una palabra, señaló una silla y Harry se sentó. EL de la barba desapareció y el otro llamó a una puerta, por la que entró al cabo de un momento.

La habitación en que se encontraba Harry apenas podría llamarse un gabinete. Estaba escasamente amueblada. La mesa y las sillas eran sencillas y de construcción barata. Lo único

Librodot

agradable de la estancia era una gran chimenea pero en ella no ardía ningún fuego.

Sobre la chimenea había un reloj, pero la luz era tan pobre, que Harry no pudo distinguir la hora que señalaba.

Su entusiasmo por la Isla de la Muerte se había enfriado algo durante su viaje a través del lago. Empezó a lamentar no haber seguido el consejo de la joven que le telefoneó al Hotel Baronet.

Las aventuras eran parte de la existencia de Harry, pero prefería la luz a la oscuridad. Sin compañía era un individuo triste y hasta entonces no había ninguna señal de amistad en la Isla de la Muerte.

El silencio, sólo interrumpido por el tictac del reloj, comenzó a ser desagradable. Harry parecía haber sido olvidado.

Encontró una revista encima de la mesa. Cuando se acercó a la luz para leerla, se encontró con que era tres meses atrasada.

Evidentemente, los moradores de la Isla de la Muerte, no tenían aficiones literarias.

Harry sacó su reloj, no pudiendo distinguir el que había sobre la chimenea, y observó que había pasado mucho tiempo. Eran más de las siete.

Se puso a leer la revista y llegó a olvidar donde se encontraba. Cuando miró de nuevo su reloj vio que había pasado un cuarto de hora. Y aún permanecía solo, esperando. La penumbra de la extraña casa le oprimía. Decidió pasear por la habitación.

Después de dar algunos pasos, sintió la tentación de abrir una de las puertas y mirar lo que hubiera fuera, pero desistió e hizo bien, pues en aquel momento apareció el hombre de la cara contrahecha.

Se acercó a Harry y le señaló la puerta más próxima. Vincent salió por ella.

La puerta daba paso a un corredor y enfrente había otra puerta entornada; por los resquicios se escapaban rayos de luz.

Harry la empujó y se encontró en una habitación bien alumbrada. Su aspecto le dejó atónito.

En la estancia reinaba el mayor desorden. Una pared estaba cubierta por una enorme librería; pero los estantes estaban medio vacíos. Los volúmenes que faltaban se encontraban apilados por toda la habitación; algunos sobre las sillas y las mesas y otros en el suelo, que estaba también cubierto de papeles.

Entre los libros se veían jarros de cristal y piezas de máquinas. En un estante había botellas y tubos llenos de líquidos de varios colores.

Sobre el antepecho de una ventana se sentaba un gato enorme, que parecía haber elegido aquel sitio por ser el único libre en todo el cuarto.

En medio de aquel desorden, detrás de una mesa cubierta de papeles, libros y aparatos raros, se sentaba el hombre más extraño que Harry había visto en su vida.

Era viejo, delgado y encorvado, con los cabellos completamente blancos y un enorme bigote también blanco.

Murmuraba entre dientes, mientras escribía en una hoja de papel extendida sobre un libro. No dio ninguna señal de haber oído la entrada de Harry.

Los objetos de que estaba lleno el despacho eran interesantes y Harry aprovechó la abstracción del viejo para estudiarlos. Por todas partes veía cosas cuyo uso no se le alcanzaba.

Durante algunos minutos olvidó la presencia del anciano. Cuando sus ojos volvieron a él, le estaba mirando con una expresión fija y extraña.

Harry dejó escapar una ligera exclamación y saludó.

-¿Es usted el Profesor Whitburn? -preguntó.

-Sí -replicó éste con voz áspera-. ¿Cómo se llama usted?

-Harry Vincent.

-¡Ah! Sí. Se me había olvidado. Siéntese, quiero que hablemos.

Harry quitó con cuidado los libros y los papeles de la silla más próxima, la colocó frente al Profesor y se sentó.

La lámpara que había sobre el escritorio iluminaba las facciones del anciano. Harry creyó advertir un brillo extraordinario en los ojos del Profesor.

-Le he elegido a usted después de pensarlo mucho -comenzó a decir con voz lenta y casi acusadora-. Ha estudiado usted mecánica, ¿no?

-Sí, señor.

-¿Ha practicado usted?

-No mucho. Tuve buenas oportunidades en otros negocios y debo confesar que no tengo la práctica que debería tener.

-¡Muy bien! -declaró el Profesor Whitburn-. ¡Muy bien!

La calurosa aprobación del Profesor dejó estupefacto a Harry. Se había imaginado que su falta de práctica sería una desventaja.

-¡Práctica! -exclamó el Profesor Whitburn-. ¡Bah! La práctica debe ser acertada y no la que se adquiere generalmente. Me alegro de que no tenga usted mucha.

Golpeó simultáneamente con ambas manos sobre el tablero de la mesa.

-Muchos jóvenes se atreven a decirme lo que tengo que hacer -siguió diciendo con aparente furia-. ¡Yo soy el que tiene que enseñarles a ellos! Se creen que aprender unas cuantas cosas de memoria, como los loros, es saber. Cuando han trabajado algunos días conmigo piensan de otra manera. Yo quiero algo más que algunos conocimientos sencillos almacenados en la cabeza.

Se dio un golpe en la frente al terminar de hablar. Luego se tranquilizó y miró atentamente a Harry y sus manos desaparecieron debajo de la mesa.

Sus ojos adquirieron una expresión fija y salvaje; súbitamente sacó una pistola automática y apuntó a Harry. De sus labios se escapó una carcajada de loco.

Harry se levantó instintivamente de la silla; pero se contuvo a tiempo cuando se disponía a saltar sobre el viejo. Su buen juicio dominó el primer impulso.

Mientras el Profesor empuñaba su pistola, él se recostó de nuevo en la silla y sonrió con indulgencia.

El Profesor Whitburn guardó el arma en el cajón de la mesa, sin separar los ojos de la cara de Harry. Luego sus labios formaron también una sonrisa.

-He demostrado lo que quería -dijo con voz áspera-. Esta es una prueba que hago con frecuencia. Algunos se lanzan sobre mí y entonces arrojó a un lado la pistola. Otros me suplican y levantan las manos. Hay muy pocos que procedan como ha procedido usted. Joven, he observado todas las emociones que han pasado por su mente. Primero se ha asustado usted. Luego ha venido el impulso de la defensa mezclado con el miedo, un miedo natural. Y, por fin, la razón le ha contenido. Ha pensado usted que se las había con un lunático y ha tratado usted de tranquilizarme.

»El estudio no puede enseñar a un hombre a proceder como ha procedido usted -agregó-. Sus reacciones son el producto de una mente que es a la vez rápida y experimentada. Ha sabido usted cómo enfrentarse con un peligro; por lo tanto, está usted siempre dispuesto a hacer frente a cualquier contingencia. Es usted el tipo de hombre que necesito.

El viejo guardó silencio, como si estuviera meditando sobre alguna cosa.

Harry se abstuvo de interrumpir sus meditaciones, aunque estaba preocupado pensando en cuál sería la sorpresa que le esperaba a continuación.

-Esta isla es un lugar extraño -prosiguió el Profesor-. Un lugar extraño y con mala reputación. Por eso la he elegido. Me gusta estar solo, acompañado solamente de aquellos que he elegido para que me auxilien en mi labor. En un lugar como éste la gente me deja en paz. Soy un hombre de gran visión. -La voz del Profesor se hizo menos áspera y en sus ojos apareció un brillo como de reminiscencias-. Pero hay pocas personas que sepan apreciarlo. En cierta ocasión, un hombre se interesó por mis planes; pero no quise trabajar para él hasta que me proporcionó una independencia económica. Aún así, el deseo de ganancia material le dominaba y me estaba molestando constantemente con sus demandas de acción y de resultados inmediatos. Ha muerto ya; lo he sentido sinceramente, pero la verdad es que me ha dejado en libertad de trabajar sin interrupciones desagradables. He escogido para que trabajen conmigo a personas bastante extraordinarias. Hombres que saben guardar silencio y que no hablan ni entre ellos mismos. Se dan cuenta de que el premio de sus esfuerzos está en el porvenir, pero dedican sus afanes al presente. ¿Está usted dispuesto a hacer lo mismo?

-El presente me ha interesado siempre más que el porvenir -replicó Harry.

-Bien. Entonces trabajará usted para mí. Aún tengo que decirle otra cosa. Sus tareas pueden encerrar peligros, que tendrá usted que asumir bajo su responsabilidad. Han muerto ya dos hombres a mi servicio; fue por su propio descuido. Lamenté mucho su muerte, pues eran dos hombres que valían, pero mi obra es más importante que una o dos vidas humanas, aunque nunca he pedido un sacrificio.

-Estoy dispuesto a asumir todas las responsabilidades -declaró Harry.

El Profesor buscó en uno de los cajones de su escritorio. Sacó una hoja de papel escrita a máquina y se la entregó a Harry. El documento era un convenio por el cual el firmante se comprometía a trabajar a las órdenes del Profesor Whitburn, y asumía todas las responsabilidades por los accidentes que pudiera sufrir en el curso de sus tareas.

Mientras Harry leía el papel, el Profesor apretó un timbre. Dos hombres entraron en la estancia. Eran los mismos que Harry había visto ya.

EL Profesor los presentó. El de la barba se llamaba Crawford y el de las facciones torcidas Stokes. Sin más preámbulos, el Profesor entregó la pluma a Harry para que firmase el compromiso. Los otros dos firmaron también como testigos.

-¿Ha comido usted? -preguntó el Profesor.

-No, señor -repuso Harry.

-Crawford le preparará algo y le presentará a Marsh, que es otro de mis ayudantes. Aquí no gastamos formalidades de ninguna clase, Vincent. Si desea usted verme para algo, llame a la puerta y luego entre. Este timbre puede oírse en todos los rincones de la casa y aun desde fuera. Cuatro es su señal. -Tomó una nota sobre un papel, murmurando-: Crawford, uno; Stokes, dos; Marhs, tres; Vincent, cuatro. -Luego se dirigió de nuevo a Harry-. No salga usted de la isla sin mi permiso. Esto es importante. Conteste pronto a mis llamadas. ¿Hay alguna cosa más que desee usted saber?

-¿Cuánta voy a ganar? -preguntó Harry.

-Ah, se me había olvidado. El convenio que hacemos ahora será por tres meses, al cabo de los cuales le será aumentado el sueldo. ¿Le parecen a usted bien quinientos dólares al mes para empezar? Recuerde que aquí no gastará usted nada en vivir.

-Perfectamente -convino Harry.

-Me gusta que la gente que trabaje a mí alrededor esté satisfecha -agregó el Profesor con su peculiar sonrisa-; De manera que le daré a usted seiscientos cincuenta en lugar de quinientos.

El Profesor Whitburn estaba ya entregado a sus libros y a sus papeles. Había olvidado la presencia de Harry. Crawford le dio a Vincent un golpecito en el hombro y le señaló la puerta; la entrevista había terminado.

Harry se levantó y siguió a los otros dos. Al salir volvió la cabeza. El Profesor seguía absorto en su trabajo.

Librodot

CAPÍTULO XVII
UNA VISITA AL PRINCIPE ZUVOR

Lamont Cranston entró en el Club Cobalto y se instaló cómodamente en una butaca. Miró a su alrededor, como si esperase ver a alguien. Luego encendió un cigarrillo y se recostó en la butaca.

Había transcurrido una semana desde la conversación de Lamont Cranston con el Príncipe Zuvor, el ruso que se llamaba a sí mismo Richard Albion. Las visitas de Lamont Cranston al Club Cobalto durante aquellos días fueron escasas y breves. La última vez dejó una nota para Richard Albion.

Un sirviente se aproximó al lugar en que Cranston estaba sentado. -Le llaman por teléfono, señor -dijo.

El millonario se levantó lentamente y entró en una de las cabinas telefónicas. No mostró ningún interés, ni siquiera cuando estuvo solo dentro de la cabina y a cubierto de cualquier observador.

-Soy Burbank -dijo una voz-. ¿Puedo hablar con usted ahora?

-¿No hay novedad por ese lado?

-Ninguna.

-Adelante, pues.

-He vigilado a Volovik...

-No cite nombres, Burbank.

-Bien. He vigilado al hombre y he hablado con él. No he podido saber nada de importancia, salvo un pequeño detalle.

-¿Qué es?

-Cuando abrió la cartera para sacar algún dinero, sacó también una tarjeta amarilla; no llevaba nada escrito, pues la vi perfectamente por ambos lados, pero la escondió tan deprisa, que me pareció que debía tener algún significado secreto.

-Una tarjeta amarilla, Burbank; ¿está usted seguro de que no era blanca?

-Seguro. Por un momento creí que era blanca, en efecto; pero la tuvo un momento en la mano y vi que era amarilla.

-¿Dónde está ahora ese hombre?

-En «La Rata Colorada». Ha bebido mucho.

-Déjele ahí, Burbank. Puede usted retirarse. Ya le avisaré cuando le necesite de nuevo.

Lamont Cranston estuvo pensativo varios minutos después de colgar el auricular. Luego sonrió.

«Una tarjeta amarilla -murmuró-. Y Volovik está bebiendo. Una mala costumbre si está en

servicio activo.

Sacó un papel del bolsillo y escribió:

«Negro. - Reunión esta noche.»

«Gris. - Reunión esta noche. No venga si hay algún peligro.»

«Blanco. - Su trabajo ha terminado. No más reuniones.»

Hizo una pausa y añadió:

«Amarillo. - No más trabajo ni reuniones, a menos que se le llame especialmente.»

Cranston se echó a reír. El caso de Volovik le había preocupado durante los últimos días. Ahora comprendía que el agente estaba temporalmente relegado a la inactividad.

El millonario salió de la cabina telefónica. Cuando llegó al vestíbulo del Club, un criado se le acercó con una nota que acababa de llegar para él.

Cranston abrió el sobre y leyó el mensaje. Era del Príncipe Zuvor. Llevaba el membrete de un hotel de Nueva York. Cranston leyó la nota de una mirada. Decía así:

«No podré reunirme con usted en el Club, como esperaba. No podré ir por ahí hasta fines de esta semana. Esta noche estaré en casa. Si quiere usted venir, será bien acogido. Pero recuerde...»

La brusca terminación del mensaje era una advertencia relacionada con la conversación anterior, en la que el Príncipe Zuvor le había revelado los peligros de que estaba rodeado. La nota estaba firmada con el nombre de Richard Albion.

Cranston salió del Club Cobalto y llamó un taxi, en el cual se hizo conducir directamente al domicilio del Príncipe Zuvor.

Cuando llegó a su destino, permaneció un momento contemplando la casa desde la calle. No pareció observar un sedán que estaba parado junto a la acera de enfrente. Cranston subió los escalones de la entrada y llamó al timbre.

Fue admitido por el sirviente ruso, que le condujo al piso superior de la casa tan pronto como dio su nombre. Fue introducido en un gran salón; el lebrel se levantó y se acercó en silencio a saludarle.

Apareció el Príncipe Zuvor.

-Esto es un gran placer para mí -dijo con calor-. No esperaba que aceptase usted mi invitación.

Lamont Cranston se levantó para estrechar la mano del Príncipe.

-¿No me esperaba usted? -preguntó.

-No -declaró el Príncipe-. Por supuesto, recuerde usted los peligros de que le hablé. Suponía que tendría usted más prudencia después de considerar el asunto. Mi casa está vigilada; lo prueban esas cortinas, que no son un mero adorno.

Lamont Cranston se encogió de hombros.

-El peligro no me preocupa -replicó-. Algunas veces me gustaría pasar un poco de peligro. Hago una vida demasiado regalada y llega a parecerme monótona.

El príncipe Zuvor miró al perro que estaba cerca de su visitante. Dio una orden y el animal se retiró a un rincón. Luego sus ojos se quedaron fijos en el suelo y Cranston advirtió una expresión de sorpresa en su cara.

-¿Qué le pasa? -preguntó el millonario.

-Nada -replicó el Príncipe Zuvor, levantando la cabeza-. Me he quedado un momento perplejo al ver su sombra en el suelo. Parece deforme y grotesca.

Lamont Cranston se sentó sonriendo.

-Debe de ser la disposición de las luces -observó a Zuvor, mirando a su alrededor.

-Me he llegado a asustar por un momento. -Miró al suelo de nuevo y añadió-: Ahora que está usted sentado parece diferente.

-Una sombra -dijo Cranston-, es una cosa de muy poca importancia. No tiene vida; no es nada.

-Quizá -respondió Zuvor-, pero cuando uno ha pasado por todo lo que he pasado yo, hasta en una sombra encuentra motivos para recelar. A veces he visto sombras peligrosas, pues indicaban la presencia de hombres muy reales. La sombra puede vender a una persona, amigo mío.

Ocupó una silla frente al millonario y le miró con aire pensativo.

-He oído decir -continuo--, que existe un hombre a quien llaman la Sombra. Un ser que se mueve en la oscuridad de la noche.

-Sería interesante si fuera verdad -declaró Cranston-. Me gustaría conocerle.

-La gente del hampa considera a la Sombra como una peligrosa realidad -continuó Zuvor-. Las clases criminales pronuncian su nombre con temor. Saben que existe, aunque no han conseguido averiguar de dónde sale. Sus propósitos son un misterio. Algunos sostienen que es un detective; otros que es un consumado criminal que frustra los planes de otros criminales para aprovecharse de ellos.

-Muy interesante -dijo riendo Cranston-. ¿Cómo sabe usted tantas cosas de esa misteriosa persona?

-A través de los refugiados rusos a quienes he ayudado -repuso Zuvor-. Algunos de esos desgraciados se han visto obligados a mezclarse con gente de mala vida. Cuando acuden a mí me cuentan lo que hacen. Dos o tres me han hablado de las actividades de la Sombra. Mi conocimiento de los bajos fondos sociales de Nueva York es muy grande. Si quisiera podría dar a la policía informaciones muy importantes. Pero los criminales no significan nada para mí. No le tengo miedo a los ladrones ni a los asesinos. Mis enemigos son otros: los agentes de Moscú.

Librodot

-¿Le vigilan ahora? -inquirió Cranston.

-Me vigilan siempre. Me ha contado usted muy poco de su vida pasada, amigo Cranston, pero sé que la organización del espionaje en tiempos de los zares le es a usted familiar. Era considerada como una organización modelo, ¿no?

Cranston asintió.

-Pues los agentes del Zar eran niños comparados con los hombres que ahora tiene Moscú a su servicio. ¿Por qué? Porque los agentes rojos encuentran protección y ayuda en todos los países. En los Estados Unidos reciben auxilio de las organizaciones comunistas. Trabajan como ocultos detrás de una cortina de humo. Dejan a los revolucionarios del país que hagan todo el ruido posible y ellos laboran en silencio y dirigen las actividades subversivas. Nadie puede competir con ellos.

-¿Ni siquiera esa Sombra de quien usted ha hablado?

-La Sombra puede ser una potencia entre los criminales. Contra los agentes rojos es absolutamente impotente. El misterio de que se rodea resultaría completamente ineficaz. Lo mismo si trabaja solo que si tiene otros auxiliares, sus esfuerzos serían inútiles contra los hombres de Moscú.

-¿Quién los dirige?

-¡Ah! -exclamó Zuvor-. Eso es un misterio. Se dice que trabajan en grupos y que los jefes de estos grupos reciben instrucciones de un superior, un Enviado Rojo, cuyo poder es mayor que el de un embajador. Esto es lo que he oído, aunque no estoy seguro de que sea verdad. Sólo sé que el Gobierno soviético pretende que no tiene nada que ver con el Enviado Rojo.

-Debe ser un hombre más interesante aún que la Sombra -dijo Lamont Cranston con entusiasmo-. ¿Le conoce usted?

-No. Y Dios haga que nunca nos encontremos. Los que me vigilan son sus esbirros. Por eso tomo tantas precauciones. Siempre estoy a la defensiva. No tengo miedo, pero si alguna vez llegase a dominarme el temor, me volvería loco. Mi norma es la cautela; una constante cautela.

-¿Es de toda confianza su sirviente ruso?

-Iván es una reliquia del tiempo de los zares. Fiel y honrado. Obedece mis órdenes sin réplica. Sacrificaría su vida si por un instante sospechase que yo me hallo en peligro.

-¿Por qué permanece usted en este país?

-Tengo una labor que realizar. Mientras disfrute de suficiente libertad para poder ayudar a los que siguen siendo fieles al antiguo régimen, permaneceré aquí. La red invisible de la organización roja se está haciendo cada vez más tupida; pronto tratará de cerrarse sobre mí. Entonces partiré como partió Berchik, por un camino que sólo yo conozco.

-Mientras tanto -dijo Cranston-, recuerde que tiene usted en mí un amigo. No sería prudente que yo me enredase en la misma red de que usted me habla; pero, de todas maneras, tal vez pueda serle útil.

-Sus palabras son bien venidas -replicó Zuvor, inclinándose en un gesto de gracias-. Nuestra amistad es reciente, pero el emblema que lleva usted en ese anillo es una prenda que reconozco. Quizá cuando nos veamos otra vez le proponga ciertos planes.

-Perfectamente. Un mensaje me encontrará siempre en el Club Cobalto. Permanezco poco en mi casa ahora. La verdad es que entro y salgo constantemente de Nueva York.

Lamont Cranston se levantó, disponiéndose a partir. Zuvor le detuvo con un gesto.

-El verdadero peligro no está en venir -dijo-, sino en salir de casa. Le seguirán esta noche, si sale usted por el mismo camino que ha entrado.

-Me gastaría correr ese peligro -replicó Cranston.

-Puedo proporcionarle ciertos medios para salir -ofreció el ruso-. Un procedimiento por medio del cual podrá usted burlar la persecución.

Cranston meneó la cabeza. -No los temo -exclamó-. Dudo de que me puedan seguir hasta muy lejos. Vale la pena hacer el experimento.

Zuvor llamó a Iván y el sirviente ruso escoltó a Cranston hasta la puerta principal.

El millonario salió a la calle y anduvo algunos pasos. Vio pasar un taxi y le llamó. Cuando se alejaba miró hacia la casa del Príncipe Zuvor. La fachada estaba completamente a oscuras.

Pero las cortinas del segundo piso no estaban cerradas del todo, aunque el detalle no se distinguía mucho. Zuvor estaba en la habitación y observaba la partida del taxi. Otro coche se puso en movimiento y emprendió su persecución.

Zuvor cerró de nuevo las cortinas y encendió la luz. Su cara estaba sombría y movía los labios como si estuviese hablando para sí. Entró Iván. La cara del Príncipe recobró la calma acostumbrada.

-Iván -le dijo en ruso-, ese hombre que acaba de salir es nuestro amigo. Recíbele como un amigo cuando vuelva por aquí.

Y como si un segundo pensamiento le asaltase, agregó en inglés:

-Si es que vuelve.

CAPÍTULO XVIII
LOS PERSEGUIDORES

El taxi de Lamont Cranston emprendió la marcha en dirección al oeste de Nueva York. Las señas que había dado al chofer estaban a más de una milla de distancia. Pero al poco trecho recibió nuevas instrucciones. Cranston le enseñó, por la ventanilla un billete y le dijo:

-Métase rápidamente por la primera bocacalle de la izquierda. Vuelva luego y pase por la espalda de la casa de donde acabo de salir.

El chofer obedeció. Dándose cuenta de que su pasajero tenía algún plan, el chofer eligió para volver una calle poco frecuentada. No tardó en advertir que otro coche le seguía. EL taxi no suele ser un coche apropiado para correr mucho; pero, en cambio, está construido para facilitar las evoluciones rápidas. Lamont Cranston, que fumaba tranquilamente un cigarrillo recostado en el asiento, sonrió al darse cuenta de que volvían la otra esquina.

-Cuando llegue a la casa de donde he salido, deténgase -dijo-. He olvidado una cosa y vuelvo por ella.

El chofer pensó por un momento que lo de la persecución era una idea suya sin fundamento.

-¿Entonces no hay necesidad de que corra?

-Al contrario -insistió Cranston-. Preferiría que fuera usted más deprisa.

El vehículo se acercaba a otra esquina, que tendría que volver para llegar a casa de Zuvor. Cranston habló de nuevo a través de la ventana.

-Tome usted esta curva despacio. Es bastante peligrosa.

El chofer asintió. La avenida formaba un ángulo muy cerrado. La esquina era verdaderamente peligrosa. Se acercaban a ella.

El chofer aplicó bruscamente los frenos. El coche se detuvo un momento. El conductor giró el volante y emprendió de nuevo la marcha a toda velocidad.

Un sedán apareció en la calle.

El coche se detuvo frente a la residencia del Príncipe Zuvor. El chofer saltó de su asiento y se adelantó para abrir la portezuela. El sedán se detuvo detrás.

El chofer del taxi dio un paso atrás, lleno de asombro. Luego se acercó y encendió la luz. EL coche estaba vacío.

La estupefacción del hombre fue advertida desde el sedán. Un individuo alto y ancho de hombros saltó a la acera y se acercó al taxi.

-¿Qué pasa? -preguntó.

-¿Que qué pasa? -exclamó el del taxi, olvidando por el momento la reciente persecución-. Que hace un minuto tenía aquí dentro a un pasajero y ahora no le encuentro por ninguna parte.

Con una interjección de cólera, el hombre corrió hacia el sedán. El coche dio la vuelta, metiéndose en la acera opuesta, para efectuar la maniobra con la mayor velocidad posible.

Salió disparado hacia la avenida. En el momento en que llegaba, otro taxi emprendía la marcha desde la esquina. Un hombre miraba por la ventanilla posterior. El sedán emprendió inmediatamente la persecución.

Lamont Cranston se echó a reír. Un accidente había estropeado su estratagema.

Había salido del primer taxi en el momento en que éste se detuvo bruscamente en la esquina de la residencia del Príncipe Zuvor.

Evitó hábilmente que le vieran desde el sedán y dejó que sus perseguidores llegasen hasta la puerta de la casa, donde se encontrarían al final de una pista sin continuación. Pero había contado con que habría otro taxi en la calle y no encontró ninguno.

Tuvo que esperar más de un minuto hasta que pasó uno y en este tiempo los del sedán pudieron darse cuenta de su error y emprender la persecución de nuevo.

El chofer del segundo taxi era tan diestro como el primero. Demostró un maravilloso conocimiento de todas las callejuelas de Nueva York. Tomaba las esquinas con una precisión notable y llegaba siempre a los cruces cuando en los postes reguladores del tráfico brillaba la luz verde.

En una ocasión dejaron al sedán frente a una luz que se tornó de verde en roja al paso del taxi. Lamont Cranston miró por la ventanilla posterior y vio que sus perseguidores hicieron caso omiso de la señal de parada.

El chofer se dio cuenta también y probó fortuna otra vez, en la misma forma y con mayor éxito. En este cruce había un guardia y el taxista se echó a reír al pensar en la situación en que dejaba al sedán. Se estaba ganando sus dólares.

-Bien hecho -comentó Cranston-. Ahora vaya despacio hasta que lleguemos a la otra esquina.

El chofer se quedó asombrado. Aquel hombre que parecía tan ansioso por escapar, se entregaba ahora deliberadamente a los que le perseguían.

El sedán estaba cerca cuando dio la orden de aumentar de nuevo la velocidad. Aprovechando una ligera ventaja, el taxista se apartó media manzana del otro coche. Un poco más lejos se detuvo.

Aunque el sedán se hallaba a una distancia considerable, el pasajero no parecía tener prisa en salir. Se apeó lentamente, dio al conductor otro billete y se detuvo para verle arrancar.

Y cuando el sedán entraba a toda velocidad en la calle, Lamont Cranston entró en una limosina que estaba a pocos pasos de distancia. EL chofer, que estaba dormido sobre el volante, despertó sobresaltado al oír cerrarse la puerta.

-Lléveme al Club Landis -dijo Cranston, con voz profunda-. Pronto, Wilkes, que tengo prisa.

-Sí, señor -replicó el chofer.

Metió la limosina en la corriente del tráfico, rozando en la maniobra la parte delantera del sedán. La figura de Lamont Cranston era apenas visible en el asiento. Pero estaba haciendo algo en medio de la oscuridad. Sus manos levantaban un paquete del suelo.

Diez minutos después, la limosina se detenía a la puerta monumental del Landis Club. Una enorme marquesina se extendía sobre la acera. El sedán se detuvo detrás.

El portero estaba ocupado en aquel momento; a poco vio la limosina y se acercó para abrir la puerta. Del coche no salió nadie. El portero se dirigió al chofer.

-¿Viene usted a recoger a alguien? -preguntó.

-Vengo a traer al señor Krause. ¿No ha salido?

-No hay nadie en el coche -replicó el portero.

El hombre se apeó de su asiento para registrar con asombrados ojos el interior del coche. Al mismo tiempo salió un individuo del sedán y se acercó a la limosina.

-¿Habré soñado? -exclamó el chofer-. Hubiera jurado que estaba el señor Krause dentro del coche. ¿Está usted seguro de que no ha salido?

-Seguro -afirmó el portero.

EL chofer consultó su reloj.

-Es temprano para él -dijo-, pero de todas maneras no lo entiendo. Me dejó esperando en el sitio de costumbre. Una vez creí que había regresado, pero no era nadie. Luego he estado durmiendo un par de horas. De repente oigo que me dice desde dentro que le traiga aquí. Es inexplicable. Pero como no es aún hora de salir del teatro, me parece que lo mejor será que vuelva para seguirle esperando.

Echó una última ojeada al interior del auto; advirtió un trozo de papel de envolver. Lo cogió, lo miró y lo dejó caer en la calle.

-Parece como si alguien hubiera abierto un paquete ahí dentro y se hubiera dejado la cubierta.

Sus últimas palabras iban dirigidas a algunos curiosos que se habían acercado.

-Me pareció sin duda el señor Krause. Pero he debido soñar.

El hombre volvió al volante y se alejó, moviendo la cabeza y lleno de dudas.

Y sin embargo, su teoría era acertada.

A primeras horas de la noche, después de que Krause salió del coche, alguien dejó en él un paquete. Un paquete que fue abierto cuando el auto se dirigía al Club Landis.

Su contenido era una capa y un sombrero negros. Lamont Cranston había salido del vehículo en el momento en que éste se detenía a la puerta del Club Landis.

Pero entonces no era más que una especie de espectro de la noche, una sombra casi invisible.

El sedán permaneció algún tiempo después de la partida de la limosina. El hombre que había salido de él vigilaba atentamente ambos lados de la calle.

Vio un taxi que se detenía junto a la acera opuesta y que dos hombres se apeaban de él y discutían acerca de cuál de los dos había de pagar la carrera.

EL taxi se alejó por fin y el del sedán no vio una sombra negra que se sentaba en el asiento

posterior antes de que el chofer pudiera cerrar la puerta.

El taxista no la vio tampoco, y se quedó estupefacto cuando algún tiempo después una cabeza se asomó a su lado y un pasajero cuya presencia no sospechaba le dio una dirección.

El taxista estaba algo molesto, pues no sabiendo cuándo había subido su nuevo cliente, no sabía tampoco cuánto cobrarle, pero el pasajero solucionó por sí mismo el problema gratificándole con largueza.

El sedán partió poco después que el taxi. Regresó de nuevo frente a la residencia del Príncipe Zuvor y esperó allí más de una hora. Luego uno de sus ocupantes se apeó y se puso a pasear por la calle, mientras el otro se alejaba en el auto.

El que se quedó a pie era un individuo muy observador, pero no llegó a ver una sombra peculiar que se separaba de la fachada de la casa que estaba vigilando.

Poco después, los dos hombres se reunieron en un restaurante y hablaron.

No prestaron atención a un individuo silencioso que se sentó a comer solo en un rincón.

Cuando acabaron de comer, los dos hombres salieron del restaurante y se alejaron por la acera. Sus sombras se movían a su lado.

Si hubieran vuelto la cabeza, hubieran podido advertir una tercera sombra que les seguía de cerca. Una sombra extraña y misteriosa y que, al parecer, no tenía ningún derecho a existir, puesto que a su lado no se movía ningún ser humano.

Los dos espías llegaron a una casa y entraron en ella. La sombra que les seguía desapareció súbitamente, como si se hubiera fundido con las tinieblas de la noche.

Los perseguidores, habían sido a su vez perseguidos por la Sombra.

CAPÍTULO XIX
LOS ESPECTROS DE LA ISLA DE LA MUERTE

Los primeros tres días en la Isla de la Muerte fueron completamente tranquilos para Harry Vincent. Su extraña presentación a las personas que moraban en ella fue seguida por una prosaica realidad.

Le albergaron en una habitación del segundo piso. La planta baja del edificio era la de una casa corriente, salvo la habitación en que trabajaba el Profesor, que era, sencillamente el despacho de un hombre muy excéntrico.

Harry se acostumbró rápidamente a las costumbres del lugar. Había trabado conocimiento

con el tercer ayudante del Profesor Whitburn, que era tan extraordinario como Crawford y Stokes, o más.

Era muy pálido y extraordinariamente alto, pero tenía la costumbre de caminar encorvado, como si temiese que los techos fueran demasiado bajos para él.

Cada uno parecía tener ciertas obligaciones asignadas y que eran de su competencia exclusiva. Debía de haber también trabajos comunes a todos, pues Harry los vio juntos algunas veces, pero por lo general estaban separados.

Crawford se encargaba de la comida y los demás se servían cada uno a su capricho. El Profesor Whitburn comía muy poco, y Crawford atendía personalmente a sus escasas necesidades.

El trabajo de Harry resultó ser por el momento acumular sabiduría. El Profesor Whitburn le proveyó de algunos libros de texto y señaló en ellos las partes que Harry debía estudiar.

La lancha se empleaba rara vez. Algunas veces la tripulaba Crawford y otras Stokes. La empleaban para ir a recoger vituallas o el correo; la primera de estas obligaciones parecía ser de la incumbencia de Crawford y la segunda de Stokes.

Harry aprovechó los intervalos libres que le dejaban sus estudios para dar algunos paseos por la isla. Era pequeña y densamente arbolada, un tipo de isla corriente en los lagos de Connecticut.

No tuvo ocasión para obtener el equipo de radio que guardaba en su coche.

Decidió aplazar su uso para más tarde.

La Isla de la Muerte era durante el día un lugar tranquilo y agradable; pero, cosa extraña, los pájaros que abundaban en los alrededores evitaban cuidadosamente llegar hasta ella.

Aparte de los hombres que voluntariamente habían aceptado aquel sitio como residencia, el gato del Profesor Whitburn era el único ser viviente que moraba en la Isla de la Muerte.

El hecho era apenas significativo, pero respondía al nombre ominoso del lugar.

La casa tenía un tercer piso en forma de torre, al cual se accedía por una puerta que estaba siempre cerrada.

Aquélla parecía ser la única parte de la casa que encerraba algún misterio, a menos que el sótano, cuya entrada estaba en la cocina, ocultase algún secreto desconocido.

Las observaciones de Harry se limitaron principalmente a sus compañeros.

Tenía ya formada una idea definida acerca del Profesor Whitburn. Había hablado con él varias veces y le había clasificado como un genio a quien gustaba trabajar sin que nadie le molestase. Los otros tres eran más difíciles de analizar. Harry permanecía con ellos durante las comidas y hacía lo posible por llegar a formarse una opinión de cada uno.

Ninguno de ellos impresionó favorablemente a Harry. Los tres le parecieron indeseables. Tal vez Marsh menos que los otros dos. Tenía una cara sin expresión, pero no parecía peligroso.

Stokes, cuyas facciones torcidas causaban una impresión desagradable, parecía poseer un

ingenio natural. Al mismo tiempo, tenía rasgos amables que se manifestaban en raras ocasiones.

Crawford, con su barba espesa y mal cuidada, era más desagradable de día que de noche y Harry no hizo ningún esfuerzo para granjearse su amistad.

Los tres hombres causaban a Harry la impresión de otros tantos volcanes y supuso que todos ellos serían capaces de erupciones peligrosas.

Los clasificó como hubiera clasificado a enemigos declarados: Marsh, un hombre capaz de luchar, pero de inteligencia escasa Stokes, un enemigo peligroso, en el cual coincidían el poder y la astucia. Crawford, un hombre sin escrúpulos de ninguna clase.

Estas observaciones convencieron a Harry de que no debía olvidar la advertencia de la muchacha. El peligro le acechaba en la Isla de la Muerte.

Había en ella tres hombres que podrían ser temibles. Sin embargo, todos parecían estar dirigidos por la mente dinámica del Profesor Whitburn. No discutían nada entre ellos. Iban por instrucciones al despacho del Profesor.

Se aproximaba el fin de otro día. Harry estaba sentado en el gabinete. Dejó que su mente se apartase de los libros que tenía abiertos delante. Eran más de las seis. La cena no tardaría en estar dispuesta.

Marsh entró en la habitación. No dirigió la palabra a Harry. Se acercó a la pared. Corrió un tablero movible y reveló un aparato de radio. Harry ignoraba hasta entonces su existencia.

Marsh ajustó el aparato y estuvo escuchando una estación durante algunos minutos. Luego, como si ya se hubiera distraído lo suficiente, desconectó el aparato y lo volvió a esconder detrás del tablero.

La comida fue servida poco tiempo después de esto. Durante ella, Marsh hizo algunas observaciones dirigidas principalmente a Stokes, que replicó brevemente. Cuando acabaron de comer, había cerrado completamente la noche. El tiempo estaba nebuloso y soplaba viento.

Harry volvió a sus libros. Se concentró en ellos durante un rato y luego su mente se apartó de su trabajo y encontró muy aburrido permanecer allí solo.

La habitación estaba completamente a oscuras, salvo el rincón en donde él se hallaba. Vio que eran cerca de las nueve y pensó que se le ofrecía una oportunidad para buscar la estación WNX, entonces que conocía la existencia del aparato de radio. Tal vez recibiera algún mensaje.

La idea era buena y Harry la puso inmediatamente en práctica. Graduó el aparato al tono más bajo posible. Escuchó atentamente las palabras del locutor. AL principio no encerraban ninguna importancia. Al cabo de un rato vino una frase significativa.

-Mañana me pondré de nuevo en contacto con los señores radioyentes -decía el locutor-. Tendré algo importante que comunicarles. He de hablarles de una tienda. Recuerden que es mañana por la noche.

Para Harry, acostumbrado a interpretar los misteriosos mensajes de la Sombra, el significado era claro y evidente:

«Reúnase mañana por la noche con un hombre que le esperará en la tienda.»

Aquel hombre debía de ser el mensajero a quien Harry había de entregar su informe. La tienda era, sin duda alguna, la del pueblo. Unas palabras del locutor acabaron el mensaje.

-Recuerden que es mañana por la noche, a las ocho y media.

Harry hizo una nota mental de todo ello.

Súbitamente, los ruidos de la estática ahogaron la emisión. Se hicieron cada vez más fuertes. Harry movió las clavijas y el estrépito aumentó.

Stokes entró de repente en la estancia; corrió hacia la radio y desconectó el aparato. Luego habló con alguna violencia.

-No siga.

Harry, ofendido por el tono, estaba a punto de discutir la autoridad de Stokes, cuando éste ofreció una rápida explicación.

-El profesor Whitburn no quiere que suene la radio después de las ocho de la noche, porque le molesta. Antes de esa hora no hay ningún inconveniente.

Y sin esperar contestación de Vincent, salió de la habitación. Harry volvió a su mesa, aún ofendido por los modales poco diplomáticos de Stokes. No tenía ganas de seguir estudiando. Cerró sus libros y se dirigió a la puerta que daba salida al exterior.

El Profesor Whitburn le había sugerido que permaneciese en su cuarto durante la noche para trabajar. Pero no tenía orden explícita de no salir.

En aquel momento particular, Harry no hubiera tenido inconveniente en desobedecer unas instrucciones concretas, de manera que tomó la indicación con reservas mentales y salió a dar un paseo.

El viento silbaba en las ramas de los árboles. Llovía un poco y la noche era fría y desagradable. A pesar de todo, Harry comenzó a descender por el sendero que conducía a la orilla del lago.

Al poco trecho volvió la cabeza para mirar hacia la casa. El edificio era una masa negra y sin forma. Ni siquiera la torre era visible.

Pero cuando los ojos de Harry registraban la oscuridad, vieron una cosa que le asustó. Primero fue una chispa como de una luciérnaga. Esto en sí no tenía nada de particular, pero fue seguido por un fenómeno verdaderamente pavoroso.

Una forma extraña y espectral se desprendió de la torre y voló por encima de los árboles, como un espíritu del otro mundo que buscase presa entre los mortales. Luego volvió hacia la casa y desapareció al llegar a ella.

Librodot

Harry experimentó una sensación de espanto. Luego pensó que había alguien detrás de él y se volvió. Al hacerlo, sus ojos se dirigieron hacia el lago.

Sobre las aguas distinguió otra chispa como la de antes, que se acercaba a la orilla.

Miró de nuevo a la casa. Otro espíritu, una forma con los brazos extendidos y que tenía el aspecto de una criatura humana, se fundió en las tinieblas de la noche.

Harry pensó en vampiros y fantasmas. Aquellos seres eran demasiado grandes para ser murciélagos y su extraña visibilidad les daba un aspecto aún más siniestro.

Harry se echó a reír. El viento suspiró entre las ramas de los árboles. Un tercer fantasma, con los brazos extendidos, como si tratase de alcanzar un objeto invisible, flotó en el aire con dirección a la torre.

¿Espectros?

Harry se había reído siempre de la idea, pero ahora se encontraba con una siniestra realidad. Veía con sus propios ojos unos seres que se movían y flotaban en el aire en unos vuelos misteriosos.

No era extraño que por el pueblo circulasen historias extrañas. La gente de aquella región no era muy propicia a los cuentos de hadas y no eran fáciles de convencer sin pruebas palpables.

Harry comprendió que debería haber escuchado con más atención sus historias.

La Isla de la Muerte.

Harry pensó en la matanza de blancos efectuada por los indios. En el hombre que había sido asesinado en aquella casa. Sin duda los monstruos que acababa de ver habitaban el lugar a causa de aquellos acontecimientos.

Vincent miró de nuevo al lago, esperando la aparición de las luces que anunciaban la llegada de los fantasmas. Y entonces surgió la más pavorosa de todas las apariciones.

Ante los ojos asombrados de Harry, una figura igual a las anteriores emergió de las aguas y se levantó en el aire con los brazos extendidos. Permaneció un instante inmóvil y desapareció tan misteriosamente como había aparecido.

Harry recordó la historia del hombre que había presenciado aquel mismo suceso desde una barca en el lago. La última aparición fue la más aterradora.

Harry quiso volver a la casa; las rodillas le flaqueaban cuando comenzó a remontar el sendero. Las voces del instinto le gritaban que volviese la cabeza, pues alguna imagen grotesca podría salir de entre los árboles para caer sobre él de improviso.

Deseaba sinceramente encontrarse en cualquier parte del mundo, lo más alejada posible de la Isla de la Muerte. Le habían advertido el peligro, pero él lo esperaba en forma física y no como apariciones del otro mundo.

Se resistía a creer lo que habían visto sus ojos. Sin embargo, aquellas formas inhumanas tenían un realismo inolvidable.

Buscando una explicación, la mente de Harry empezó a formar teorías. La razón le decía que aquellos fenómenos habían de obedecer a la fuerza a una causa natural.

Quizás el Profesor Whitburn había descubierto una ciencia nueva. Quizá, pero, ¿qué ciencia podría ser?

Harry trató de razonar este absurdo pensamiento. Entró en la casa. Se sentó en su rincón, con sus libros, e intentó dirigir sus ideas hacia cosas materiales y tangibles.

Reanudó sus estudios, pero no logró disipar la perplejidad que invadía su mente. Cualquiera que fuera la causa de aquellos extraños hechos, no cabía duda de que la Isla de la Muerte era un lugar donde ocurrían cosas fantásticas.

Harry había visto los espectros de la Isla de la Muerte.

CAPÍTULO XX
EL MENSAJERO

La mañana vino a ser un consuelo para las preocupaciones de Harry. Había trabajado hasta muy tarde y cuando se acostó apenas le fue posible dormir.

A pesar de su cansancio, no podía alejar de su cerebro pensamientos inquietantes.

Estuvo oyendo toda la noche el silbido del viento y los pequeños ruidos peculiares de las casas viejas, que se le antojaban otras tantas pruebas de la existencia de cosas misteriosas e impalpables. No podía desechar la idea de que unos fantasmas se aproximaban a él en medio de la oscuridad.

Con la aurora perdió la Isla de la Muerte toda su tristeza. El día amaneció espléndido. Harry descansó un poco después de salir el sol. Cuando bajó al comedor, encontró a los demás que estaban ya acabando de desayunar.

Mientras comía solo, Harry trató de hacer un resumen de los hechos:

Primero: Un mensajero tenía que llegar aquella noche. Esto, por lo menos, era tangible.

Segundo: No se podía emplear la radio después de las ocho de la noche. ¿Por qué?

Recordó que la estática había interrumpido el programa, pero no tenía idea de cuál pudiera haber sido la causa.

La torre de aquella casa encerraba algún misterio. Unas formas extrañas salían del lago y desaparecían en ella.

Era precisa una investigación, pero había que proceder con la mayor cautela.

Librodot

El profesor Whitburn le había dicho terminantemente que no podía entrar en ninguna de las dependencias de la casa sin instrucciones específicas. La torre estaba eliminada.

Considerando las cosas a la luz tranquilizadora del día, Harry se preguntó, ¿qué habría ocurrido en la casa, mientras él observaba desde fuera aquellos extraños sucesos?

¿Habría sido advertida su ausencia? Era lo más probable. Había salido sólo para respirar un poco y había permanecido fuera por lo menos media hora.

Cualquiera de sus tres compañeros podría haber entrado en la habitación cuando él no se encontraba en ella. Harry no había mirado a la hora exacta en que habían ocurrido los fenómenos, pero calculó que sería mucho después de las nueve, probablemente alrededor de las diez y media.

Si los fantasmas aparecían de nuevo aquella noche, Harry los vería al regresar a la isla, pues estaba decidido a encontrar alguna excusa para asistir a la cita con el mensajero, a las ocho y media.

Después de almorzar, Harry dio un paseo hasta la orilla del lago. Desde allí trató de fijar el punto en donde había aparecido el fantasma. También estudió la torre de la casa. Era al parecer una sola habitación cuadrada, con una ventana a cada lado. Constituía una buena atalaya.

Se volvió para acercase más al lago, y vio a Marsh, que estaba de pie en el embarcadero.

Que había visto las maniobras de Harry era evidente, pero no dijo nada cuando se acercó. Estaba haciendo algunas reparaciones en las tablas. Pocos minutos después llegó Crawford, que embarcó en la gasolinera, y se dirigió a la otra orilla.

Harry volvió a su cuarto. A los pocos minutos de estar en él, el timbre del Profesor Whitburn sonó cuatro veces. Era su señal. Respondiendo a la llamada, llamó con los nudillos a la puerta del despacho del Profesor.

Stokes estaba en la estancia. El Profesor Whitburn señaló una silla y Harry se sentó para recibir sus instrucciones.

¿Cómo van esos estudios? -preguntó el Profesor.

-Despacio -respondió Harry.

-Muy bien -dijo con calor el Profesor-. Es una señal excelente. No esperaba que tomase usted mucho interés por libros de texto que no tienen ningún propósito aparente. Es usted un hombre que gusta de las obligaciones activas. Pronto las comenzará usted.

El viejo se disponía a proseguir su trabajo, cuando Harry le interrumpió.

Lamentaba la presencia de Stokes. Ordinariamente, el Profesor hablaba individualmente con cada uno de sus empleados. Aquel día sus instrucciones eran tan insignificantes, que no se tomó el trabajo de despedir a Stokes.

Pero era importante que aprovechase la oportunidad, si deseaba ir al pueblo aquella noche.

-Profesor Whitburn -dijo-; sería necesario que fuera al pueblo de Marrinack.

-¿Por qué?

-Por mi coche -explicó Harry-. Lo he dejado allí, en un garaje. Puesto que debo permanecer aquí tres meses por lo menos, creo que sería prudente que hiciera algún trato definitivo con el dueño del garaje.

-¿No podría Stokes encargarse de eso cuando va a recoger el correo?

-No creo. Yo tengo la licencia y el título. Creo que sería lo mejor que yo, como propietario del coche, arreglase el asunto en persona.

-Muy bien. Puede usted ir con Stokes esta tarde.

-No podrá ser por la tarde -objetó Harry-. El dueño del garaje no está allí durante el día. Llega después de las ocho de la noche. Entonces es la mejor hora para verle.

-Bueno. Stokes le llevará hasta el muelle a la hora que usted desee. Puede usted ir andando hasta el pueblo. Creo que hay un atajo, ¿no, Stokes?

Los ojos de Harry se volvieron hacia el hombre de la cara torcida. Stokes gruñó una contestación afirmativa. Sus ojos estaban fijos en Harry, pero sus facciones no revelaban ninguna sospecha.

El Profesor tomó una nota en un cuaderno.

-Vincent fuera a las nueve -murmuró. Luego habló en voz alta, dirigiéndose a Harry-. ¿Le he dicho ya que después de las ocho debe usted permanecer en el interior de la casa, a menos que me advierta de antemano que quiere salir?

-No, no lo sabía.

-¡Ah! -la exclamación del Profesor denotaba la rapidez de sus pensamientos-. ¿Salió usted anoche?

-Sí -replicó Harry prontamente-. Salí hasta la orilla del lago para respirar un poco, pero como hacía frío no permanecí mucho tiempo fuera.

-Adviértame otra vez, Harry. Aquí nos regimos por ciertas leyes que todo el mundo obedece. Ya le he comunicado algunas de ellas. Una es permanecer dentro de casa después de las ocho, pues por las noches suelo hacer trabajos importantes. La radio está prohibida a esas horas. Todo el mundo debe estar en su puesto, salvo cuando me comunica su propósito de salir y recibe mi permiso.

-Está bien.

-Permítame que le recuerde -agregó el Profesor-, que en esta casa hay que tener mucho cuidado. Hay productos químicos y aparatos mecánicos que pueden ser peligrosos. Las puertas están cerradas por alguna razón y si hay alguna abierta es por descuido. Si ocurre alguna cosa que a su juicio necesita investigación, déme cuenta antes de su proceder. Se enterará usted de todo poco a poco. Tenga paciencia.

Con esta advertencia, el anciano despidió a sus ayudantes y se enfrascó inmediatamente en su trabajo.

Librodot

Harry miró a Stokes con disimulo. ¿Sospecharía la extensión de sus investigaciones de la noche pasada?

El Profesor Whitburn no había dado al asunto una gran importancia. Ni siquiera había preguntado a Harry si había visto algo inusitado durante su excursión. Pero quizá Stokes estaba pensando en ello.

Miró a Harry, pero su cara contrahecha no revelaba nada. Harry tomó los libros que le había señalado el Profesor y salió del despacho.

A las seis de la tarde buscó la estación WNX, pero no recibió ningún mensaje. Aquélla era su última oportunidad, pues la prohibición sobre la radio comenzaba a las ocho.

Durante la comida recordó a Stokes que tenía que ir al pueblo aquella noche. Sugirió que podrían salir antes de las nueve y Stokes convino en ello.

La breve conversación no causó en Marsh ninguna impresión apreciable, pero Harry estaba seguro de que Crawford tomaba nota de ella.

El barbado individuo era una incógnita difícil de despejar. Harry le consideraba como la amenaza más seria de la Isla de la Muerte.

Stokes entró en la habitación de Harry diez minutos antes de las nueve.

Harry dejó sus libros.

Cuando se aproximaban al embarcadero, Harry se aprovechó de que Stokes caminase delante de él para mirar a la torre. Era apenas visible a la escasa claridad de las estrellas. Parecía una adición incongruente al tejado de la casa.

Estaba completamente a oscuras.

Harry tropezó contra una piedra y cuando recobró el equilibrio, vio que Stokes le estaba mirando.

-Mire usted dónde pisa -le dijo. Habló amistosamente, pero Harry creyó advertir en su tono que se había dado cuenta de la causa del tropezón.

Entraron en la lancha y pasaron por delante del acantilado que se parecía a una calavera. La semejanza era difícil de apreciar de noche. La Isla de la Muerte era una masa sin forma, que desapareció del todo cuando llegaron al muelle.

Después de atracar, Stokes entregó a Harry su lámpara de bolsillo y le dio instrucciones precisas para llegar al pueblo.

-Siga el sendero de la derecha y en el primer cruce tuerza a la izquierda. Así llegará usted al pueblo mucho antes que por la carretera principal.

-¿Cuánto tiempo tardaré? -preguntó Harry.

-Cinco o seis minutos.

-Son ya cerca de las nueve y media. Regresaré a las diez y media aproximadamente.

-Convenido. Aunque sea un poco más tarde, no importa. Quizá vuelva entre tanto a la isla. Si no estoy aquí cuando usted regrese haga el favor de esperarme.

Harry emprendió el camino que le había indicado. Eran sólo las nueve y cuarto. Había dicho adrede que eran las nueve y media con el fin de disponer de algún tiempo más. No oyó el ruido del motor de la lancha. Tal vez Stokes había decidido esperar.

Harry se dirigió directamente al garaje. El propietario estaba allí y comenzó a discutir el pupilaje de su coche. De pronto, Harry se excusó.

-Tengo que llamar por teléfono a una persona -dijo-. ¿Estará usted aquí algún tiempo aún?

-Hasta medianoche -repuso el del garaje-. Y si se le hiciera tarde le esperaría un poco.

En la tienda había algunas personas. Harry no prestó atención a ninguna de ellas. Se acercó directamente al mostrador. Pidió un paquete de cigarrillos.

Un hombre se le aproximó.

-¿Puede usted decirme la hora exacta? -le preguntó una voz.

Harry consultó su reloj, sin mirar al que le preguntaba.

-Las nueve y media y dos minutos -dijo.

Vio unas manos que sacaban un reloj y hacían girar las saetas de manera que señalasen las nueve y treinta y siete.

Harry pensó que los gestos de aquel hombre le eran familiares. Levantó la cabeza y se encontró frente a Bruce Duncan.

Harry contuvo una exclamación de saludo y sorpresa. Duncan era el mensajero. Por eso deseaba verle Arma.

Se abstuvo de decir nada. Efectuó su compra y salió del establecimiento.

Anduvo algunos pasos y se apartó de la carretera principal. Bruce se reunió con él pocos minutos más tarde.

-¿Qué novedades hay? -preguntó Duncan.

-No muchas -murmuró Harry-. Somos cinco hombres en la isla. El Profesor Whitburn es sólo un tipo raro; pero los otros tres me parecen gente de mucho cuidado.

Había ordenado de antemano sus informes y transmitió a Duncan una sucinta, pero completa relación de todo lo que había visto.

Antes de explicar sus observaciones de la noche anterior, explicó que la gente del país creía que la isla estaba habitada por duendes, lo cual hizo reír desdeñosamente a Bruce Duncan; pero cuando le describió los misteriosos seres que salían de la torre y del lago y que flotaban en el aire, se puso serio y llegó a exhalar un silbido de sorpresa.

-Si no fueras tú quien me lo cuenta no creería una palabra, Harry. Es la historia más

inverosímil que he oído en mi vida. Aprovecharé la primera oportunidad para vigilar desde lejos. Esta noche no podré, porque tengo que ir a Hartford.

-¿Cómo es que intervienes en este asunto, Bruce? -demandó Harry. Sabía que Duncan no era agente de la Sombra, aunque en una ocasión había trabajado como tal.

-Pues -explicó Duncan-, me han comunicado algunas cosas y me han recomendado que sea discreto por mi propio interés. Recibí un recado de tu amigo Arma. Fui a verle a su oficina y me dijo que yo estaba en peligro.

-¿Qué clase de peligro?

-Algo relacionado con aquellas joyas que recibí de Rusia. No sé quién se ha enterado de que están en mi poder y el resultado es que me han sometido a una estrecha vigilancia. Arma me aconsejó que me ausentase con las debidas precauciones, pero yo le dije que no me parecía oportuno.

-¿Por qué?

Bruce Duncan se echó a reír.

-Cuando hay algún peligro me gusta estar cerca de él -declaró-. Arma insistió en que me marchase sin decirle a nadie adonde. Yo le contesté que no podía ir a ningún sitio. Entonces me dijo que volviese a verle un poco más tarde y cuando volví me propuso un plan.

-¿Qué fue?

-Servir de mensajero. Me dijo que tú estabas por aquí, también en peligro, y que sería conveniente que viniese a verte, y aquí estoy. Tengo instrucciones de telefonear a Arma desde Hartford, diciéndole si has concurrido a la cita. Quizá vuelva por aquí otra vez esta noche.

-No veo ninguna razón para que tú te encuentres en peligro, Bruce -dijo Harry lentamente-. No hay relación alguna entre las joyas y el Profesor Whitburn. Nada ha ocurrido que así lo indique.

-Sí -murmuró Bruce Duncan con excitación-. Ha ocurrido una cosa, pero yo soy la única persona enterada de ella. La he descubierto cuando venía aquí y daré cuenta de ella a Arma esta misma noche.

Harry advirtió en la excitación de Duncan que había hecho algún descubrimiento extraordinario. Escuchó atentamente sus explicaciones.

CAPÍTULO XXI
EL CUARTO DE LA TORRE

-En mi viaje desde Nueva York -comenzó a decir Bruce en voz baja-, me detuve en una pequeña población de Connecticut. Hablando con el empleado del garaje, me enteré de que algunas millas más allá hay una curva peligrosa. Un coche se había despeñado en ella por un precipicio. El conductor del coche se había matado, sin que pudiera ser determinada la causa del accidente. El automóvil estaba en el mismo garaje. Tenía roto el eje posterior, lo cual me hizo suponer que había recibido un golpe antes de despeñarse. Pregunté quién era el conductor del coche y me informaron de que no había podido ser identificado. Su cuerpo estaba en el depósito de cadáveres. También me dijeron que los números de matrícula que llevaba el coche eran falsos. Por una curiosidad morbosa que a veces me aflige, decidí ir a ver el cadáver. En cuanto le vi la cara le reconocí.

-¿Quién era?

-Berchik, el hombre que trajo las joyas desde Rusia. Le han matado porque sabía. ¿Dudas ahora de que me encuentre en peligro?

No, Bruce tienes razón. No dejes de transmitir esa información a Arma a fin de que...

-Llegue hasta la Sombra -Bruce Duncan terminó rápidamente la frase-. No dejaré de hacerlo.

-¿Has advertido alguna otra señal de peligro?

-Ninguna. Solamente...

-Solamente, ¿qué?

-No puedo comprender por qué esa muchacha, Arlette De Land, se toma tanto interés por mí. Fui presentado a ella por un alemán que conocí en mi viaje de regreso de Europa. No sé nada de él y no me extrañaría que Arlette fuera...

-Arlette no puede ser nada malo -interrumpió Harry-. Me salvó la vida en una ocasión, la noche antes de verte con ella. Me sacó de una situación muy apurada...

-Pero no quiso reconocerte después -exclamó Bruce.

-Lo admito -confesó Harry-. Pero era la misma muchacha. Me llamó antes de que emprendiera el viaje para venir aquí. Me previno contra este lugar, lo cual prueba...

-Lo cual prueba que está mezclada en estos asuntos -interrumpió Duncan, tranquilamente.

Estas palabras dejaron anonadado a Harry Vincent. Bruce Duncan había resumido en un momento la situación. Arlette debía de ser uno de los factores de los sucesos que se estaban desarrollando. Su presencia en «La Rata Colorada» no fue un accidente. Su amistad con Bruce Duncan; la llamada por teléfono...

-Tienes razón, Bruce -admitió Harry pensativo-. Tiene algo que ver con todo esto; pero no sé por qué tengo confianza en Arlette.

Librodot

-Yo, en cambio, prefiero encontrarme lejos de ella -replicó Duncan-. A pesar de todo, sigue mi consejo y ten cuidado.

Harry se dio cuenta de pronto de que hacía mucho rato que estaban hablando. El propósito de su encuentro estaba ya realizado y no era prudente continuar más tiempo.

-¿Cuándo nos veremos de nuevo? -preguntó a Bruce.

-No lo sé. Supongo que te avisarán lo mismo que esta vez.

-Entonces no olvides lo de la radio. Es importante. No puedo escuchar después de las ocho de la noche.

Harry dejó a su amigo y volvió cautelosamente a la tienda. En lugar de entrar en ella se dirigió al garaje y cerró sus tratos con el propietario. Quedó en que su coche sería guardado allí hasta que él regresase. A continuación regresó al muelle.

La lancha no estaba allí. Evidentemente, Stokes había regresado a la Isla de la Muerte. Aún no eran las diez y media. De pronto llegaron a oídos de Harry las explosiones del motor y la lancha apareció. Salió de detrás de una punta que se internaba en el lago.

Si Stokes venía de la isla había elegido una ruta bastante tortuosa. Harry se escondió entre los árboles. Sospechó que Stokes había escondido el bote en algún otro sitio, para visitar también el pueblo.

Esperó a que la lancha hubiese atracado y luego se acercó silbando por el camino. Entró en la barca sin saludar siquiera al que estaba en el timón.

Stokes tampoco le saludó. Inmediatamente puso el motor en marcha y emprendió el regreso a la isla. Harry le devolvió la lámpara de bolsillo con una sola palabra: -Gracias.

La Isla de la Muerte surgió de las tinieblas negra y silenciosa. No había aquella noche ni luces misteriosas ni fantasmas. Nada extraordinario aparecía en aquel trozo de tierra que se levantaba en medio del lago Marrinack.

Stokes entró en el estudio del Profesor Whitburn. Harry supuso que iba a dar cuenta de su regreso.

AL cabo de media hora de lectura, Harry decidió acostarse. Subió a su cuarto. Al pasar observó que la puerta que conducía a la torre estaba entornada.

La noche anterior se había dado cuenta de que su dormitorio estaba debajo de uno de los ángulos de la torre. El hecho le había preocupado, aunque no indicaba nada de particular.

Pero aquella noche creyó advertir unos ligeros golpes acompasados en la techumbre de su alcoba. De pronto cesó el ruido. Pasaron cinco minutos y comenzó de nuevo. Otro intervalo de quizá cinco minutos de silencio y a continuación otra breve serie de golpes rítmicos.

Harry no necesitó más. Antes había decidido que la torre necesitaba una investigación. Ahora estaba seguro de ello. La puerta entreabierta era una tentación.

Harry abrió la suya y salió al corredor. Se deslizó por él en silencio hasta llegar a la entrada de la torre. Estaba aún entornada.

Comenzó a subir la escalera. Caminaba muy despacio y llevaba zapatillas de fieltro. A pesar de todo, la madera crujía ligeramente.

La escalera era de caracol. AL salvar una de las vueltas, Harry observó que la estancia de arriba estaba iluminada. La luz era tan insignificante, que no podría ser vista desde fuera.

Harry acortó aún más sus pasos y llegó al final de los escalones. Pudo distinguir los objetos que había en la habitación, pues por un tragaluz entraban los rayos de la luna.

En cada rincón de la estancia había una máquina negra adosada a la pared y apenas discernible.

Pero en el centro había un objeto que inmediatamente atrajo la atención de Harry. Era además la causa de la ligera luz que había visto desde la escalera.

Sobre un pedestal había un globo enorme de metal brillante, que reflejaba los rayos de la luna. La superficie de la esfera era pulimentada y pareció fascinar los ojos de Harry.

Permaneció frente a ella, mirándola con asombro. ¿Cuál sería su utilidad?

Las máquinas de los rincones indicaban inventos materiales; pero la brillante esfera sugería la idea de lo sobrenatural. Harry había oído que objetos brillantes, especialmente esferas de cristal o de metal pulimentado, servían para producir el hipnotismo. ¿Era aquella bola lo que atraía las formas espectrales a la torre de la casa de la Isla de la Muerte? La tensión en que se encontraba la mente de Harry era tan grande, que a pesar de lo fantástico de la teoría estaba dispuesto a creer en ella, pues al contemplar la brillante superficie de metal se sintió poseído de una extraña influencia.

Se olvidó del lugar en donde se hallaba; perdió la conciencia de las cosas que le rodeaban y su mente comenzó a divagar.

Los golpes no se repitieron. Harry, por su parte, los había olvidado. Su cerebro estaba concentrado en la brillante esfera. Dio algunos pasos para acercarse a ella y se preguntó lo qué ocurriría si permanecía allí absorto en la contemplación de aquel misterioso globo.

Sintió por un instante la tentación de alejarse, pero no pudo vencer la fascinación. Se acercó un poco más. La brillante esfera estaba casi al alcance de su mano.

Harry extendió lentamente los brazos con un movimiento vacilante. Pensó que la tocaría solamente para saber si era de metal.

Pero antes de que sus dedos hubieran entrado en contacto con la superficie del globo, se sintió violentamente proyectado hacia atrás y arrojado al suelo por un hombre de grandes fuerzas que le cogió de improviso. Una mano le cerró la boca.

El joven no pudo resistir a su agresor. Había sido totalmente sorprendido cuando sus pensamientos estaban tan concentrados sobre otras cosas, que no se daba cuenta de lo que ocurría a

su alrededor.

Todo sucedió en una fracción de segundo. Para Harry fue casi simultánea su acción de extender las manos hacia la esfera y encontrarse tendido de espaldas y mirando a una cara con barbas.

El hombre que le había sorprendido era Crawford. Harry no tuvo ocasión de luchar ni de gritar. Presentía que se hallaba ante un gran peligro, pero estaba completamente indefenso. Su atacante había sido demasiado rápido en la agresión.

Desde el primer momento había considerado a Crawford como el más peligroso de los moradores de la isla. Hizo un último esfuerzo para luchar.

Crawford apretó los brazos y Harry se estremeció de dolor. Luego Crawford se inclinó hasta acercar los labios a su oído y habló en voz baja.

CAPÍTULO XXII
EL SECRETO DE LA TORRE

-Permanezca quieto -murmuró Crawford-. No haga ningún esfuerzo para moverse o...

No llegó a formular la amenaza, pero era clara la indicación. Harry no se movió.

-Escuche -continuó Crawford-, escuche con atención y obedezca. Haga lo que le digo, si no quiere morir. ¿Entiende?

Harry trató de hacer un gesto de asentimiento, a pesar de que el otro le oprimía la cara con ambas manos.

-Vuelva a su habitación -le ordenó-. Camine con cuidado para que nadie le oiga. Deje la puerta entornada y espere hasta que yo llegue.

Las instrucciones eran asombrosas. ¿Iba a dejarle en libertad? El pensamiento se le ocurrió a Harry como súbita esperanza.

-¿Entiende usted?

La pesada mano se levantó de los labios de Vincent.

-Si -murmuró Harry en respuesta.

-¿Obedecerá usted mis órdenes si le suelto?

-Sí -murmuró Harry de nuevo.

-Vaya, entonces.

Crawford se levantó, pero permaneció dispuesto para entrar en acción inmediatamente, en el caso de que Harry cambiase de opinión. Pero el hecho de que le dejase en libertad impresionó a

Harry.

Si Crawford fuera un enemigo no procedería en aquella forma. Harry estaba libre de volver a su habitación. Había dado su palabra a Crawford.

Bajó con pasos inseguros las escaleras. Al llegar al pasillo recobró su compostura y pasó en silencio por delante de las puertas cerradas, hasta que llegó a la de su cuarto. Dejó la puerta entornada y se sentó en la cama para esperar la llegada de Crawford.

EL barbudo individuo apareció algunos minutos después. Penetró en la estancia con pasos tan suaves como los de un gato y cerró cuidadosamente la puerta detrás de sí.

-No levante la voz -murmuró-. Guarde un silencio absoluto. ¿Sabe usted quién soy?

Harry movió la cabeza.

-He temido que no me reconociera -continuó el hombre de la barba-; por eso no le he revelado mi identidad arriba. Temía que no me creyese. -Se inclinó hacia Harry y agregó en un murmullo casi imperceptible-: Soy Vic Marquette.

-¡Del servicio secreto! -exclamó Harry.

-¡Silencio! ¿Recuerda usted aquella vez que trabajamos juntos?

-Sí -replicó Harry-, a la Sombra. Sé que existe aquí un peligro que...

-Ya lo sé. Esta barba es un disfraz perfecto y tiene la ventaja de ser natural. Yo le conocí a usted en cuanto le vi en el muelle.

-¿Por qué no me dijo usted quién era entonces?

-Porque no es ésa mi costumbre, Vincent. Los que han sido amigos una vez, pueden ser más tarde enemigos. Deseaba saber cuál era el propósito que le traía aquí.

-Yo mismo no lo sé -admitió Harry-. Tengo instrucciones de dar cuenta de todo lo que ocurra...

-A la Sombra, ¿no? -interrumpió Marquette.

-Sí -replicó Harry-, a la Sombra. Sé que existe aquí un peligro que afecta también al Profesor Whitburn, pero nada más.

-¿Qué ha observado usted hasta ahora?

-Nada que pueda explicar. Anoche aparecieron sobre la casa unas siluetas extrañas. Luego salió del lago una cosa que me pareció un fantasma. Esta noche he oído unos golpes en la torre y he subido para ver a qué obedecían.

Vic Marquette se echó a reír en silencio.

-Vincent -dijo-, estaría usted muerto en este instante si yo no le hubiera estado vigilando. Quizá no sabe usted qué ocurre en este lugar, pero sospecho que la Sombra está mejor enterado. Voy a confiar en usted, pues necesito su ayuda. La Sombra me salvó la vida en una ocasión y me ayudó a prender a una banda de falsificadores. Creo que está al lado de la justicia. -Se levantó de la silla en

que estaba sentado, miró fijamente a Harry y luego dijo-: ¿Cómo eran esas cosas que vio usted anoche por encima de la casa?

-Como espectros -admitió Harry.

Marquette se echó a reír de nuevo.

-Pues son torpedos aéreos -declaró-. EL resultado de los estudios del Profesor Whitburn,

-Pues a mí me parecieron fantasmas...

-Desde luego. Escuche, Vincent. EL Profesor Whitburn ha aportado una notable contribución a la guerra científica. Sus torpedos aéreos son perfectamente dirigibles. Anoche hizo volar algunos por medio de las máquinas que hay en los rincones de la habitación de la torre. Fueron lanzados poco después de las nueve.

-Ésa fue la causa de la estática en la radio -exclamó Vincent.

-En efecto, pues los torpedos son accionados eléctricamente. Luego regresan a su punto de partida. Están cubiertos de una capa de pintura luminosa para poder observar su trayectoria.

-Pero, ¿qué fue lo que salió del lago?

-Yo fui la causa de eso -dijo Marquette-. El Profesor cree que puede inventar un torpedo submarino, pero capaz de remontarse en el aire al llegar a la superficie del agua. En una habitación del sótano de esta casa hay instalado un tubo lanzatorpedos. Cuando recibí su señal disparé uno por debajo de las aguas del lago. Se levantó por encima de la superficie, pero no llegó a remontarse en el aire. El Profesor estaba observando desde la torre.

Los extraños sucesos de la noche anterior estaban aclarados, pero Marquette tenía aún otras cosas que explicar.

-Empezaré por el principio -dijo-. Aquí han ocurrido muchas cosas. El Profesor Whitburn creyó que podría revolucionar la guerra moderna por medio de la invención de un torpedo aéreo. Logró interesar a un individuo llamado Jonathan Graham.

-Graham ha muerto -anunció Harry.

-¿Qué? ¿Cómo?

-Dicen que se suicidó. Se arrojó por la ventana de su oficina.

-Esto tiene mal aspecto -dijo Marquette-. ¿Cuándo ha ocurrido eso?

Harry le dijo la fecha.

-Por eso es por lo que Stokes perdió los periódicos dos días seguidos. Whitburn se puede haber enterado por carta, pero yo no sabía nada. Ahora tengo otras cosas más importantes que referirle. Graham proporcionó a Whitburn una independencia económica y el Profesor alquiló esta casa. EL servicio secreto se enteró en parte de lo que ocurría y me encargó a mí de que averiguara el resto. Cuando conseguí obtener un empleo aquí, Whitburn tenía un ayudante, un individuo que se llamaba Blades. Luego vino Stokes. Cada uno de nosotros tiene asignado un trabajo experimental

diferente. Ninguno puede averiguar cosas de importancia. Si Whitburn tiene planos, los hace él mismo y los guarda cuidadosamente. Blades murió violentamente cuando estábamos construyendo el torpedo. Una rueda se desprendió de la máquina en que estaba trabajando en la bodega. El juez consideró el hecho un accidente. Yo había avisado al servicio secreto que se suspendiesen toda clase de diligencias, pero no fue necesario que interviniese. Poco antes de la muerte de Blades fue contratado Marsh. De esta manera sólo quedábamos tres hombres trabajando aquí. Mucha gente solicitó la plaza de Blades; por fin la consiguió un individuo llamado Barrows. Este murió también. Estaba trabajando en el laboratorio e hizo una mixtura que produjo un gas venenoso. Me pareció extraño que cometiera semejante error y que no lograse salir a tiempo de la habitación. Luego me tocó a mí. Una lancha vieja que teníamos se hundió conmigo en medio del lago. Se empezó a llenar de agua al separarme del embarcadero y cuando me di cuenta era demasiado tarde. Le había dicho al Profesor que no sabía nadar, pero que no tenía inconveniente en tripular el bote. Lo que quise decir es que soy un mal nadador, no que no sepa sostenerme en el agua en absoluto. Conseguí llegar hasta la orilla. Es la distancia más larga que he nadado en mi vida.

-Parece como si alguien estuviera dispuesto a quitarnos a todos de en medio -dijo Harry, aprovechando una pausa de Marquette-. ¿Quién es? ¿Stokes?

-Sí.

Harry movió la cabeza. Empezaba a comprender.

-¿Y Marsh?

-Marsh es un caso diferente. Creo que Stokes le ha conquistado. Opino que estos asesinatos tienen un doble objeto. Primero, suprimir a la gente que no conspira contra Whitburn. Segundo, instalar en su lugar cómplices de Stokes. No sé si Marsh era uno de ellos desde el principio o si Stokes se ha ganado después su cooperación.

-Entonces mi empleo tenía que haber sido ocupado por otra persona.

-Ni más ni menos, pero el Profesor Whitburn le prefirió a usted al hombre que había de trabajar con Stokes. No he podido ver la lista de los solicitantes. Eso es lo malo aquí. El viejo guarda celosamente todas sus acciones. Tan pronto como le vi llegar comprendí que tenía usted algún propósito, y dudé de que fuera el hombre deseado por Stokes, pero no quise revelar mi juego hasta estar seguro. Stokes debió de verle a usted mirando anoche a la torre, porque...

-Marsh me ha visto esta mañana que la estaba inspeccionando.

-Así se explica todo. ¿Dónde ha ido usted esta noche?

-A reunirme con un hombre en el pueblo -dijo Harry-. Tenía que enviar un informe a...

-A la Sombra. -Marquette suplió el nombre que los labios de Harry se resistían a pronunciar-. Quizá Stokes le siguió. No volvió por aquí.

-Lo he sospechado.

-Le viera o no le viera reunirse con ese otro hombre, decidió que usted está aquí también con un propósito diferente del suyo. Eso necesitaba una acción inmediata.

»Cuando he subido esta noche a mi habitación he observado que la puerta de la torre estaba entornada. Me puse a vigilar desde mi habitación y vi que Stokes subía y bajaba al cabo de un rato.

-Estaba dando golpes ahí arriba para atraer mi atención.

-Yo no oía nada desde mi cuarto. Stokes volvió a subir para bajar inmediatamente. Dejó pasar cinco minutos y repitió la operación...

-Despertando mi interés -interrumpió Harry-. ¡Qué cándido he sido!

-Después le he visto a usted salir de aquí -continuó Marquette. Esperé cinco minutos, temiendo que Stokes le estuviera vigilando también. Luego, dándome cuenta de su plan y de que no había tiempo que perder, le seguí a la torre.

-Pero, ¿por qué ha caído usted sobre mí de aquella manera? Me podía usted haber hablado.

-Hubiera sido demasiado tarde -declaró Marquette solemnemente.

-¿Demasiado tarde?

-Sí. Si hubiera pasado unos segundos más hubiera usted muerto en la forma proyectada por Stokes.

-¿Cómo?

-Por el contacto con la esfera de metal. Esa esfera es lo que dirige los torpedos aéreos y pasa por ella una poderosa corriente eléctrica, que le hubiera matado a usted en el acto. Tiene un interruptor en la base que está generalmente cerrado, pero que Stokes ha dejado esta noche abierto.

-Pero el Profesor Whitburn hubiera sospechado...

-No hubiera sospechado nada. Hubiera creído que todo era culpa de usted. No tenía usted nada que hacer en la torre y al entrar en ella lo hacía usted bajo su exclusiva responsabilidad.

Harry tembló al darse cuenta de la verdad que encerraban las palabras de Marquette. Había escapado a la muerte por una fracción de segundo.

El agente del servicio secreto se dirigió en silencio hacia la puerta.

-Recuerde -dijo-. Silencio absoluto. Llámeme Crawford. Tengo confianza en usted. Ahora somos dos contra dos.

Librodot

CAPÍTULO XXIII
UNA REUNIÓN DE LOS ROJOS

Claudio Arma recibió un informe de Bruce Duncan en la tarde del día siguiente. No lo leyó; lo metió en un sobre y lo envió a la oficina de la calle Veintitrés.

El informe de Duncan fue leído por la Sombra a primeras horas de la noche.

El ópalo de fuego brillaba como el ojo de un monstruo, mientras unas manos delgadas sostenían la página escrita.

La información que Harry Vincent enviaba por medio de Bruce Duncan, no aclaraba gran cosa. Si el mensaje hubiera sido enviado algunas horas más tarde, hubiera incluido las asombrosas revelaciones de Vic Marquette.

Pero en el momento de transmitirlo, las impresiones de Harry eran de espectros y no de torpedos aéreos.

Pero Duncan había incluido en el informe sus propias revelaciones. Había reconocido el cadáver de Berchik. El párrafo que se refería a este descubrimiento estaba subrayado con lápiz. Se apagó la luz de la lámpara.

El silencio más profundo reinó en la habitación. La Sombra había salido en pos de alguna nueva misión.

Una hora más tarde, el vigilante sedán estaba estacionado frente al domicilio del Príncipe Zuvor. Uno de sus ocupantes se apeó y se encaminó hacia la primera esquina de la avenida. Un taxi pasó en aquel momento. El hombre le llamó y dio al taxista una dirección.

Poco después dejaba el vehículo; caminaba lentamente por un espacio y tomaba un nuevo taxi. El segundo vehículo fue inmediatamente seguido por el que acababa de dejar.

El coche perseguidor se mantuvo a una distancia respetable, pero el conductor no perdía su pista. Cuando el primer coche se detuvo, el segundo le imitó.

El pasajero del primer vehículo anduvo algunos pasos y se metió bruscamente por un callejón entre dos almacenes. El segundo taxi permaneció inmóvil.

Llegó otra persona que también se internó por el callejón.

EL chofer del segundo taxi se apeó entonces de su asiento y entró en el interior de su coche. Cuando volvió a salir era apenas visible. La única señal que se pudo advertir de su salida fue una mancha negra que apareció momentáneamente en la acera.

Una tercera persona penetró en el espacio entre los dos almacenes.

Caminaba con cautela y mirando de cuando en cuando detrás de sí. Pero no vio nada. ¿Cómo podría observar nada en un lugar donde hasta las sombras eran invisibles?

El hombre entró por una puerta. Una débil luz derramaba sus rayos sobre la acera. Una

Librodot

mancha apareció allí.

Pero no fue advertida por nadie. La puerta se cerró.

Otros individuos fueron llegando a la reunión. Entraban caminando a tientas por las tinieblas del sótano. Cuando todos hubieron entrado, una mano abrió suavemente la puerta, y una silueta alta e imprecisa entró en la antecámara.

Se acercó a la puerta del cuarto en que se celebraba la reunión y permaneció allí inmóvil, escuchando.

Al cabo de algunos minutos, se abrió la puerta y un hombre cubierto por un capuchón salió de la antecámara. No llegó a advertir la presencia de la extraña figura, pues ésta, al moverse el tirador de la puerta, se apartó y se confundió con las sombras que invadían el rincón opuesto de la estancia.

El hombre que había salido era Prokop. Fue llamando a todos sus agentes, uno por uno, y los fue despidiendo. El procedimiento fue rápido hasta que llegó al agente M.

Prokop habló con él:

-¿Sigue usted vigilando al Príncipe Zuvor? -le preguntó.

Sí -replicó el agente-. Hace pocas noches tuvo una visita.

-¿Siguieron ustedes al visitante cuando salió?

-Sí, pero consiguió eludir nuestra persecución.

-Tuvieron ustedes poco cuidado -dijo Prokop con irritación.

-Aquel hombre debía de ser el diablo en persona -declaró el agente M-. Seguimos sus pasos, pero, no sabemos cómo, consiguió escapar delante de nuestros mismos ojos.

-Que no vuelva a ocurrir.

EL agente salió.

Prokop murmuró, como hablando para sí:

-Esto se contará contra Zuvor. Quizás ahora podamos proceder contra él.

Llamó al agente K. Un minuto después, Fritz Block, el criado alemán de Zuvor, estaba ante Prokop.

-¿Ha tenido una visita el Príncipe Zuvor? -preguntó el jefe de los agentes rojos.

-Sí. Lamont Cranston.

-¿Quién es?

-Un millonario.

-¿Para qué visitó al Príncipe Zuvor?

-Para hablar de Rusia. Vendrá de nuevo.

-¿Cómo salió?

-Por la puerta principal.

-¿Le ofreció Zuvor alguna de sus salidas secretas? -Prokop hizo la pregunta en tono

sarcástico.

-Sí, pero él se negó a aceptarla. Zuvor le dijo que tenía enemigos que esperaban fuera, pero él no quiso hacer caso.

-Vigile a ese hombre otra vez que vuelva -advirtió Prokop.

Después de salir Fritz, Prokop llamó al agente C, que era un individuo de modales reposados y que miró fijamente a su enmascarado jefe.

-¿Viene usted de la isla? -demandó Prokop.

-Sí. He hablado esta mañana con el agente E.

-¿Qué progresos ha hecho?

-No ha podido apoderarse de los planos. Tiene esperanzas, pero pide que tenga usted paciencia. Ha logrado catequizar a su compañero Marsh, que le ayuda en su trabajo.

-¿Y el otro?

-Crawford es un peligro. El agente E ha tratado de quitarle de en medio, pero no lo ha podido lograr. Blades y Barrows han sido eliminados, pero queda Crawford y un nuevo ayudante que se llama Vincent.

-¿Qué se ha hecho con este último?

-El agente E trató de eliminarle anoche, pero fracasó.

-No debe fracasar.

-No siempre puede tener éxito. Recuerde que sus planes tienen que ser muy sutiles, pues una precipitación podría ser fatal. Una muerte no debe ocurrir demasiado pronto después de otra, sin que haya motivos muy fundados para ella.

-Es cierto.

-Vincent tuvo ayer una entrevista con otra persona en el pueblo del lago Marrinack.

-¿Cuándo?

-Por la noche. En vista de ello, nuestro agente quiso suprimir inmediatamente a Vincent.

Prokop se quedó un momento pensativo.

-¿No podría enviarnos uno de los torpedos? Tal vez nos serviría lo mismo que los planos.

-Le he interrogado sobre eso -replicó el agente C-. Hace dos noches estaba vigilando desde la orilla y vi que uno de los torpedos caía en el lago y que Crawford salía a recogerlo dos horas después. Pero hubiera sido inútil para nosotros. El secreto está en el mecanismo de que se sirve para lanzarlos, no en los torpedos mismos.

-¿Ha examinado nuestro agente ese mecanismo?

-Sí, pero hay ciertas piezas desconocidas que el Profesor aplica solo y que retira después. Hay cosas que no ha revelado a ninguno de sus ayudantes.

-Entonces, ¿cómo podremos conocer los planos sí los encontramos?

Librodot

-Nuestro agente sabe lo suficiente para identificarlos si los ve. Sólo necesita algunos diagramas; pero lo que le falta es indispensable.

Prokop hizo un ademán como para despedir al agente, pero le llamó de nuevo para decirle:

-Es preciso suprimir a Vincent lo antes posible. Dé instrucciones en este sentido al agente E.

-Está bien.

-Puede dejar a Crawford en paz por algún tiempo. Evidentemente, desempeña un papel importante en los trabajos del Profesor. Hasta ahora no nos ha molestado. Pero la supresión de Vincent es urgente.

El agente se inclinó y salió de la habitación. Prokop abrió de improviso la puerta que conducía al lugar de las reuniones.

-¿Qué hace usted aquí, escuchando junto a la puerta? -exclamó.

Una figura pequeña y enmascarada entró en la antecámara. El último agente se quitó su disfraz y Arlette De Land se irguió ante Prokop.

-Agente R -dijo éste con severidad-, la he dejado permanecer hasta el final porque he sospechado que escuchaba usted las instrucciones que les doy a los otros agentes. No ha sabido usted realizar el trabajo que se le ha encomendado. Haga el favor de decirme ahora lo que ha oído mientras escuchaba.

-Lo que hace usted ahora es buscar excusas -replicó la joven-. Pero a menos que tenga usted instrucciones que darme, me voy.

Prokop la cogió por una muñeca cuando se dirigía a la puerta.

-No se irá usted-gritó.

Arlette retrocedió hacia un rincón, el mismo rincón en que las sombras oscurecían la pared.

Una mano salió de entre las sombras, una mano blanca que se extendió por encima de la cabeza de la joven.

Ni Prokop ni Arlette la vieron.

En el índice y el pulgar de aquella mano había algunos granos de polvo negro. Los dedos se juntaron violentamente. Brilló un relámpago, se produjo una nube de humo y un ruido sibilante.

Prokop lanzó un grito y retrocedió, llevándose las manos a la cara. El relámpago le había cegado. Los vapores de la pólvora penetraron en su nariz.

Quedó por el momento incapacitado de hacer nada.

Arlette salió corriendo de la habitación. No podía explicarse lo ocurrido.

Sólo había visto aquel relámpago brillante por encima de su cabeza. EL extraño suceso la proporcionó la ventaja que necesitaba para escapar.

Cuando Prokop se repuso del inesperado ataque, se quitó la capucha y se quedó mirando con

asombro al rincón. La visión había vuelto, pero no veía nada allí, pues la misteriosa sombra salió de la estancia inmediatamente de la huida de Arlette.

Prokop rugía al guardar su disfraz en el arca. No pudiendo comprender lo ocurrido, decidió que Arlette misma había causado la explosión y que había venido preparada para aquella contingencia.

El jefe de los agentes rojos salió del edificio. AL llegar a la esquina miró a su alrededor, buscando un taxi. Uno apareció en seguida. Prokop no sabía que aquel taxi le había seguido hasta allí.

Dejó el taxi ante una estación del ferrocarril aéreo. Subió las escaleras y tomó un tren.

Cuando el tren llegó a la estación siguiente, el mismo taxi esperaba al pie de la escalera. Prokop no descendió por ella.

El taxi continuó siguiendo la línea y llegó a la segunda estación un momento después de haber partido el tren. Prokop no estaba allí tampoco.

El taxi continuó su loca carrera, sin hacer caso de las regulaciones del tráfico y llegó a la tercera estación cuando el tren arrancaba. Cuando se detuvo frente a la escalera, Prokop descendía por ella.

-¿Taxi, señor? -le preguntó el chofer.

Prokop entró en el coche. Nunca se le ocurrió que pudiera ser el mismo de antes. Los taxis de Nueva York son todos iguales.

Prokop dejó el coche después de una corta carrera, y se dirigió a buen paso hacia la casa en que vivía. Entró en el portal y una vez dentro volvió la cabeza, pero sólo vio las profundas sombras de la entrada. Tomó el ascensor.

No vio una sombra que ascendía silenciosamente la escalera hasta el segundo piso. El ascensor se detuvo en el tercero y Prokop salió lentamente de él y se dirigió a su cuarto sin volver la cabeza; de aquí que no viera un movimiento que se produjo en el oscuro descansillo de la escalera.

Pocos minutos más tarde un taxista aparecía a la puerta de la casa. Apuntó el número de la vivienda de Prokop, junto con el nombre que aparecía en una chapa de metal sobre la puerta: Henry Propert.

Luego se alejó del edificio y volvió a su coche. Metió un lío de ropas negras debajo del asiento y se dirigió hacia el centro de Manhattan. Por el camino recogió un pasajero y le dejó caer cerca de la calle Cuarenta y dos.

EL pasajero prestó muy poca atención a la cara del chofer cuando le pagó el viaje. No abrigaba la más ligera sospecha de que el hombre que le había conducido fuera el personaje más misterioso de Nueva York, el maestro en el arte de perseguir el crimen y cuyo nombre era el terror de la gente de mal vivir: la Sombra.

Librodot

CAPÍTULO XXIV
LA MISMA NOCHE

La reunión de los Rojos se había celebrado a primeras horas de la noche.

Aún no eran las doce, cuando el misterioso taxista se encaminaba hacia el Norte en otro coche.

Pero ahora era un personaje totalmente diferente. Estaba sentado en el interior del vehículo; iba impecablemente vestido y su aspecto era el de un hombre joven y bien cuidado: Lamont Cranston, el millonario.

EL coche se detuvo frente a la residencia del Príncipe Zuvor, Lamont Cranston llamó a la puerta e Iván le admitió en la casa. Hizo un profundo saludo y condujo al visitante al salón del segundo piso. El Príncipe Zuvor sonrió al aparecer entre las cortinas. Parecía grandemente complacido por la llegada de Cranston y sus primeras palabras fueron una pregunta.

-¿Qué ocurrió la otra noche? ¿Fue usted seguido por alguien?

-No sé si sería imaginación -replicó Lamont Cranston-, pero me pareció que alguien me seguía la pista. Cambié de taxi varias veces y por fin tomé una limosina de un amigo mío que estaba cerca de la calle Cuarenta y dos. La dejé en el Club Landis y después ya no tuve dificultad alguna.

-Me sorprende que se haya usted arriesgado a hacerme otra visita -continuó Zuvor con una ligera sonrisa-. Le dije a Iván que le recibiría como a un amigo cuando viniera usted, si es que volvía alguna vez, pues me temía que le seguirían y que ello le desanimaría.

-De ninguna manera -repuso el millonario-. En realidad esta noche he venido sólo para algunos minutos. Quisiera hablar con usted de una cosa, no ahora, cualquier otro día. ¿Cuándo le parece a usted mejor?

Zuvor pensó algunos momentos, como si tratase de hacer un plan que fuera conveniente para ambos.

-¿Le conviene dentro de una semana justa, a las nueve en punto de la noche?

-Magnífico -convino Lamont Cranston-. Ya verá usted como soy puntual en mis citas.

-Pensemos ahora en esta noche -continuó el Príncipe Zuvor-. Ha sido una imprudencia venir tan pronto después de su primera visita; por eso propongo un intervalo de una semana antes de que vuelva otra vez. Creo que esta noche debería usted salir con más secreto.

El Príncipe Zuvor miró a su reloj; eran cerca de las doce.

-¿Tiene usted una cita en alguna parte? -preguntó Lamont Cranston.

-No, no -replicó rápidamente Zuvor-. Salgo poco de esta casa, como usted sabe. Permanezco en ella la mayor parte del tiempo con mi criado o, mejor dicho, con mis criados.

-¿Tiene usted más de uno?

-Sí. Iván Shiskin, que es el que le ha abierto la puerta y un alemán que se llama Fritz Bloch. En este momento no está en casa.

-¿Y es prudente que permanezca fuera hasta tan tarde?

-No hay ninguna razón para impedírselo. Además de ser un subalterno, no es ruso, por lo tanto no está bajo la vigilancia de los rojos.

-Podría ser sobornado por ellos -observó Cranston-. Yo tendría cuidado con él.

-No hay nada que temer de Fritz -replicó el Príncipe con indiferencia-. De todas maneras, Iván y yo le vigilamos un poco. No creo que le tenga mucho tiempo a mi servicio; tiene poco que hacer y está fuera la mayor parte del tiempo.

Era bastante después de la una cuando por fin Cranston se levantó para decir adiós.

Zuvor le recordó cortésmente el peligro que le esperaba en la puerta de la casa.

-¿No quiere usted probar mí salida secreta? -propuso-. Es un procedimiento que nunca falla. Lo he utilizado en diversas ocasiones.

Lamont Cranston expresó un inmediato interés.

-¿Se refiere usted al mismo camino por el cual escapó aquel hombre de quien usted me habló? -preguntó-. Ya sabe usted a quien me refiero, pero el nombre se me ha olvidado.

-¿Berchik?

-Sí, Berchik-. Berchik está ahora de camino para Australia. Gracias a mí pudo salir de Nueva York, pero creo que usted desea permanecer en la ciudad. Le explicaré el camino que yo mismo he seguido muchas veces y que tengo reservado para mis amigos.

Zuvor tocó el timbre y apareció Iván. La cara de aquel hombre carecía de expresión. El Príncipe le habló en ruso. Lamont Cranston comprendía el idioma perfectamente.

Zuvor le explicó que el millonario era un amigo del difunto zar. Cuando le dijo que Cranston llevaba la insignia de la Estrella, la cara de Iván se iluminó con genuina admiración.

EL Príncipe se apartó a un lado con Cranston y le explicó su procedimiento para escapar.

-Entre usted por la puerta lateral de la casa que está a la espalda de ésta. Suba hasta el tercer piso; la casa está vacía. Allí encontrará usted una escalera de mano por la cual podrá subir hasta una puerta que conduce al tejado. La casa contigua es un almacén. Encontrará usted un tramo de escalera que le llevará al piso quinto de ese almacén. Baje en el ascensor hasta el piso bajo. Siga un pasillo que hay allí, hacia la izquierda, y se encontrará usted en un garaje. Allí hay taxis que entran y salen constantemente toda la noche. Podrá usted tomar uno sin dificultad. Los que me vigilan no tienen idea de la existencia de esta salida. El ascensor está instalado de manera que una persona que se meta en él no le puede hacer subir hasta el quinto piso. Pero desde el quinto piso mismo se le puede hacer funcionar en todos sentidos sin dificultad alguna.

-Y si no se puede subir en el ascensor, ¿cómo puede usted volver por ese procedimiento? -

Librodot

inquirió Cranston.

-Vuelvo generalmente por otro camino -repuso Zuvor-. Pero si yo quisiera volver o hacer venir a alguien a través del almacén, Iván puede estar esperando en el quinto piso a la hora acostumbrada para hacer funcionar el ascensor.

-Su plan es bueno -convino el millonario-; pero, ¿está usted seguro de que los rojos no sospechan nada?

El Príncipe Zuvor se encogió de hombros.

-Es posible -admitió-. Pero hasta hace pocas semanas estoy seguro de que no sospechaban nada. Por eso tengo este plan reservado sólo para salir. No sería prudente utilizarlo para entrar. Vaya usted con Iván; él le acompañará y, además, le disfrazará de manera que nadie le podrá reconocer aunque le viera.

Cranston miró al sirviente ruso.

-Iván -explicó el Príncipe Zuvor-, estaba empleado en el Teatro Imperial de San Petersburgo y es muy diestro en el arte del maquillaje. Le aconsejo que ponga a prueba su habilidad.

-Perfectamente.

Cranston saludó al príncipe y luego siguió a Iván. EL ruso le condujo hasta una habitación interior del piso bajo. Sacó algunas cajas de lápices de teatro.

-Con un bigote retorcido hay suficiente -le dijo Cranston, en correcto ruso.

Iván siguió sus instrucciones. Luego saludó y señaló la puerta. Cranston salió a un callejón; llegó sin dificultad hasta la puerta lateral de la casa indicada. Entró y cerró la puerta detrás de sí.

El millonario subió cautelosamente las escaleras; llegó al tercer piso y salió al tejado por medio de la escalera de mano, tal como le había indicado el príncipe. Luego bajó al almacén. La silueta de Cranston se había hecho casi invisible en la oscuridad. Los escalones que conducían al piso quinto del almacén estaban pintados de blanco. Abrió una puerta y se encontró en una habitación grande y con muchas ventanas, hasta donde llegaba la luz de los faroles de la avenida.

Apretó el botón del ascensor y aplicó el oído a la puerta para escuchar como subía. El ruido del mecanismo parecía tener algún significado para él.

El ascensor llegó al quinto piso y se detuvo con una brusca sacudida.

Lamont Cranston no abrió la puerta, sino que se dirigió a otra contigua.

Cranston se había convertido en la Sombra. La metamorfosis comenzó cuando salió de la residencia del Príncipe Zuvor.

Metió una delgada herramienta de acero por el ojo de la cerradura. La puerta se abrió. Conducía a una escalera que descendía a los bajos del almacén.

El ser que descendió por aquella escalera era total y absolutamente invisible.

La Sombra cerró la puerta detrás de sí y se dirigió al piso bajo por medio de la escalera en lugar de utilizar el ascensor.

Llegó al piso bajo. Se acercó a la puerta del ascensor y apretó el botón para hacerle descender desde el quinto piso. El resultado fue un chasquido; el ascensor se precipitó violentamente desde la altura y se estrelló contra el suelo del sótano.

Una mano criminal había instalado un mecanismo secreto en el ascensor.

Los rojos habían planeado una muerte cierta para quienquiera que saliese de la casa del Príncipe Zuvor por medio del camino secreto. Cuando el ascensor llegó al quinto piso, puso automáticamente en marcha el mecanismo.

Una vez más la Sombra había burlado a los que trataban de arrebatarle la vida.

CAPÍTULO XXV
LA SOMBRA ESCUCHA

Prokop estaba en su casa sentado en un sillón, con los ojos fijos en la pared.

Estaba de mal humor. Prokop era un hombre útil y astuto, pero carecía de sutileza y de tacto. No le gustaban los trabajos demasiado largos. Ésta era la causa de su mal humor.

Habían pasado veinticuatro horas desde la última reunión, en que había visto burlados sus esfuerzos para detener a Arlette.

Esperaba también que el Enviado Rojo le visitase en sus habitaciones, pero esperó hasta después de la una y el hombre misterioso no se presentó.

Prokop estaba pensando en él en aquel momento. El agente de Moscú estaba maravillosamente bien informado. Parecía tener un acceso desconocido a los secretos de la organización.

Prokop estaba resentido por aquella vigilancia, pero al mismo tiempo temía al Enviado Rojo y Prokop era el tipo de hombre que respeta a aquellos que teme.

En el curso de aquel día se había enterado de un acontecimiento de interés.

El ascensor de un almacén próximo a la residencia del Príncipe Zuvor se había estrellado contra el suelo. La noticia llegó hasta él por medio de los periódicos y no a través de ninguno de sus agentes.

El hecho de que el ascensor se hubiera estrellado era interesante, pero el que no se hubiera encontrado un cadáver entre los escombros, era una decepción.

Pues Prokop se había enterado de la existencia de aquel ascensor por medio de su agente

Librodot

Fritz Block, el criado del Príncipe Zuvor y el mecanismo había sido ajustado para una catástrofe. Pero Prokop esperaba que en ella pereciese alguien.

Un ligero ruido interrumpió las meditaciones de Prokop. Levantó la cabeza y se encontró ante el Enviado Rojo. El misterioso personaje había llegado sin ser visto y entrado en el piso sin ser oído.

Estaba mirando a Prokop y sus labios formaban una línea delgada por debajo de su bermejo antifaz. No pronunció una palabra. Esperaba las manifestaciones de su subordinado.

Cuando éste se repuso de su asombro, se acercó a la librería y sacó sus informes. AL volverse, vio que el Enviado Rojo se habla sentado en su sillón.

-Tengo pocos progresos que comunicar -anunció Prokop, de mala gana.

-Lo esperaba -replicó el Enviado Rojo-. Por eso no le visité anoche.

Prokop se puso un poco nervioso. Su jefe estaba entre él y la puerta.

Al mirarle, creyó advertir una sombra extraña detrás de él. Miró un momento y luego, pensando que la brusca llegada del Enviado Rojo había perturbado su imaginación, puso toda su atención en los informes.

-EL agente C estuvo presente en la reunión de anoche y me comunicó las novedades respecto de Whitburn -comenzó a decir lentamente-. Dice que el agente E comienza a obtener resultados, pero que teme tomar medidas demasiado bruscas.

-¿Qué ha hecho usted en relación con Vincent, aquel individuo que tenía que ser vigilado en el hotel Metrolite?

-El agente F se hospedó en el Hotel Metrolite, con el nombre de Ernest Manion, para vigilarle. Vincent recibió una carta; Manion pudo apoderarse de ella, pero resultó ser una hoja de papel blanco. La hemos sometido a toda clase de pruebas químicas, pero no aparece en ella ninguna escritura. Se trataba, sin duda, de una estratagema, pues mientras el agente F se ocupaba de obtenerla, Vincent salió del hotel. Después he recibido un mensaje del agente E, el que está empleado en casa de Whitburn bajo el nombre de Stokes. Supo que el Profesor pensaba contratar a Vincent para llenar una vacante entre sus empleados.

Prokop miró al Enviado Rojo, esperando de él alguna señal de aprobación, pero el enmascarado no hizo el menor gesto.

-El agente F dio cuenta más tarde de haber encontrado de nuevo la pista de Vincent y que esperaba instrucciones. Le di cuenta de que Vincent se dirigiría en breve al lago Marrinack y le ordené que le siguiera hasta allí. Vincent no volvió al Hotel Metrolite, sino que se hospedó en el Baronet. A la mañana siguiente consiguió eludir de nuevo al agente F, pero apareció, como esperábamos, en el lago Marrinack.

-¿Está allí ahora? -preguntó el Enviado Rojo.

-Sí. El agente E trató de suprimirle por un procedimiento que hubiera tenido el aspecto de un accidente, pero Vincent no cayó en la trampa. Poco tiempo antes había estado en comunicación con otra persona.

-Debe ser eliminado inmediatamente.

-He dado instrucciones al efecto al agente E. Le he dicho que proceda con rapidez.

-Envíele nuevas instrucciones. Debe conseguir los planos a la mayor brevedad posible. Ha hecho usted grandes cosas en el pasado, Prokop, pero ésta es su misión más importante. No podemos perder más tiempo.

Prokop tomó algunas notas antes de pasar al asunto siguiente.

-El agente R no ha hecho ningún progreso en la misión que se le encomendó acerca de Bruce Duncan. Duncan ha salido de Nueva York y ella no sabe adónde ha ido. El agente R es negligente.

-Encargue usted a otro agente de ese asunto. No es necesario que obtenga resultados inmediatos, aunque siempre es preferible. Lo de Whitburn es lo más importante.

Prokop asintió y el Enviado Rojo no dijo más sobre el particular. Prokop continuó dando cuenta de las operaciones.

-Ahora pasamos al Príncipe Zuvor. Ya le tengo dicho que se trata de un hombre peligroso. Ha recibido la visita de un millonario llamado Lamont Cranston, que lleva las insignias de la Orden de la Estrella. -La voz de Prokop adquirió una rota de triunfo, y creyó advertir señales de asombro por parte del Enviado Rojo-. Eso significa un complot -agregó enfáticamente-. El Príncipe Zuvor es una amenaza para nuestra causa y habría que hacer en él un escarmiento.

-¿Tiene usted muchas ganas de matar al Príncipe Zuvor? -demandó el Enviado Rojo.

-Sí -confesó Prokop-. Todos mis agentes se maravillan que siga viviendo. Tenemos tres hombres dedicados exclusivamente a su vigilancia y un acecho largo sin resultados, es perjudicial para su moral. Tengo un plan para acabar con él y le pido permiso para ponerlo en práctica.

-¿Qué plan es ése?

-Nuestro agente K, Fritz Block, es uno de los criados de Zuvor, y desea su muerte más que ninguno de los otros. Ha oído decir tantas cosas contra nuestra causa en aquella casa...

-Comprendo -le interrumpió el Enviado Rojo-. Siga explicando su plan.

-Consiste -continuó Prokop-, en dar al gente K una de nuestras bombas graduadas, para que la instale en casa de Zuvor. Así acabaríamos de una vez con ese Príncipe y con su criado zarista, Iván Shiskin.

El Enviado Rojo se quedó un momento pensativo, como considerando los méritos del proyecto de Prokop.

-Entregaría la bomba en una de las reuniones -insistió Prokop-, en presencia de todos los

Librodot

agentes...

EL Enviado Rojo levantó una mano.

-¿Qué ocurrió anoche en casa del Príncipe Zuvor? -demandó.

-No lo sé -confesó Prokop.

-Hubo un accidente en un ascensor por allí cerca... -comenzó a decir el Enviado Rojo.

Prokop sonrió al interrumpir, admirando la penetración de su jefe. Sabía que el accidente era obra de los agentes rojos, aunque Prokop no le había dicho que sus hombres hubieran intervenido en él.

-Ese ascensor era uno de los medios que tenía el Príncipe Zuvor para salir de su casa sin ser visto. Un hombre debía de haber muerto en el accidente, pero, no sé cómo, logró escapar,

-¿Quién era?

-Cranston, quizás. Aún no he llamado al agente G para saber sí Fritz Block ha dado algún parte.

-Llame inmediatamente.

Prokop fue al teléfono y marcó un número. Tenía un procedimiento ingenioso para comunicar con sus agentes. En cada una de las reuniones se daba un número de teléfono nuevo, en el cual uno de los agentes, generalmente, el agente G estaba de guardia. Todos los partes habían de ser comunicados a aquel número. Prokop, por el mismo medio, podía estar enterado de lo que hicieran sus hombres y darles instrucciones.

Aquella noche preguntó si el agente K había llamado. Recibió una respuesta afirmativa y comenzó a tomar notas. Fritz Block había enviado un mensaje cifrado.

El mensaje cifrado no significaba nada cuando estuvo copiado por Prokop.

Por medio de una clave que sacó de entre sus papeles, lo tradujo e informó de su contenido al Enviado Rojo.

-Fue Cranston quien estuvo anoche en casa de Zuvor -dijo-. El Príncipe le hizo salir utilizando uno de sus caminos secretos. Alguna cosa no debió de funcionar bien. Tal vez el ascensor se hundió antes de que Cranston pudiera entrar en él.

-¿Qué más dice Fritz Block?

-Dice que Cranston y Zuvor quedaron citados en casa de éste para dentro de una semana, a las nueve en punto de la noche, para tratar de cosas de importancia.

El Enviado Rojo meditó. Prokop miró otra vez hacia la puerta y advirtió de nuevo aquella negra sombra junto a la pared. Se inquietó un poco y estaba a punto de hacer una observación, cuando el Enviado Rojo comenzó a hablar.

Esta vez sus palabras fueron expresivas.

Librodot

-Convengo con usted -dijo-, en que el Príncipe Zuvor es una amenaza. Es necesario que no lo siga siendo. Pero debemos tener paciencia, por lo menos los seis días que faltan para que se reúna con Cranston. Uno de nuestros trabajos más importantes es conseguir los planos y diagramas del Profesor Whitburn. Hasta que los tengamos, cualquier otra acción sería imprudente. Pero confío en que obtendremos los planos dentro de pocos días. Ahora le diré lo que pienso hacer con el Príncipe Zuvor. Mi plan tiene la ventaja de que nos librará de dos enemigos de una vez.

Prokop presintió que el Enviado Rojo había formado un plan ingenioso, y así lo probaron sus palabras siguientes.

-Convoque usted una reunión -continuó-, para la noche anterior a la cita de Zuvor con Cranston. Dé usted la bomba a un agente; gradúela para que haga explosión a las nueve y diez y así tendremos dos enemigos menos.

-E Iván Shiskin también -agregó Prokop, complacido-. Daré la bomba al agente K.

-No -dijo el Enviado Rojo-. Mándele a Fritz Block una tarjeta gris. No es necesario que asista a la reunión, si hay algún peligro de que Zuvor pueda sospechar. Si Fritz viene a la reunión, déle a él la bomba y si no envíele una tarjeta verde, que le advertirá que debe ausentarse a toda prisa para escapar de un peligro inmediato. Los agentes B y M, los que están ahora encargados de la vigilancia del Príncipe Zuvor, pueden encargarse también de instalar la bomba.

-Muy bien --replicó Prokop-; los llamaré a los dos a la reunión. ¿Qué hago con el agente F, Volovik? Le envié una tarjeta amarilla por orden de usted.

-Que asista también a la reunión. Ha descansado ya bastante tiempo. Envíele una tarjeta negra.

Prokop no cabía en sí de satisfacción cuando escribía las instrucciones del Enviado Rojo. El espectáculo del Príncipe Zuvor y Cranston hechos pedazos era en extremo agradable para su imaginación.

-Pero recuerde -interpuso el Enviado Rojo-, que esto no se ha de llevar a efecto a menos que hayamos obtenido los papeles de Whitburn. Espero que lo consigamos muy pronto. Yo mismo iré al lago Marrinack.

La noticia sorprendió a Prokop, que no esperaba semejante intervención activa por parte del Enviado Rojo. Por un momento sintió la tentación de protestar por aquella usurpación de sus funciones, pero se dio cuenta a tiempo de que se hallaba en presencia de su jefe.

-Adviértale a su agente que me espere. Yo mismo me apoderaré de los planos. Recibirá usted el aviso por teléfono, con tiempo para tomar disposiciones. Después de haberlas tomado, espere aquí o déjeme una nota informándome en dónde puedo recoger mi pasaje y en qué barco puedo partir. Tengo ya el pasaporte.

Prokop se inclinó ante las órdenes del enviado de Moscú.

Librodot

Este se levantó de la silla y al hacerlo pareció como si creciera la sombra que oscurecía la pared. Prokop lo advirtió y dio un grito de sorpresa.

El Enviado Rojo, al levantarse, le impedía seguir viendo la puerta.

-¿Qué ocurre? -preguntó.

-Nada -dijo Prokop. Entonces podía ver la puerta y La sombra había desaparecido-. Debo de estar excitado. He creído ver algo detrás de usted.

El Enviado Rojo no respondió. Se acercó a la puerta; la abrió y se marchó.

Prokop se puso a observar desde su ventana, pero no le vio salir a la calle.

CAPÍTULO XXVI
UNA CAPTURA DE HARRY VINCENT

-¡Vincent!

Harry Vincent se sentó bruscamente en la calma al oír la exclamación junto a su mismo oído. Estaba medio dormido y no sabía si soñaba. Una voz habló suavemente a su lado.

-Silencio. Soy Marquette.

-¿Qué ocurre? -murmuró Harry.

-Stokes y Marsh están planeando algo. Por eso le he indicado que se acostase temprano. Les he oído en la cocina.

-¿Qué decían?

-Van a no sé dónde. Lo he sospechado esta tarde cuando les he sorprendido en el embarcadero. Ahora han estado esperando a que nosotros subiéramos a nuestras habitaciones.

-¿Qué piensa usted hacer?

-Ir con ellos. Stokes ha vuelto del pueblo hace una hora, en la lancha; ha traído un montón de sacos vacíos que le había pedido el profesor Whitburn. Están aún en el barco y me esconderé debajo de ellos.

-¿Qué debo hacer yo?

-Permanecer aquí. Vístase y vigile. No sé lo que se proponen y hemos de tener cuidado. Baje a la orilla del lago cuando hayan partido en la lancha y trate de determinar hacia dónde se dirigen. Así sabrá usted donde estoy.

El agente del servicio secreto salió de la alcoba y Harry comenzó a vestirse, con la mente sumida en un caos.

Habían pasado tres días desde el episodio de la torre y durante ellos había hablado repetidas

veces con Marquette.

Habían convenido en que el peligro podría presentarse en cualquier momento; pero lo esperaban dentro de la misma isla, y en aquel momento Stokes y Marsh se disponían a salir de ella.

¿Qué quería decir aquello?

El Profesor Whitburn había anunciado que no necesitaría los servicios de ninguno de sus ayudantes aquella noche. Tenía cosas importantes que hacer en su despacho y sus cuatro empleados estaban libres.

Stokes y Marsh, los dos enemigos secretos, aprovechaban la oportunidad, pero Harry no podía conjeturar cuáles fueran sus propósitos.

Cuando bajó las escaleras se encontró el piso inferior desierto. Los dos hombres se habían ausentado, seguidos por Marquette.

Por lo menos así lo supuso Harry, pero estaba equivocado, pues oyó un ruido fuera y apenas tuvo tiempo para retroceder otra vez hasta la escalera.

Regresó a su dormitorio y se metió en la cama. Escuchó atentamente. Creyó oír un ligero rumor en el pasillo. Respiró con fuerza, a fin de que el ruido llegase a oídos del que estuviera escuchando, pues supuso que se trataba de Marsh o de Stokes, que querían saber si estaba en realidad durmiendo.

Unos pasos cautelosos se alejaron por el corredor.

Un súbito deseo de entrar en acción asaltó a Harry. Cruzó en silencio la habitación y se acercó a la ventana. Las persianas estaban ya abiertas y salió por ella a un tejadillo que había debajo.

El tejadillo era una estrecha proyección que cubría la puerta principal de la casa. Harry permaneció allí y un momento después oyó salir a Stokes y a Marsh. Estaban precisamente debajo de él.

-Está durmiendo -Harry pudo percibir las palabras pronunciadas por Marsh-. No hay que preocuparse de él.

-Pues vamos entonces -replicó Stokes.

Los dos hombres se encaminaron hacia el sendero. Marsh hizo una pregunta que Harry no distinguió, pero en cambio oyó la respuesta:

-Que se quede allí. No le haremos nada, a menos que nos estorbe.

Marsh dejó escapar una ligera carcajada.

Harry no comprendió el significado de estas últimas palabras. Pensando en ellas se dejó caer del tejadillo al suelo, y cuando emprendía la marcha detrás de los otros, se dio cuenta de lo que querían decir.

Stokes y Marsh sabían que Marquette estaba escondido en la lancha. Los sacos habían sido dejados allí a propósito. Habían advertido la presencia de Marquette por la tarde y le habían dejado

Librodot

escuchar por la noche. Su único plan era alejar a Marquette de la isla.

Harry bajó corriendo hasta el embarcadero. No podía preparar ningún plan.

Para prevenir a Marquette era demasiado tarde.

Stokes y Marsh se habían alejado ya cien metros de la isla. El motor funcionaba despacio.

Sentado junto al embarcadero, Harry analizó la situación y poco a poco fue formando una teoría. Alguien tenía que llegar aquella noche a la isla.

Era la única solución, pues todas las actividades dirigidas contra el profesor Whitburn tenían necesariamente que desarrollarse allí.

Evidentemente, Stokes y Marsh habían pensado estar presentes. Luego se presentó la dificultad. Atrajeron la atención del hombre que ellos llamaban Crawford, Se dieron cuenta de que éste estaría preparado y alerta.

Atacarle podría perjudicar sus planes y eligieron el sencillo procedimiento de engañarle con aquella supuesta expedición en la lancha.

La embarcación se movía muy despacio. Tardaría más de una hora en llegar a la orilla del lago. Allí se detendrían algún tiempo, como si atendieran a algún asunto secreto.

Una cosa era segura: si Marquette trataba de sorprenderlos, correría un peligro grave, pues ellos estaban advertidos de su presencia. Harry tuvo la esperanza de que Marquette permaneciese escondido sin intentar nada.

Vincent tenía que enfrentarse solo con la situación en la Isla de la Muerte.

Stokes y Marsh le habían ignorado en sus planes, creyéndole dormido. No sospechaban que estuviera en comunicación con Crawford. Todo estaba preparado para la llegada de un tercer enemigo.

Marquette se había colocado en una posición ridícula. Al mismo tiempo, Stokes y Marsh habían cometido un grave error.

Su cómplice venía con la seguridad de que sólo tendría que habérselas con el Profesor Whitburn, un hombre viejo, distraído y absorto en su trabajo. Por el contrario, se encontraría con Harry Vincent prevenido y dispuesto a todo.

Harry se volvió para regresar a la casa, pero a los pocos pasos se detuvo. EL único lugar apropiado para desembarcar en la isla era el trozo de costa próximo al embarcadero.

La persona que viniera había de llegar forzosamente por allí. Protegido por la oscuridad de la noche, Harry podría esperar y sorprender al intruso.

Eligió el sitio que le pareció más tenebroso y se sentó debajo de un árbol.

Pasaron algunos minutos, al cabo de los cuales creyó percibir un ligero rumor en el lago. Escuchó. El rumor se repitió. Alguien se aproximaba en una canoa de remo.

La canoa atracó a pocos metros de distancia de donde Harry se hallaba, pero siguió siendo

invisible para él.

Sonaron unos ligeros pasos y una silueta apareció en un claro de los árboles.

Desapareció antes de que Harry tuviera tiempo de verla bien. Se levantó y se puso a seguirla a una prudente distancia.

Fue una aventura interesante. Harry sabía que era precedido por una persona a menos de cuatro metros de distancia. Aquella persona se movía con extremada cautela y Harry se veía obligado a hacer lo mismo.

A veces presentía que el otro se había detenido a escuchar y él le imitaba.

Estaban ya cerca de la casa. La pendiente del sendero había acabado. Harry abandonó toda precaución; de un salto se precipitó sobre la persona a quien seguía. Su enemigo trató de eludir su ataque, pero no pudo lograrlo.

Harry se abrazó a él, temiendo un disparo de revólver.

Con sorpresa vio que no encontraba resistencia. Su oponente fue dominado en un instante.

Pensó por un momento que se trataba de una estratagema; que su adversario fingía haber perdido el conocimiento. Sacó una lámpara del bolsillo y alumbró la forma que yacía inerte ante él.

Los rayos de la lámpara cayeron sobre la cara de Arlette De Land.

CAPÍTULO XXVII
EN LA TRAMPA

Pasaron dos o tres minutos antes de que la joven recobrase los sentidos.

Abrió los ojos y los volvió a cerrar ante la luz de la lámpara.

Tenía la cabeza apoyada sobre el hombro de Harry; exhaló un ligero grito al darse cuenta de que había sido capturada. Luego su expresión de espanto se transformó en una sonrisa al reconocer a Harry.

-¿Está usted ya bien? -preguntó éste.

-Sí -replicó la joven, y su cara tomó una expresión solemne-. Pero, ¿y usted, Harry? ¿Está usted a salvo?

-¿Qué quiere usted decir? -la voz de Harry se hizo súbitamente severa-. ¿Qué ha venido usted a hacer aquí?

-Prevenirle.

-¿Prevenirme? No puedo creerlo, después de lo que Bruce Duncan me ha dicho.

-¡Bruce Duncan! -la exclamación de Arlette fue involuntaria.

-Sí -insistió Harry-, Bruce Duncan. No pretenda usted que no le conoce. Usted es la joven que vi en «La Rata Colorada»; es usted también Arlette De Land. ¿Por qué trató usted de engañarme?

-No pude evitarlo - replicó Arlette-. Haga el favor de creer lo que le digo. No podemos perder tiempo aquí. Más tarde le puedo explicar todas esas cosas. Ahora está usted corriendo un peligro grave. Por eso he venido; para prevenirle. Traté de hacerlo por teléfono una noche... -Un sollozo cortó las palabras de Arlette y su rostro tomó una expresión de terror-. Por favor -continuó, suplicante-. Debe usted apresurarse. Hay en la isla hombres temibles, que pueden atacarle en cualquier momento.

-Se han marchado ya -interrumpió Harry-. Ambos han partido hace pocos...

-Pero aún queda otro, que es el más peligroso de todos. Ha llegado hace una hora. Otro hombre fue a recogerle en la lancha.

Vincent se dio súbitamente cuenta de lo ocurrido al escuchar los ruegos de la joven. Comprendió que decía la verdad.

El enemigo estaba ya en la Isla de la Muerte. Stokes no había traído del pueblo sacos vacíos solamente. Oculto entre ellos había transportado a un hombre.

-Lo he visto todo desde el bosque -continuó diciendo Arlette-. Es un hombre poderoso, sobrehumano...

-Confío en usted -dijo Harry, ayudando a la joven a ponerse en pie-. Ahora lo comprendo todo. Espero que me ayudará usted. Estoy aquí para proteger a un viejo, al Profesor Whitburn. Está solo en la casa. Tal vez esté allí también nuestro enemigo. Vamos.

Condujo a la joven hasta la puerta y juntos entraron en la casa, que estaba silenciosa como una tumba. Sólo se advertía el tic-tac del reloj de la chimenea.

-¿Tiene usted un revólver, Arlette? -preguntó Harry.

-No. Mi único pensamiento era advertirle de lo que ocurría -murmuró ella-. Después de partir la lancha encontré un bote de remos. He permanecido dos noches vigilando desde la orilla del lago.

Harry entregó a Arlette una de las dos pistolas automáticas que se había metido en los bolsillos al salir de su habitación.

Tuvo un instante de vacilación. ¿Y si Arlette De Land le estuviera engañando? Sus dudas se disiparon inmediatamente. La joven no le hubiera salvado la vida una vez, ni le hubiera prevenido después del peligro si no fuera su amiga.

Vincent condujo a Arlette a la cocina. Allí no podría ser vista por nadie que entrase en la casa.

Sólo le quedaba un recurso: registrar el edificio escrupulosamente, teniendo cuidado de no

caer en alguna posible trampa que hubiera sido ya preparada para él.

El enemigo se encontraba tal vez escondido en alguna habitación, aunque era lo más probable que aún permaneciese fuera. En este caso, Arlette podría vigilar la puerta mientras él registraba. Pero su primera obligación era asegurarse de que el Profesor Whitburn estaba a salvo. Harry situó a su compañera de manera que pudiera ver la puerta exterior desde la cocina.

-No deje de estar alerta un momento -le dijo-. Si ve usted aparecer a alguien en la puerta dispare, después de comprobar que es un enemigo.

-Reconoceré al momento al hombre de que se trata -declaró Arlette-. Nunca me ha hecho ningún daño; por el contrario, una vez me defendió. Pero se trata de su vida, Harry, y...

Harry estrechó en la oscuridad la mano de Arlette y salió de la habitación.

Se dirigió, sin perder un momento, al despacho del Profesor Whitburn. El anciano estaba sentado ante su mesa, dibujando. Harry permaneció un momento en silencio; luego, dándose cuenta de que no había un momento que perder, tosió para llamar la atención de su jefe.

El Profesor levantó la cabeza.

-Ah, Vincent -dijo-. ¿Qué quiere usted?

-Nada -replicó Harry-. Es decir, nada para mí. Estaba a punto de retirarme a descansar y he pensado que tal vez tuviera usted que darme instrucciones.

-No, ninguna -replicó bruscamente el Profesor-. Le hubiera llamado antes.

Empezó a sonar el timbre de un pequeño despertador que había sobre la mesa, cerca del Profesor.

-Es una especie de recordatorio -dijo éste-. Siempre lo pongo cuando pienso trabajar hasta tarde. Así sé cuándo es hora de tomar mis píldoras. ¿Dónde las habrá puesto Marsh?

Descubrió un frasquito entre los papeles y sacó de él tres tabletas blancas, que se tragó.

-Las medicinas son una molestia -observó el Profesor-. Buenas noches, Vincent.

Harry sabía ya todo lo que necesitaba. El enemigo no había llegado o, por lo menos, no había invadido aún el despacho del Profesor. Su tarea siguiente era registrar la casa.

Volvió a la cocina para buscar a Arlette. La joven no estaba allí. ¿Por qué había abandonado su puesto? ¿Habría decidido comenzar ella el registro de la casa? No era aquello lo acordado.

Arlette hubiera permanecido allí, conforme había prometido. Sólo cabía una explicación posible a su desaparición. Había sido sorprendida y capturada.

El enemigo no podía haber venido de fuera ni de arriba, pues Arlette, desde la posición en que él la había dejado, dominaba lo mismo la puerta exterior que la escalera que conducía al segundo piso. Debía haber sido atacada por alguien que penetró furtivamente en la cocina.

Harry pensó en la escalera que conducía al sótano. Encendió su lámpara de bolsillo y vio que la puerta que ordinariamente se mantenía cerrada con llave, estaba abierta. A la luz de la lámpara

Librodot

descubrió un objeto en el suelo. Era el sombrero de Arlette. Su aprehensor la había conducido al sótano. Harry sólo necesitó algunos minutos para registrar aquella parte de la casa. Estaba dividida en varios departamentos, pero todas las puertas estaban abiertas. El laboratorio, la fragua y el almacén estaban vacíos. Luego llegó a un pasadizo.

Una escalera de caracol conducía a la cámara submarina.

Harry recordó las explicaciones de Marquette acerca de aquella habitación situada por debajo del nivel del lago. Era la única salida de la bodega. Arlette debía de estar allí.

Harry comenzó a descender los escalones sin un momento de vacilación.

Llegó a una gruesa puerta de metal que cortaba la escalera. Estaba abierta.

Más allá seguían algunos escalones más, que llevaban a una pequeña habitación de paredes de piedra.

Harry vio un aparato de metal frente a la escalera, probablemente el tubo lanza-torpedos. Luego, vio los torpedos colocados en fila contra la pared, unos pesados armazones de metal, de cerca de dos metros de longitud.

Luego su luz se posó sobre algo que yacía en tierra. Arlette De Land, atada y amordazada. Harry bajó de un salto los escalones que quedaban, girando su luz en todas direcciones y con la pistola en la mano. No había nadie más en la habitación. El responsable del estado en que Arlette se hallaba no estaba allí ya.

Vincent cortó rápidamente las cuerdas y la mordaza. Arlette se había desmayado. Volvió en sí y trató de hablar. Sus labios formularon una advertencia:

-¡Cuidado¡ -exclamó débilmente-. Está aquí,

Un ruido procedente de la escalera llegó a oídos de Harry, que se volvió rápidamente, apuntando con la pistola en aquella dirección. La luz de la lámpara reveló la forma de un hombre, que llevaba la cara cubierta con un antifaz rojo.

El estampido de la automática de Vincent retumbó como cañonazos en las profundidades de la bodega, pero sus balas llegaron demasiado tarde.

Al apretar el gatillo vio como una mano escarlata se posaba en el borde de la puerta. La pesada barrera de metal se cerró, desviando las balas de Harry.

-Estaba detrás de la puerta -balbuceó Arlette.

La puerta no estaba enteramente cerrada. Vincent vio que aún quedaba un resquicio de algunos centímetros. Corrió hacia la escalera, pero cuando se acercaba apareció por aquel resquicio el cañón de un revólver.

La mano enguantada de rojo que lo empuñaba, apretó el gatillo y Harry se desplomó herido de un balazo en un hombro. Rodó por los escalones y permaneció inmóvil en el suelo.

Pasaron algunos segundos. La puerta se acabó de cerrar. Sonó el ruido de la llave al dar la

vuelta en la cerradura.

Arlette acudió a auxiliar a Harry, que dejó escapar un gemido, al sentir un pañuelo apretarse sobre su herida. AL caer había recibido un violento golpe en la cabeza contra los escalones de piedra, y quedando momentáneamente aturdido. Recobró en seguida los sentidos.

-Hemos caído en la trampa -dijo Arlette-. Pero quizá podamos escapar. Alguien puede...

Se detuvo al oír un ruido. Una compuerta se había abierto a cada lado del tubo lanza-torpedos y el agua del lago estaba entrando en la habitación.

Comprendió que ella y su compañero estaban condenados a muerte. El Enviado Rojo había abierto desde arriba aquellas compuertas, que funcionaban por medio de un mecanismo automático. Harry y Arlette eran impotentes contra aquella creciente inundación que invadía el sótano.

CAPÍTULO XXVIII
EL CHOQUE DE DOS GENIOS

La medicina causó aquella noche unos efectos extraños al Profesor Whitburn.

Apenas salió Harry Vincent de la habitación, el anciano comenzó a bostezar.

A los pocos minutos reposó la cabeza sobre el escritorio, cerró los ojos y permaneció inmóvil.

Se abrió la puerta y entró por ella una figura. Se acercó con tan asombroso silencio, que el Profesor no hubiera advertido su presencia aunque hubiera tenido los ojos abiertos.

La Sombra se inclinó sobre el viejo. Le tocó la frente y le tomó el pulso. EL inventor no estaba muerto, sino, simplemente, bajo los efectos de un poderoso narcótico. Marsh había dejado sobre la mesa unas píldoras destinadas a reducir al Profesor Whitburn a la impotencia.

La Sombra se apartó algunos pasos del escritorio y permaneció inmóvil, con el sombrero calado hasta las cejas y la parte inferior del rostro oculta por el embozo de la capa. Sólo sus ojos brillaban entre las sombras que ocultaban sus facciones.

Y aquellos ojos escrutaban. Miraban ávidamente en todas direcciones como si tratasen de descubrir algún secreto en el despacho del Profesor. Buscaban, en efecto, un escondite y lo buscaban en algún lugar inusitado. Se detuvieron sobre una librería adornada con gruesas molduras.

La Sombra se acercó a la librería y pasó la mano por encima de las molduras. Las manos de la Sombra eran largas y delgadas, bien formadas y dotadas al parecer de una extraordinaria sensibilidad.

Los dedos se detuvieron en un punto; luego se movieron hacia la izquierda y una porción de

madera se hundió y se deslizó por debajo de la sección contigua. Debajo de la madera apareció una plancha de metal con un diminuto agujero para una llave.

La Sombra volvió al escritorio; levantó cuidadosamente al viejo Profesor y le recostó en el sillón.

Las manos de la Sombra hallaron la cadena del reloj del Profesor. Había varias llaves a uno de los extremos, pero ninguna de ellas entraba en la diminuta cerradura. La Sombra separó el reloj de la cadena.

Súbitamente detuvo sus acciones y escuchó atentamente. Sus finos oídos habían percibido un ligero rumor. Su mano izquierda desapareció debajo de la capa. Reapareció a poco, manteniendo los dedos separados en una posición peculiar. La mano derecha dejó el reloj sobre la mesa.

Retrocedió sin apartar los ojos del Profesor y luego se volvió hacia la puerta, que en aquel momento se abrió silenciosamente.

Un hombre con la cara oculta por un antifaz escarlata apareció en el marco de la puerta. Llevaba también guantes rojos en las manos. En una de ellas aparecía una pistola automática apuntada hacia la Sombra.

-¡Manos arriba! -ordenó desde la puerta.

La Sombra levantó lentamente las manos. Aparentemente, había sido sorprendido. Los ojos del enmascarado observaban la negra figura, pero veían también el escondite descubierto debajo de las molduras de la librería.

-¿Me conoce usted? -preguntó sarcásticamente.

La Sombra no replicó.

-Soy el Enviado Rojo. No me esperaba usted, ¿eh?

El mismo silencio por parte de la Sombra.

-¿Conque es usted la Sombra? -el tono del Enviado Rojo encerraba una amarga ironía-. La Sombra, cuya identidad todo el mundo ignora. Veo que ha venido usted para simplificar mis pesquisas. Uno de mis agentes me ha dicho esta noche que sospechaba que el escondite estaba en la librería, pero que no había podido hallar su situación exacta. Debo darle las gracias por su trabajo.

El enmascarado inclinó la cabeza en un breve saludo. La Sombra continuó guardando un silencio absoluto y con las manos levantadas sobre su cabeza y un poco adelantadas.

-Necesitamos ahora una llave -prosiguió el Enviado Rojo-. ¿Dónde está? -Al no recibir respuesta añadió-: Que no se diga que la Sombra ha fracasado en su último experimento de investigador consumado. Ha efectuado usted la mitad del trabajo. Haga el resto. Porque éste -la voz se hizo áspera y enfática-será el último trabajo que haga usted en su vida.

La figura embozada en la capa negra mantuvo la misma posición y el Enviado Rojo se acercó más.

Sus ojos vigilaban desde detrás de la máscara escarlata. Sabía que la Sombra poseía una misteriosa habilidad para eludir las balas. Pero estaban a tan poca distancia, que no había huida posible.

-¡Ah! -exclamó el agente de Moscú con aire de triunfo-. Veo que no he hecho justicia a su destreza. El reloj del Profesor está sobre la mesa. Usted lo ha dejado ahí. No lo ha abierto aún. Muy bien; ya lo abriré yo más tarde. Ahora sabemos que la llave está entre las dos tapas del reloj. Debe de ser una llave plana.

El Enviado Rojo miraba ahora directamente a la Sombra y cuando habló, el tono de su voz era decisivo.

-No sé cuáles son sus propósitos, pero, desde luego, chocan con los míos. Por lo tanto, pienso matarle. Después me tomaré la molestia de averiguar quién es usted, aunque debo decirle que lo sospecho. Antes de matarlo, le informaré de que he advertido su influencia en muchas cosas y desde hace mucho tiempo deseo celebrar esta entrevista con usted. He tomado diversas medidas para esta ocasión. Esperaba encontrarle a usted aquí. Mis agentes lo prepararon todo para que no faltase. Yo mismo he tenido tiempo de hacer varias cosas antes de venir a esta habitación. Su cómplice, Harry Vincent, me estorbaba y yo acostumbro a disponer rápidamente de aquellos que se interponen en mi camino. Debajo de la bodega de este edificio hay un cuarto al que llaman la cámara submarina. Está cerrada por una puerta de hierro que se cierra por medio de una combinación automática. La única persona viviente que conoce esa combinación es el Profesor Whitburn, que yace ahí sin sentido. Su amigo Harry está en esa cámara, en la agradable compañía de una señorita que era antes uno de mis agentes, pero que ha venido a esta isla para prevenirle contra mí. Soy inflexible para aquellas personas que me hacen traición. Ningún poder humano es capaz de salvarlos, pues el agua está entrando en la cámara; les quedan quizá treinta minutos de vida.

El Enviado Rojo dejó bruscamente de hablar. Estaba a menos de un metro de la Sombra. La figura de la capa negra se había encogido y parecía más baja que antes. Sus brazos se bajaban lentamente y sus dedos se cerraban.

-Vivirán treinta minutos más -continuó el Enviado Rojo. Las palabras salían lenta y distintamente de sus labios-. Pero sobrevivirán a la Sombra en esos treinta...

La mano izquierda de la Sombra hizo un movimiento. El dedo índice se juntó bruscamente con el pulgar. Brilló un relámpago ante los ojos mismos del Enviado Rojo y una detonación como un pistoletazo retumbó en la habitación.

El agente de Moscú retrocedió, cubriéndose la cara con el brazo izquierdo.

Como Prokop, quedó momentáneamente aturdido por la inesperada explosión.

La máscara roja le sirvió de protección parcial contra el cegador relámpago.

El Enviado Rojo se repuso al encontrar el borde de la mesa, y disparó rápidamente dos veces

en dirección a la Sombra.

Pero el hombre de la capa negra ya no estaba en aquel sitio, sino junto a la puerta. El Enviado Rojo giró sobre sus talones y disparó dos balas más, que tampoco hicieron blanco, pues sus ojos apenas veían.

Cuando se repuso del todo, la Sombra había desaparecido. El enmascarado cerró la puerta con llave y se echó a reír triunfalmente. Sabía dónde podría encontrar a la Sombra, si quisiera. Había ido a intentar el rescate de los que se encontraban en la cámara submarina.

Sería un intento inútil, pero proporcionaba al Enviado Rojo la oportunidad que necesitaba. Había venido por los planos y éstos estaban ya al alcance de su mano.

Había ganado la partida a la Sombra, a pesar de que aquel hombre extraordinario hubiera logrado escapar milagrosamente de la muerte.

El Enviado Rojo levantó la tapa del reloj del Profesor Whitburn. Halló la llave y abrió el cajón secreto. De él extrajo un sobre muy grande.

Un minuto después, la única persona que permanecía en el despacho, era el Profesor Whitburn, recostado en su silla y con todas las apariencias de la muerte en su semblante.

CAPÍTULO XXIX
EN LA CÁMARA SUBMARINA

El agua había subido en la cámara submarina, Arlette consiguió arrastrar a Harry para colocarle sobre los escalones al pie de la escalera.

Harry Vincent abrió los ojos y miró a su alrededor. La conciencia le volvía lentamente y poco a poco se fue dando cuenta del peligro de la situación.

El agua tenía ya cerca de un metro de profundidad y seguía subiendo. Había llegado a la base de la máquina que el Profesor Whitburn utilizaba como tubo lanza-torpedos.

Arlette sintió una momentánea alegría al ver que Harry recobraba los sentidos. Pero en seguida se sintió abrumada por lo desesperado del trance en que se encontraban. Se dejó caer sollozando sobre los escalones. La lámpara rodó hacia el agua, pero Harry la cogió a tiempo. Viendo el agua que entraba, trató de calcular cuánto tiempo tardaría en quedar sumergida toda la cámara. Había permanecido sin conocimiento varios minutos y no tenía referencia para estimar el tiempo transcurrido.

Sonó un golpe en la puerta. Harry se acercó a ella. Escuchó. Sonaron otros golpes acompasados. Vincent contestó de la misma forma.

Los golpes formularon un mensaje en clave telegráfica.

-Resista lo que pueda. Estoy trabajando en la cerradura.

Harry replicó: -Apresúrese. El agua está subiendo.

No sabía quién pudiera ser su inesperado salvador. Era poco probable que Marquette hubiera podido volver. Posiblemente el mismo Profesor Whitburn había descubierto la situación.

Esperó y oyó unos ligeros chasquidos al otro lado de la puerta. Miró a Arlette. La joven yacía extenuada y con los ojos cerrados.

Harry formuló otro mensaje:

-Es preciso salvar a una mujer que está aquí conmigo.

No tuvo respuesta. Se le ocurrió de repente una idea y agregó:

-Las compuertas por donde entra el agua fueron abiertas desde fuera, después de cerrar esta puerta. El mecanismo que las mueve debe ser puesto en marcha desde otro sitio.

Los ruidos que sonaban al otro lado de la puerta cesaron bruscamente. La información de Harry había dado, sin duda, una idea a su salvador.

-Lo buscaré -dijo por medio de señales-. Mientras, puede usted salvar a la mujer.

La última frase confundió a Harry. ¿Cómo podría salvar a Arlette? Ambos estaban prisioneros en el mismo sitio; si uno podía ser salvado, ¿por qué no el otro? Rápidamente formuló otra pregunta:

-¿Cómo?

La respuesta fue inmediata.

-Por el tubo.

Harry comprendió. Desde aquella habitación Marquette disparaba los torpedos. ¿Sería posible enviar a un ser humano por el mismo camino?

Harry recordó la existencia de un canal subterráneo que conducía al lago.

Debía de tener cerca de cien metros de longitud. Semejante viaje por debajo del agua era totalmente imposible.

Dirigió su lámpara hacia donde estaban colocados los torpedos. La parte superior de los proyectiles sobresalía aún del agua.

Harry descendió los escalones; el agua le llagaba a las axilas. Se acercó a uno de los torpedos y consiguió levantarlo hasta el soporte que había delante del tubo. Destornilló el extremo posterior del torpedo. Era hueco y en él cabía ampliamente una persona. Evidentemente, las alas eran fijadas en el momento en que se efectuaban las pruebas.

¿Cuánto tiempo podría vivir una persona dentro de aquella cavidad? No mucho, pero tampoco se podría resistir mucho dentro de aquella cámara.

Luego observó una particularidad de la cubierta de aquel torpedo. Tenía unas pequeñas

aberturas que se cerraban por medio de planchas de metal, movibles desde el interior.

El objeto de aquellas aberturas era probablemente algún invento del Profesor Whitburn, que sólo él conocía. Por el momento venían a resolver un grave problema.

Harry pareció cobrar nuevas fuerzas. Levantó a Arlette, apoyándola en su brazo sano y la llevó al tubo lanza-torpedos. Ella no se dio cuenta de lo que intentaba hacer hasta que la introdujo en el interior del proyectil. Entonces le miró llena de asombro.

-¿Qué hace usted? -le preguntó.

-Enviarla fuera de aquí -replicó él-. ¿Ve usted estas piezas movibles de aquí arriba? Espere a que el torpedo esté flotando en el agua; entonces destornille ésta para que pueda entrar el aire.

-Pero, Harry -prorrumpió Arlette al comenzar a comprender-. No puedo dejarle a usted aquí.

Harry había esperado aquella protesta. Sonrió, al cerrar la culata del torpedo.

-No tardaré en seguirla -afirmó.

Cerró el torpedo y lo metió en el tubo. Durante los últimos dos días había estado estudiando la proyección de torpedos desde submarinos, en los libros de texto de que el Profesor mismo le proveía.

Cogió el disparador. El torpedo salió.

Arlette había emprendido su viaje.

Harry tuvo que regresar nadando a la escalera. Permaneciendo en el escalón superior podría resistir algún tiempo más. A pesar de hallarse en el lugar más elevado posible, el agua le llegaba ya hasta los hombros y seguía subiendo.

Tenía que enfrentarse solo con la muerte, pero había salvado la vida de Arlette.

Era imposible para él salir por la misma ruta. No podía entrar en el torpedo y dispararlo después. Tenía que morir debajo de la superficie de la Isla de la Muerte, a menos, a menos...

El agua le llegaba hasta el cuello. Se agitaba casi al mismo nivel de sus ojos; pero no seguía subiendo.

Oyó un ruido detrás de sí. Alguien estaba trabajando de nuevo sobre la puerta de acero. Harry trató de enviar un mensaje, pero tenía las manos entumecidas y sus señales fueron muy débiles.

-Resista.

La respuesta era animadora, pero el tiempo transcurría con una lentitud desesperante. El agua ya no subía. El que trabajaba par la salvación de Harry había encontrado sin duda el mecanismo que cerraba las compuertas.

Debió de ser una búsqueda larga y angustiosa.

La puerta se abrió. Un rayo de luz penetró en la oscura cámara. Una forma negra se inclinó rápidamente y una mano poderosa levantó a Harry, cuando éste estaba a punto de hundirse en el

agua.

Cuando abrió los ojos se encontró en su dormitorio del segundo piso y tendido en su propia cama. A su lado había dos personas. Una era Marquette.

La otra Arlette De Land.

-Arlette -murmuró Harry-. Dígame...

-El torpedo flotó hacia la orilla -explicó Arlette-. Conseguí abrir la cubierta y salir. Entonces este señor... -miró a Marquette.

-Crawford es mi nombre -dijo tranquilamente el agente del servicio secreto-. Esos bandidos me han estado paseando por el lago, Vincent. Por fin atracaron la lancha al muelle de la otra orilla. Me di cuenta de que conocían mi presencia a bordo y salí pronto, antes de que me ahogasen debajo de los sacos. Estaban los dos sobre el muelle y se escaparon sin darme tiempo a disparar.

-¿Y el Profesor Whitburn? -preguntó Harry-. ¿Está bien?

-No del todo -le informó Marquette-. Alguien le debe haber narcotizado. Cuando le he encontrado estaba medio dormido aún. Tengo que volver con él ahora.

-Pero ¿y el hombre que...?

-¿El que les encerró a ustedes en la bodega? Se ha ido. Ha debido utilizar la pequeña lancha que guardamos debajo del embarcadero. Ya estoy enterado de quién es. Esta señorita me ha contado toda la historia. Vi un torpedo flotando cerca de la orilla; me acerqué para investigar y me encontré con ella. Pero lo que estoy tratando de deducir es el medio que le ha permitido a usted salir de...

-Sólo hay un hombre capaz de haber hecho eso -dijo Harry débilmente-. Sólo un hombre...

-¡La Sombra! -exclamó Marquette.

CAPÍTULO XXX
ANTES DE LA REUNIÓN

Cuatro días habían transcurrido desde los azarosos sucesos de la Isla de la Muerte.

Vic Marquette reveló al Profesor Whitburn su verdadera identidad, tan pronto como el anciano recobró del todo la conciencia.

La desaparición de los planos fue descubierta. El Profesor Whitburn decidió hacer un alto en sus tareas y telegrafió a una hermana para que viniera a hacerse cargo de su casa mientras él se reponía del disgusto.

Harry Vincent y Arlette De Land permanecieron en la casa como huéspedes.

Una vez alejado el enemigo, la isla era el lugar más seguro para Arlette De Land y un sitio

muy a propósito para que Harry convaleciese de su herida.

Marquette se encargó de todos los asuntos, hasta que pudo obtener un hombre del pueblo de Marrinack para que se hiciese cargo de los trabajos domésticos. Tomó además otros sirvientes y la casa se transformó de laboratorio experimental en residencia campestre.

Pero Marquette se marchó inmediatamente después. Bruce Duncan le trajo una carta. Cuando leyó su contenido, emprendió inmediatamente el viaje a Nueva York, dejando a Duncan el encargo de hacer compañía a su amigo Harry.

Sólo el agente del servicio secreto conocía el contenido de aquella nota.

Procedía, indirectamente, de la Sombra, y hacía ciertas proposiciones agradables para Marquette.

En la carta se descubrían hechos que el agente del Gobierno ignoraba.

Prometió cooperar siguiendo las instrucciones que se le daban.

Había llegado la noche de la reunión de los agentes rojos. Un hombre, solo, en un cuarto oscuro, trabajaba sobre una mesa alumbrada por una lámpara de tupida pantalla. Sus manos clasificaban papeles de varias clases, tratando de hallar solución a problemas urgentes.

Los principales de aquellos papeles eran informes de Vic Marquette. EL agente del servicio secreto había hecho todos los esfuerzos imaginables para dar con la pista del ladrón de los planos del Profesor Whitburn. Recibió confidencias de que aquel hombre había salido ya del país, pero, a pesar de todo el poder de que disponía no pudo dar con el paradero del misterioso personaje.

Otro informe era de Burbank, el valioso colaborador de la Sombra. Estaba encargado de vigilar el domicilio de Prokop. Había visto salir a éste; pocas horas después llegó otro individuo.

Todos estos hechos ocurrieron la misma noche que el Enviado Rojo se presentó en la Isla de la Muerte. Prokop no había vuelto a su casa desde entonces.

La mano de la Sombra comenzó a escribir a la luz de la lámpara: «Prokop dejó una nota para el Enviado Rojo. EL Enviado Rojo fue quien entró y salió de la casa, pocas horas después de la partida de Prokop. Debió de regresar de Connecticut en aeroplano.

»A pesar de que Marquette no ha llegado a ninguna conclusión, es evidente que el Enviado Rojo se embarcó para Europa en el "Dresden" Llegará a Cherburgo pasado mañana. Prokop lo dejó todo dispuesto para la partida. Abandonó su casa después de recibir un aviso telefónico del Enviado Rojo. Cuando éste llegó a Nueva York, fue a casa de Prokop para recoger sus papeles. Burbank le vio entrar y salir.

»Prokop es prudente y permanecerá escondido hasta la reunión de esta noche. Se llevó de su casa todos los documentos comprometedores. Un breve registro lo ha demostrado.

»Hay un medio seguro de averiguar cuál es la ruta que piensa seguir el Enviado Rojo. Prokop es quien la ha dispuesto; Prokop es, pues, quien tiene que ser obligado a revelarla, a menos que un

registro final revele alguna pista.»

Las manos abrieron un sobre grande y extrajeron de él guías de ferrocarriles europeos, que fueron examinadas cuidadosamente. A continuación la mano escribió:

«Las rutas aéreas son más rápidas para atravesar Europa, pero los pasajeros son fácilmente observados en ellas. El Enviado Rojo hará su viaje en ferrocarril, probablemente. Hay que comprobar esto. Coger a Prokop solo es difícil, pero un asalto a la reunión de esta noche sería peor.»

Luego escribieron algunas vagas sugerencias, que fueron desechadas una por una, como si la mente que presidía el trabajo de aquellas manos buscase ideas tangibles.

Finalmente prepararon un itinerario compilado de las guías de ferrocarril.

En lo alto del papel escribieron la palabra «confirmar». Doblaron el papel y la luz se apagó.

Pocos minutos después, un hombre entraba tranquilamente en la calle donde habitaba Prokop. AL llegar junto al edificio desapareció, para reaparecer a los pocos minutos en el piso de Prokop. Allí su presencia era sólo denunciada por los rayos de su lámpara. Buscaba con infinito cuidado.

Detrás de uno de los cajones de la mesa encontró un pequeño bloc de cuartillas. El rayo de luz se centró sobre él. Los dedos de una mano muy blanca pasaron suavemente por encima de la primera hoja de papel.

Luego derramaron un poco de polvo negro sobre la cuartilla y frotaron con él la superficie.

Algunas débiles trazas de escritura aparecieron. Las letras iban seguidas de números. Daban los nombres y horario de varios trenes europeos.

Prokop había escrito sobre el bloc y arrancado la hoja de encima, pero la impresión de la escritura había quedado en las demás. El Enviado Rojo se había llevado la lista, pero había dejado un rastro detrás de sí.

Poco más tarde la figura desapareció del domicilio de Prokop.

Treinta minutos después se aproximaba una sombra a la entrada principal de la residencia del Príncipe Zuvor. Era apenas visible en la oscuridad. Pareció fundirse materialmente con las tinieblas de la puerta, que se abrió lentamente y se cerró de nuevo.

El vestíbulo estaba a oscuras, de manera que el movimiento de la puerta no pudo ser advertido desde la calle.

Poco después, Iván Shiskin fue atraído por una luz que se encendió en el salón del primer piso. Entró en la estancia suavemente y al hacerlo, se abrieron las cortinas de la puerta lateral y apareció entre ellas la figura del Príncipe Zuvor.

-¡Señor! -exclamó Iván en ruso-. No le he oído entrar en la casa.

-No he hecho ningún ruido -replicó el Príncipe, también en ruso.

-No esperaba al señor esta noche. Me había dicho que no regresaría hasta mañana.

-¿Qué instrucciones te di?

-Que cuando llegase el señor que lleva la insignia de la Orden de la Estrella...

-Mañana a las nueve de la noche.

-Sí, señor, mañana a las nueve de la noche. Me dijo el señor que le hiciera esperar en este salón y que le dijera que el señor no tardaría en regresar.

-Está bien, Iván. -Señor -dijo el criado humildemente-, le encuentro diferente esta noche. Parece como...

-Estoy preocupado, Iván. Por eso he vuelto. He pasado fuera varios días y he corrido graves peligros. Esta noche tengo un trabajo que encomendarte. Ven.

Iván siguió al Príncipe hasta el sótano. Zuvor se dirigió al armario donde el sirviente guardaba sus lápices de teatro.

-Déjeme preparar su disfraz, señor -dijo Iván.

El Príncipe Zuvor meneó la cabeza.

-No, Iván. Yo no salgo esta noche. Irás tú en mi lugar. Tú harás hoy el papel de Fritz.

-¿Adónde he de ir, señor?

-A una reunión. Escucha...

El Príncipe explicó brevemente a Iván el papel del agente K. Le dijo que se celebraba la reunión y le dio las instrucciones necesarias.

Únicamente omitió el detalle más importante: se iba a reunir con comunistas. Iván se hizo cargo de las instrucciones, pero no preguntó su propósito.

-Y recuerda, Iván -advirtió el Príncipe, mientras arreglaba cuidadosamente la cara de su criado, para que pudiera pasar por Fritz Block-, que debemos proteger siempre la causa del zar.

-Sí, señor.

Después de que el sirviente hubo salido por la puerta principal, el Príncipe volvió al salón del segundo piso. Pasó por entre las cortinas y no volvió a salir. En su lugar apareció una figura extraña y misteriosa.

Un hombre embozado en una capa negra y tocado por un sombrero de anchas alas que le ocultaba el rostro. Se echó a reír y su risa despertó unos ecos siniestros en las paredes.

Poco después, la misma figura salió por la puerta principal de la residencia del Príncipe Zuvor. El sedán no vigilaba aquella noche; a pesar de todo, la figura se mantuvo entre las sombras. Al llegar a la esquina de la avenida, llamó a un taxi. Entró en él y dio al chofer una dirección.

El coche se detuvo frente un hotel céntrico. El pasajero se apeó y entró en el establecimiento. En el escritorio dio el número de una habitación. El empleado llamó por teléfono:

-¿El señor Marquette? -preguntó-. ¿Sí? Un señor desea verle.

Se volvió al hombre vestido de negro que miraba en dirección contraria.

-Puede usted subir, señor -le dijo.

CAPÍTULO XXXI
EN LA REUNIÓN

Uno por uno, los agentes rojos fueron reuniéndose en el lugar acostumbrado. Todos fueron identificados y admitidos por Prokop. Aquella noche no interrogó a ninguno. Tenía grandes deseos de comenzar la sesión.

La presencia de Fritz Block le fue particularmente grata.

-Camaradas -dijo-, tengo noticias importantes que comunicaros. Uno de los nuestros ha tratado de hacer traición a la causa. ¿Cuál es la pena que se merece?

-¡La muerte! -fue la respuesta unánime del grupo.

-La muerte es el veredicto -repitió Prokop-. Debemos actuar todos como un solo hombre. Cualquiera de nosotros que encuentre al traidor, será el ejecutor del castigo.

-¡Convenido!

-El traidor es una mujer. Se llama Arlette De Land. Debe morir. Hay que buscarla. Os mostraré a cada uno un retrato de ella.

Un murmullo se levantó de entre los agentes, pero cesó en cuanto Prokop levantó la mano en demanda de silencio.

-Hay un trabajo que será encomendado a uno de vosotros, que dará un golpe glorioso en favor de nuestra causa. Mañana por la noche se reúnen dos hombres. No es preciso que mencione el nombre de uno de ellos. Basta con saber que es un enemigo de nuestra causa. El otro es el Príncipe Zuvor.

Un rugido de cólera se escapó del grupo.

-¡A muerte! -silbó una voz y otras repitieron el grito.

-Silencio -ordenó Prokop-. He elegido al hombre que me parece más apropiado para esta empresa. Algunos de vosotros habéis vigilado al Príncipe Zuvor, pero éste ha estado de guardia permanente en su propia casa. Durante muchos meses ha sido criado de Zuvor. Por sus propios oídos conoce las cosas que se han dicho allí en contra de nuestra causa. Ha hecho mucho por nosotros. A través de él hemos sabido muchos detalles de la vida del Príncipe Zuvor. A este hombre es al que conferimos el privilegio de acabar de una vez con tres de nuestros peores enemigos: el Príncipe Zuvor, su amigo, y su criado zarista, Iván Shiskin.

Librodot

El silencio de los agentes era impresionante.

-Agente K; haga el favor de adelantarse.

Por un momento nadie respondió a la invitación. Luego hubo un movimiento entre las filas de los reunidos y una figura encapuchada se adelantó lentamente hacia Prokop.

El jefe de los rojos le condujo a un extremo de la estancia. Allí sacó de una caja un objeto de una materia blanda y se lo mostró cuidadosamente a la luz de la lámpara que alumbraba la escena.

-Esta bomba -dijo-, es nuestro último modelo. Se puede graduar para que estalle en el minuto preciso. El compañero K la empleará mañana para destruir a nuestro enemigo, al Príncipe Zuvor.

El agente K tomó la bomba. Prokop le explicó el mecanismo con la mayor naturalidad. Luego dejó que se reuniera con los demás y pasó a tratar de otro asunto.

-Nuestra causa acaba de obtener una gran victoria -anunció-. No puedo revelar su naturaleza exacta, pero entre nosotros hay esta noche varios que han trabajado para conseguirla y que por ello han permanecido muchos meses ausentes. Les doy la bienvenida en nombre de la causa.

Este anuncio fue recibido con aclamaciones que expresaban el sentir del grupo.

Prokop pronunció sus palabras finales:

-Recuerde, agente K, que no debe usted fracasar. Si fracasa, otros llevarán a cabo su obra. Si abriga usted algún temor dígalo ahora.

El hombre que tenía la bomba en la mano, permanecía inmóvil. Los demás se agruparon a su alrededor, mirando el mortífero mecanismo.

Un cerebro funcionaba febrilmente bajo la capucha que ocultaba las facciones de Iván Shiskin. Buscaba la verdad y sus esfuerzos sólo conseguían un éxito parcial.

Iván había tardado bastante tiempo en comprender que se hallaba entre agentes rojos. Cuando acababa de darse cuenta perfecta del hecho, fue llamado y en su mano pusieron aquella bomba.

Allí era donde su señor venía cuando salía de su casa con el disfraz de Fritz Bloch. Iván mismo preparaba aquel disfraz desde hacía algunos meses.

Su lealtad le impidió considerar que su señor pudiera ser uno de aquellos.

Estaba seguro de haberse hecho cargo perfecto de la situación. El Príncipe venía a espiar a los comunistas bajo aquel hábil disfraz. Les había dicho que era sirviente de sí mismo y le habían creído.

Iván estaba lleno de admiración hacia su señor. Pero, ¿por qué le había enviado a él aquella noche? EL Príncipe podía haber asistido a la reunión en persona. ¿Cuáles eran las últimas palabras que su señor le había dicho?

«Recuerda también que vas en nombre del zar.»

La frase no dejaba de repetirse en su mente, hasta que llegó a identificarse con las palabras pronunciadas por el jefe de los agentes rojos.

-Estamos dispuestos a morir por nuestra causa.

¡Su causa era más grande que la de ellos! El nombre del zar significaba más que la vida para Iván. Empezó a creer que el Príncipe Zuvor le había enviado allí con un gran propósito.

Su lealtad hacia el Príncipe Zuvor. Su misión en nombre del zar. Estos eran los pensamientos que dominaban a Iván.

De súbito advirtió que se hallaba aislado de los demás. Los que formaban el grupo se habían separado. La reunión estaba a punto de terminar.

Entonces fue cuando la mente de Iván decidió actuar. Lenta y deliberadamente se volvió hacia la pared y ajustó y puso en marcha el mecanismo de la bomba. Vio que el jefe se encaminaba hacia la puerta. Hizo un ajuste final en el artefacto y lo arrojó hacia la puerta.

La máquina infernal estalló en cuanto tocó el suelo. Las paredes se estremecieron y la casa se hundió. La bodega quedó llena de una masa de escombros. Todos los que allí estaban quedaron enterrados debajo de ella.

Ni uno solo de los agentes rojos sobrevivió a la horrible catástrofe.

Murieron vestidos con las ropas que ocultaban su identidad.

Iván Shiskin murió también, ¡murió por la causa y al servicio del zar! Murió por salvar a su señor, el Príncipe Zuvor, en quien creía y a quien siempre fue leal. Murió por su causa y al morir mató a muchos de sus enemigos.

CAPÍTULO XXXII
EL COMETA DE PLATA

Vic Marquette pensaba, sumido en el silencio y en la oscuridad total de su habitación del hotel. Aquella oscuridad reinaba desde la llegada de su visitante.

Marquette había dejado la puerta entreabierta; una mano penetró por la abertura y apagó la luz. Luego entró una forma invisible y se sentó en una silla. Una voz no más fuerte que un murmullo, comenzó a hablar en medio de las tinieblas. Vic Marquette escuchó aquella voz durante media hora.

Pues el agente del servicio secreto conoció la identidad de su enigmático visitante. Aquel personaje era la Sombra y le propuso tranquilamente un proyecto asombroso.

Cuando acabó de exponer los hechos sólo quedaba una solución posible, un plan al que Marquette no tuvo más remedio que asentir.

Sin embargo, pasaron quince minutos después de la partida de la Sombra, antes de que Marquette se levantase para actuar.

El plan de la Sombra era notable y dependía en gran parte de la suerte. Pero Marquette tenía fe en la Sombra.

El plan propuesto exigía valor y destreza; un detalle importante dependía de Marquette, pero éste no tendría que correr ningún riesgo.

El agente del servicio secreto se levantó por fin, encendió la luz, cogió su sombrero y salió a la calle. Tomó un taxi y dio al chofer la dirección de un hotel.

Al llegar a su destino, Marquette informó al conserje de que deseaba hablar con el teniente Branson.

El conserje meneó la cabeza.

-Hay orden de no molestarle -replicó-. Está durmiendo.

-He de verle -insistió con firmeza.

-Puede usted hablar con su amigo, el señor Peterson -dijo el empleado-. Es aquel señor que está escribiendo allí.

Marquette se acercó a un señor que estaba escribiendo en un rincón.

-¿El señor Peterson? -preguntó.

-Yo mismo.

-Tengo que ver, inmediatamente, al teniente Branson.

Peterson sonrió moviendo la cabeza.

-Está todo preparado para mañana -dijo-. Parece que vamos a tener la oportunidad que ha estado esperando. Está durmiendo y no es posible despertarle. -Observó el gesto determinado de Marquette-. ¿Quién es usted? -inquirió.

Marquette levantó una de las solapas de su americana y mostró una insignia.

Una expresión de sorpresa se extendió por la cara de Peterson.

-¿Qué ocurre? -preguntó con ansiedad-. ¿Nada contra Branson, espero? No comprendo esto... -Se levantó, al hablar, de la silla en que estaba sentado.

-No ocurre nada de particular -replicó Marquette suavemente-. Tengo que hablar con él reservadamente. Nada más.

-Vamos a su habitación -dijo Peterson-. Yo tengo la llave.

Cinco minutos después arrancaban al teniente Branson de su sueño. Se sentó en la cama, indignado, mas la presencia de la insignia de Marquette fue un talismán que tuvo la virtud de aplacarle.

Peterson fue despedido y Marquette habló a solas con Branson. La conversación entre ambos hombres duró media hora. AL final, Branson sonreía con amargura.

-No podía pensar que me ocurriera semejante cosa. Ha sido tan súbito, que no puedo acabar de comprender.

-Puede ser trascendental para nuestro país -replicó Marquette.

El teniente Branson se levantó de su silla y se acercó a mirar por la ventana.

-Está bien -dijo-. Usted lo arreglará todo.

-Sí. Levántese temprano, como había pensado y reúnase conmigo. Yo me encargo del resto. Saldrá usted en el «Colonia» mañana por la mañana.

-Y si ese individuo fracasa...

-De eso nos preocuparemos más adelante. Espero que no fracasará. ¿No pensaba usted dirigirse a ningún sitio determinado, verdad?

-A cualquier parte, con tal de que fuera al otro lado del Atlántico -repuso Branson-. Pero, ¿sabrá hacer su papel ese hombre?

-Sabe hacer cualquier papel -afirmó Marquette-. Yo iré con usted en el «Colonia». Cuente conmigo y no se desanime. Otra vez podrá usted hacerlo.

En el aeropuerto de Long lsland había reunida una gran multitud desde las primeras horas de la mañana siguiente. La luz del nuevo día arrancaba destellos argentinos de las alas de un monoplano, que brillaba como plata bruñida.

Llegó un automóvil, del que descendieron cuatro hombres, uno de ellos vestido con traje de aviador.

-¡Es Branson!

La multitud prorrumpió en vítores y aplausos. El hombre no pareció darse cuenta de ellos. Se acercó al aparato y lo inspeccionó detenidamente.

Otro aviador se acercó a él y ambos se estrecharon las manos, mientras los fotógrafos trataban de impresionar placas.

-Branson está en una forma magnífica -observó uno de los que habían llegado en el coche.

-Nunca le he visto mejor. -Era Peterson quien hablaba-. Esta noche ha dormido muy bien. Yo me he encargado de ello.

Los dos aviadores entraron en el avión... El que era aclamado por la multitud con el nombre de Branson, ocupó el asiento del piloto. La hélice se puso en movimiento y el aparato se deslizó pesadamente por el suelo.

Ganó velocidad; se levantó en el aire. Sus alas de plata le daban el aspecto de un pájaro. El «Cometa de Plata» tomó el rumbo del Noroeste, y se remontó hasta convertirse en una mota de plata sobre el azul pálido del cielo.

Dos hombres habían salido de América. Iban a desafiar los peligros del Atlántico en un pájaro artificial. Intentaban un vuelo transoceánico.

Librodot

Los periódicos de aquella noche dieron cuenta de que el «Cometa de Plata» había sido visto a lo largo de la costa del Maine. Más tarde se supo que volaba a la altura de Terranova.

Luego se perdió todo contacto con los aviadores. Pasaron horas y no se supo ninguna noticia de su vuelo. El viaje había sido entorpecido por vientos contrarios. Era seguro que los aviadores se habían retrasado más de lo que esperaban.

Unas treinta y seis horas después de la partida, corrió el rumor de que el aparato había sido visto en Irlanda. Se creyó que los aviadores proseguían su vuelo hasta el continente. Se había hecho de noche y era imposible saber su paradero.

Esta noticia fue recibida por radio a bordo del «Colonia», en ruta para Europa desde Nueva York. Un grupo de personas discutió el asunto en el salón.

-Ya tenemos otra pareja perdida en el Atlántico -decía uno-. Puede usted creerme, joven. No volveremos a saber nada del teniente Branson.

La persona a quien se dirigían estas palabras era nada menos que el teniente Branson en persona.

Vic Marquette sonrió al oírlas. Para el mundo era Branson quien conducía el «Cometa de Plata». Nadie sospechaba que el verdadero piloto fuera la Sombra.

CAPÍTULO XXXIII
EN EL TREN

Un hombre caminaba por el corredor de un vagón del tren de lujo que avanzaba rápidamente hacia Berlín.

Llegó a un departamento, entró y se sentó, riendo en silencio.

Miró un periódico y vio que dos americanos trataban de efectuar la travesía aérea del Atlántico.

-Americanos -murmuró en inglés-. ¡Bah!, ya estoy harto de América y de americanos.

Encontró también la noticia de una explosión ocurrida en Nueva York.

Sus ojos se iluminaron al buscar los detalles; pero la noticia era breve. Ni siquiera se indicaba la fecha. Habían muerto veinte personas y se había hundido un edificio.

El hombre dobló el periódico, se recostó en el asiento y comenzó a dormitar.

El tren proseguía su rápida carrera. Había hecho una parada media hora antes y tardaría otra media hora en llegar a la estación siguiente. El viento azotaba las ventanas y sobre el cristal aparecieron algunas gotas de lluvia.

La oscuridad se hizo total. El tren pasaba por un túnel.

El viajero se quedó dormido.

El tirador de la puerta empezó a girar. La puerta se abrió lentamente.

Cuando se abrió del todo, sólo se pudo ver la oscuridad del comedor. Luego las sombras asumieron forma humana. Un hombre entró y cerró la puerta.

El que dormía se movió sin despertarse. El recién llegado comenzó a registrar el departamento. Se acercó al primer viajero.

Era un hombre de edad mediana y de aspecto aristocrático, de cabellos grises.

El misterioso visitante se inclinó hacia él. Cuando se enderezó llevaba en la mano un pequeño legajo de papeles doblados.

Luego permaneció en pie y como estudiando al que dormía. El hombre de la capa negra parecía no tener cara. El cuello levantado y el ala del sombrero se la ocultaban enteramente. Su forma proyectaba una sombra enorme y fantástica. El misterioso personaje se echó a reír suavemente.

El ruido de la risa despertó al otro. AL abrir los ojos vio una sombra sobre el asiento. Levantó bruscamente la cabeza y palideció. Dejó caer los brazos con desaliento y una expresión de completo estupor se extendió por sus facciones.

-¡La Sombra! -exclamó.

La negra figura se inclinó, saludando.

-Me alegro mucho de encontrarle, Príncipe Zuvor -dijo en un siniestro murmullo-, pero me sorprende que sea en Alemania.

El Príncipe se mordió los labios. Se incorporó en el asiento y recobró su compostura.

-La Sombra -repitió-. Es extraño que se me haya ocurrido pensar en ese hombre. En una ocasión hablé de la Sombra con un amigo mío, un señor que se llamaba Lamont Cranston. ¿Le conoce usted?

Hablaba con voz suave y tranquila. Una vez repuesto de su sorpresa trataba de cubrir su error.

-Príncipe Zuvor -dijo la Sombra en el mismo murmullo ominoso-, nos encontramos en diferentes lugares y bajo nombres distintos. Quizá piensa usted que sabe quién soy. Le aseguro que se equivoca completamente. Quizá crea que no le reconocí la última vez que nos vimos. Si es así, se equivoca usted de nuevo. La máscara roja que le cubría la cara no era suficiente, pues yo sabía de antemano que el Enviado Rojo y el Príncipe Zuvor eran la misma persona.

El ruso sonrió.

-Sospeché de usted todas las veces que le vi -declaró la Sombra terminantemente-. Sospeché en el Club Cobalto cuando me invitó usted a ir a su casa, por mi cuenta y riesgo. Su invitación para

que saliera por el camino secreto fue un poco exagerada; por eso volví otra vez, con el fin de aceptar sus consejos. Desde luego, iba preparado, pues en el intervalo me pude enterar de la muerte de Berchik.

La sonrisa se desvaneció de la cara del Príncipe Zuvor. La Sombra hablaba como si estuviera a punto de revelar nuevos descubrimientos.

-Era extraño -continuó-, muy extraño que su sirviente Fritz Block no estuviera nunca en casa cuando yo llegaba. Sospeché la razón. Fritz no existía. Era usted mismo disfrazado. El Príncipe Zuvor y Fritz Block no se han encontrado frente a frente hasta hace pocas noches. Sólo que entonces el Príncipe Zuvor era yo e Iván Shiskin se convirtió en Fritz Bloch.

El asombro, seguido por una expresión de silenciosa cólera, se reflejó en las facciones del ruso.

-De modo que Iván asistió a la reunión de los agentes soviéticos -prosiguió la Sombra-. Prokop le dio una bomba. Usted había dispuesto que le enviasen a Fritz una tarjeta gris para que Prokop no sospechase nada cuando no le viese aparecer. Pero Fritz apareció. Usó la bomba, lo cual me ha causado un gran pesar, pues perdió la vida él también, EL hecho de que Prokop y todas sus agentes muriesen también, no mitiga mi sentimiento por el pobre Iván.

El Príncipe Zuvor no daba crédito a sus oídos. ¡Veinte personas muertas en una explosión! No era una exageración. Sus ojos se volvieron inconscientemente hacia el periódico.

-¡Ah! -exclamó la Sombra en tono de aprobación-. Veo que le interesa mi vuelo transatlántico. Por culpa de usted he tenido que hacer este viaje. El teniente Branson recibirá todas las felicitaciones por ello aunque yo haya ocupado su lugar. Hubiera podido llegar fácilmente a Berlín, pero he preferido continuar el viaje en este tren de lujo.

El ruso no pudo contener una exclamación.

Sus esperanzas se derrumbaron al darse cuenta de la habilidad sobrehumana de su adversario.

-Su juego era muy astuto, Príncipe Zuvor -continuó la Sombra-. No me importa que su vida sea de su propia elección o que haya sido usted obligado a ella por las circunstancias. El resultado es el mismo. Era agradable vivir en Nueva York como representante de la antigua aristocracia rusa y disponer al mismo tiempo del poder del Enviado Rojo. Una personalidad protegía a la otra. Podía usted cazar a sus amigos zaristas sin despertar sospechas. Como Fritz Block informaba usted de las acciones del Príncipe Zuvor y como Enviado Rojo impedía que Prokop molestase al Príncipe Zuvor. Y a través de todas esas cosas, Iván seguía siendo fiel a su señor.

La Sombra cesó de hablar. Su capa negra ondeaba con el movimiento del tren. Parecía como si estuviera sumido en una profunda admiración por la astucia del Príncipe Zuvor. Sus palabras siguientes sugerían esta idea.

-De manera que vuelve usted a Rusia, Príncipe Zuvor. Muy bien. Vuelva usted si quiere, pero antes entrégueme los planos que le robó usted al Profesor Whitburn. ¿Dónde están?

El Príncipe Zuvor se cruzó tranquilamente de brazos. Sentía debajo de la ropa la presión de un grueso sobre.

-Están debajo del forro de mi maleta -dijo-. Puede usted llevárselos. Sus esfuerzos merecen algún premio.

La Sombra ignoró el tono sarcástico del Príncipe. Abrió cuidadosamente la maleta. Volvió en parte la espalda al Príncipe Zuvor. Éste sacó rápidamente una mano de debajo de la ropa. En ella empuñaba una pistola automática.

Pero la Sombra no estaba del todo desprevenida. Cogió la muñeca del Príncipe con una mano de acero. Una vuelta y el arma cayó al suelo. Acabó de retirar los papeles de la maleta. Los examinó sin dejar de vigilar al Príncipe. La cara del ruso expresaba una intensa cólera.

-Estos son los planos del Profesor Whitburn -dijo la Sombra-. Muchas gracias por su amabilidad al entregármelos. Ahora le dejo continuar su viaje a Rusia, al país en donde el fracaso significa la muerte.

La puerta se abrió y la negra forma pareció fundirse con la oscuridad del corredor.

La puerta se cerró. La Sombra se había ido. Pero al desaparecer, una carcajada se escapó de sus labios invisibles, una carcajada burlona.

El Príncipe Zuvor recogió la pistola del suelo. Permaneció un momento en el centro del departamento, vigilando la puerta y luego volvió a su asiento.

Sonrió, y sin dejar de tener la pistola preparada, sacó con la otra mano un sobre largo. Como si quisiera disfrutar de su triunfo, el Príncipe Zuvor abrió el sobre que contenía la copia exacta de los planes del Profesor Whitburn, copias que él mismo había hecho a bordo del <Dresden>. Sin dejar de mirar hacia la puerta, el ruso extendió los papeles sobre sus rodillas.

-¡Imbécil! -murmuró-. Te has creído que luchaba por conservar esos planos. Te puedes quedar con esos que te llevas. Estos otros me servirán lo mismo.

Miró los papeles que tenía sobre las rodillas.

No había nada escrito ni dibujado en ellos. Los examinó por ambos lados.

¡Blanco! Dejó caer nerviosamente su revólver. Una carcajada irónica sonó al otro lado de la puerta.

El Príncipe Zuvor se dio cuenta de lo ocurrido. La Sombra había entrado sin despertarle y había sustraído los planos del bolsillo de su americana, dejando en su lugar aquellos papeles blancos.

El Enviado Rojo había sido engañado. Había entregado los planos originales fingiendo repugnancia; había llegado a hacer un pretendido esfuerzo para recuperarlos. Mientras tanto sentía el bulto del sobre en su bolsillo y estaba seguro de tener los duplicados exactos de aquellos planos.

Librodot

Había robado los planos, había cruzado con ellos el Atlántico y llegado hasta Alemania, fuera del radio de acción de los agentes del Gobierno de los Estados Unidos.

Pero no había logrado escapar a la persecución de la Sombra, del hombre capaz de saltar sobre un océano para alcanzar el fin que se había propuesto.

El agente ruso saltó a la puerta del departamento. En el corredor no había nadie. Pero el eco de la risa de la Sombra aún retumbaba en el cerebro enloquecido del Príncipe Zuvor. Cerró la puerta y se dejó caer en su asiento.

«A Rusia, al país donde un fracaso significa la muerte.»

Las palabras de la Sombra eran ciertas. Hasta el Enviado Rojo tenía que comparecer ante un jefe, exactamente lo mismo que los agentes comparecían ante Prokop y éste ante el Enviado Rojo.

La situación del Príncipe Zuvor era tremenda. Como renegado zarista, había tenido que trabajar mucho para alcanzar su posición presente.

A fin de conservarla había prometido llevar a sus superiores los planos de la invención del profesor Whitburn, para que su Gobierno pudiera aprovecharla antes que los demás.

La marcha del tren disminuyó, pues se acercaban a una estación. El Príncipe Zuvor no se dio cuenta de ello. Inmóvil en su asiento, meditaba sobre su fracaso y sabía que no le sería admitida ninguna excusa.

Cuando el tren llegó a Berlín, se hizo en él un descubrimiento trágico. En uno de los departamentos fue hallado el cadáver de un hombre. Fue identificado como el Príncipe Zuvor, un ruso perteneciente al antiguo régimen. Los médicos certificaron que se trataba de un suicidio. Había ingerido un veneno. La botella que contenía el líquido mortal yacía en el asiento.

CAPÍTULO XXXIV
LA PARTIDA

El afortunado vuelo del «Cometa de Plata» fue una sensación pata la Prensa norteamericana. El hecho de que el avión hubiera sido dado por perdido aumentaba el interés del relato.

Además, el teniente Branson había desaparecido después de su llegada a Alemania y su paradero había permanecido ignorado durante varios días.

La meta que se proponía alcanzar el piloto era Berlín, según había confiado a su compañero, en las primeras horas de vuelo.

Todo fue bien hasta que llegaron a Alemania, donde por alguna razón desconocida del público, Branson se vio obligado a aterrizar. Tomó tierra, sin novedad, cerca de una gran ciudad e

inmediatamente dejó el avión. Cuando su compañero salió de la nave, Branson había desaparecido.

El acompañante de Branson se quedó estupefacto ante la desaparición de su jefe. No hablaba el alemán y tardó algunas horas en poder convencer a la gente de que aquel avión venía de América y de que su piloto se había eclipsado.

La fotografía de Branson se publicó en miles de periódicos. Luego comenzaron a correr los más fantásticos rumores acerca de su desaparición, hasta que el piloto apareció en Berlín.

Dijo que la tensión del vuelo le había dejado exhausto y que la imposibilidad de llegar a Berlín le había puesto frenético. Desde el avión fue directamente a la primera ciudad que encontró; en ella tomó un tren para Berlín. Allí se hospedó en un hotel, donde durmió tres días y tres noches consecutivas.

AL despertar se dio cuenta de la consternación que su ausencia debía de estar produciendo y se apresuró a presentarse.

Mientras Branson era objeto de manifestaciones de entusiasmo popular, dos hombres regresaban a los Estados Unidos en un transatlántico. Eran dos pasajeros que llamaban poco la atención y que sólo se veían muy de tarde en tarde.

Uno de ellos era un opulento neoyorquino llamado Lamont Cranston. El otro se había inscrito en la lista de pasajeros con el nombre de Vic Marquette. Aunque aquellos dos hombres parecían tener sólo una amistad muy superficial, celebraron una breve, pero importante conferencia la misma noche que el buque salió del puerto de Cherburgo.

En el curso de aquella conferencia, Lamont Cranston entregó dos sobres largos y abultados a Vic Marquette.

El mismo día que el barco llegó a Nueva York, Harry Vincent descendió de su habitación en la casa de campo del profesor Whitburn. Salió al exterior con pasos vacilantes y se sentó en la butaca que estaba preparada para él a la puerta de la casa.

La Isla de la Muerte había perdido todo su aire siniestro y resultaba un lugar muy agradable.

Arlette se acercó a Harry y se sentó a su lado.

-Me ha prometido usted que me contaría su historia, Arlette -dijo Harry.

La joven asintió.

-Mi padre era norteamericano -dijo-. Murió en Rusia. Mi madre, que era rusa, me trajo a Nueva York para escapar de la revolución. Su salud se quebrantó mucho y tuvo que irse a vivir a California. Yo permanecí en Nueva York. Le enviaba la mayor parte del dinero que ganaba. Conocí a uno de los agentes rojos, que me prometió una ocupación mejor remunerada. Hasta después de haber aceptado su oferta, no supe de qué clase de trabajo se trataba, y entonces era demasiado tarde para volverme atrás; para que me sirviera de protección en caso necesario, traté de averiguar la identidad de los demás agentes. Uno de ellos era Volovik. Acostumbraba ir a «La Rata Colorada» para

entregar mis informaciones. Una noche vi al propietario abrir aquella puerta secreta. La noche en que usted se vio en tan grave peligro, le conduje allí. Volví más tarde para hacerle salir, pero usted ya no estaba en el mismo sitio. Tenía instrucciones de vigilar a Bruce Duncan, a quien había sido presentada en un barco, durante un viaje. Descuidé adrede la misión que se me había encomendado y le dejé ausentarse de Nueva York sin seguirle. En cambio, seguí a un agente rojo que se llamaba Ernest Manion y que le estaba vigilando a usted en el Hotel Metrolite. Le oía repetir por teléfono unas instrucciones. Entonces le avisé a usted. Cuando supe que el ataque iba a comenzar, vine aquí.

En esto apareció el profesor Whitburn, que llevaba un telegrama en la mano.

-Crawford llegará esta noche -anunció-. Quiero decir Marquette. Trae mis planos. Mi invento ha sido salvado para el Gobierno de los Estados Unidos.

Harry le felicitó y cuando se volvió para seguir hablando con Arlette, la joven ya no estaba a su lado.

Una hora después apareció Bruce Duncan, que entregó un sobre a Harry.

-Me he encontrado con Arlette De Land, en el pueblo -le dijo-. Me ha pedido que te entregase esto.

Harry abrió el sobre y encontró en él la siguiente nota:

«Querido Harry: Me voy. Quiero comenzar una nueva vida en otra parte. Si puedo olvidar el pasado, volveré. Arlette.»

Los ojos de Harry quedaron fijos en la firma.

-Arlette -repitió el nombre una y otra vez.

Pero mientras Arlette olvidaba, Harry debía recordar, por encima de cualquier sentimiento, su lealtad al hombre en cuya causa trabajaba.

-Lealtad -musitó en voz baja-. ¡Lealtad a la Sombra!

FIN

Título original: ***The Red Menace***